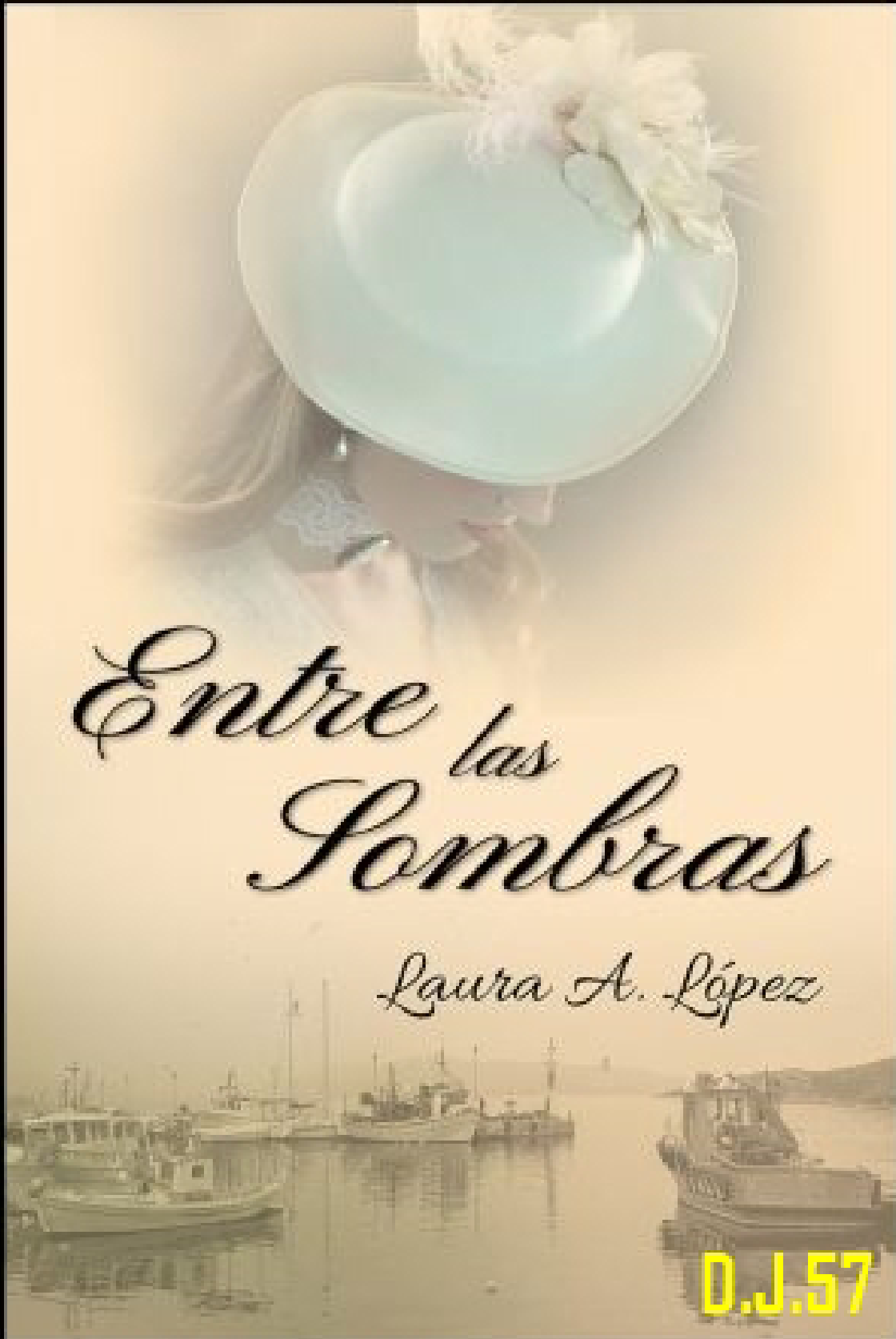


*Selecta*



*Entre las  
Sombras*

*Laura A. López*

**D.J.57**

Entre las sombras

*Laura A. López*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Capítulo 1

*Londres, 1832.*

La vida de *lady* Onella Lloyd, hija del conde de Wessex, no era tan negra como sus días desde aquel momento. Con la belleza de una muñeca, era rubia, de ojos verde agua, labios carnosos y rosados, una nariz recta, muy bella, era adorada por su padre, lord Marcus Lloyd conde de Wessex, su madre había fallecido al nacer y su padre se había vuelto a casar con *lady* Carlotta, quien no la quería. Su madrastra estaba frustrada, pues no podía darle un heredero al conde.

Aquella desazón, la llevó a que toda su frustración fuera directamente en dirección a su hijastra, a quien nunca toleró, pero debía fingir cariño ante el conde.

—No la soporto más. La quiero lejos de aquí, me enferma ver su rostro todos los días —masculló mientras la observaba por la ventana.

—*Milady*, si me permite, ¿por qué no le dice al conde que la envíe a un internado? —sugirió la doncella.

—Lo que deseo es no volver a verla, si va a un internado, regresaría en algún momento.

*Lady* Carlotta vio como su esposo iba junto a la juguetona niña.

—Onella, ven aquí. Tengo un regalo para ti...

—¿Qué es padre? ¿Dónde está que no lo puedo ver? —preguntó mirando a su alrededor y queriendo mirar tras la espalda de su padre.

—Está en las caballerizas.

—¿Entonces es... es... una yegua? —inquirió emocionada.

—Sí, querida. Es la yegua que tú querías, aunque no sé si estás lista para montarla.

—Tengo 10 años, padre, por supuesto que puedo montar.

—Eres demasiado confiada, mi niña.

—Confío en usted, padre, que me enseñó.

—Ven, vamos a que te subas a su lomo.

Onella vio a la hermosa yegua canela y se enamoró perdidamente de ella, bautizándola en el acto.

—Canela, vamos a pasar mucho tiempo juntas, viendo tantas salidas y entradas del sol, seremos grandes amigas.

La yegua relinchaba feliz, Onella era muy dulce y cariñosa.

Carlotta se dirigió de una ventana a otra. Viendo a la niña cerca de la yegua, había tenido la idea de cómo deshacerse de ese estorbo que representaba Onella, solo era una cuestión de tiempo para que esa niña dejara de ser un impedimento en su vida.

—Onella, llevas dos horas montando a Canela, baja, estará cansada — recomendó su padre tirando de las riendas de la yegua.

—Por hoy lo considero necesario, pero ella no se salvará de que paseemos por los campos casi todos los días.

—Está bien, mi niña, vamos a la casa, Carlotta nos está esperando para el almuerzo.

Después de terminado el almuerzo, Onella fue a practicar su violín, aún le faltaba un poco para estar completamente afinada, sería un talento más adherido a su persona, cosa que ponía todavía peor a Carlotta.

Vivía ahogada por los celos, ella seguía viva mientras su pequeña bebé había muerto en el parto y la dejó seca por dentro, ya no pudo volver a embarazarse.

—Madre, ¿quiere que le toque algo para usted?

—No, querida, mejor ve a tu habitación y ponte a leer.

—Pero...

—Pero nada... ya vete... —mandó impaciente.

Odiaba que la llamara madre, aquella niña pensaba que se ganaría su afecto con su violín y esa dulzura que la empalagaba.

Día tras día, Onella seguía montando en su hermosa Canela. Era lo más novedoso y divertido que tenía en aquel lugar.

Su padre la miraba dar vueltas en su caballo, trotaba para luego hacer caminar con elegancia al fastuoso animal. Al lado de él, se encontraba otro caballero mirándola orgulloso.

—¡Onella, ven, tenemos una visita! —la llamó su padre captando su atención.

—¿Quién es?

—¿Qué, no me recuerdas? —preguntó el elegante caballero.

—¿Tío Frances? —respondió notando el parecido con su padre.

—Mi pequeña, ven que quiero verte —pidió, haciendo que bajara del caballo.

—¿Viene a darme medicinas?

—No, solo he venido para verte a ti.

Ella se arrojó a los brazos de su tío Frances que era el mayor de los hermanos, el que debía ser el conde, pero que cedió su título a su hermano por el amor a su profesión, la medicina.

—Está más viejo, tío —opinó Onella sonriéndole.

—Y lo estaré cada vez más. En cambio tú te ves mejor, ¿hace cuánto no te veía?

—Dos años, la última vez me curó de gripe.

—Ya lo recuerdo. Eras una mucosidad ambulante —se burló su tío con una sonrisa.

Ver a su tío Frances después de mucho tiempo, la llenó de felicidad, quería mostrarle todo lo que había aprendido en ese tiempo y demostrarle que se estaba convirtiendo en una dama.

Esa tarde, *lady* Carlotta estaba esperando que todos se reunieran para escuchar a Onella tocar el violín, mientras ella se había excusado con un dolor de cabeza para escapar de su anunciado concierto.

En lugar de ir a su habitación, se desvió del camino hacia las caballerizas y fue junto a Canela.

—Creo que será la última vez que cabalgaran juntas —mencionó con crueldad en sus palabras, mientras cortaba rápidamente las riendas con las que se sujetaba al caballo—, con esto por fin voy a deshacerme de ti, Onella, dejarás de ser una molestia.

Después de terminado su trabajo fue a su habitación y con una sonrisa se recostó en la cama, esperando con regocijo las buenas noticias.

—Tocas como los ángeles, y sin mirar tus partituras —halagó su padre el excepcional talento de su hija.

—Eres un prodigio —añadió su tío, también maravillado por las habilidades de su hermosa sobrina.

—Gracias, caballeros —dijo ella con una sonrisa y una graciosa reverencia—. Ahora vayamos a montar.

—¿De nuevo? —preguntó su padre pensando en que fue un error comprar la yegua, su hija no la dejaba descansar.

—Quiero ver el atardecer, padre, y también enseñarle a mi tío que sé cabalgar.

—Cómo no consentirte, cariño...

Los tres fueron hasta las caballerizas y Onella subió al lomo de Canela, que estaba nerviosa.

—Canela, soy yo... calma... calma... vamos a nuestro lugar preferido.

Ella espoleó a la yegua, pero no fue a ningún lugar, se colocó en dos patas y lanzó a Onella por los aires.

Su grito, antes de caer al suelo, alertó a su padre, que lentamente veía como la cabeza de Onella impactaba contra una tranquera.

—¡Onella! —gritó su padre corriendo desesperado al ver que su hija cayó al suelo.

Onella, después de sentir el golpe, quedó inconsciente.

—¡Frances, has algo!

Su tío la observó y palpó el área de la contusión.

—Tiene un golpe muy fuerte en la cabeza, respira con dificultad, pero está viva. Llémosla adentro para que pueda atenderla.

Su padre la llevó en brazos. Temía que algo muy malo le hubiera ocurrido a su hija con esa caída.

—Gracie, trae paños y compresas para Onella —ordenó Frances.

—Sí, doctor.

Onella no había despertado en casi dos días.

—¡Padre! ¡Gracie! ¿Podrían colocar lámparas aquí? Está muy oscuro.

—Onella, es de día y todo está iluminado —indicó la voz de su tío.

—No veo nada, tío. No sé donde está... —Respiró dificultosamente al no poder ver la luz de la que le hablaban.

—Estoy aquí —dijo agarrándole las manos.

—¿Tío, por qué no veo nada? Cúreme por favor —pidió llorando.

—Cálmate, Onella, voy por tu padre...

Era un alivio que Onella no pudiera ver su rostro pálido y asustado, por saber ciega a su sobrina. Aquel golpe debió causarle un trauma muy severo para dejarla en esas condiciones.

—Marcus... —lo llamó.

—¿Despertó? Vayamos a verla —mandó el conde.

—No... Ella... despertó, pero... No ve nada.

—¿Qué dices?

—Está ciega. No ve absolutamente nada.

—Pero... como... no puede ser —expresó lleno de dolor por la nueva condición de Onella.

Carlotta se acercó al lugar donde estaban el conde y su hermano, escuchando todo. Onella ciega, era lo único que le faltaba, sería peor, estaría todo el tiempo necesitando de alguien. Se había vuelto una verdadera inútil.

Onella lloraba en su habitación, no sabía qué hacer, estaba muy asustada. Probablemente nunca más podría ver los campos, los bellos paisajes y el atardecer que tanta dicha le daba.

—Mi niña... —susurró su padre.

—¿Padre, dónde está? No puedo verlo, ¿por qué no puedo?

—Onella, estás ciega. No sabemos si tu condición es temporal o permanente —comunicó su padre muy triste.

Sin consuelo alguno, lloró hasta quedarse dormida. Debía resignarse a que su condición ya era permanente. Había disfrutado 10 años de las cosas más bellas, colores preciosos. Tenía en la memoria muchas imágenes que quedarían ahí por siempre.

Los días iban pasando y Onella intentaba adaptarse a su ceguera. Su tío le había conseguido un bastón para que evitara tropezarse con todo, y la casa de Londres estaba siendo modificada para su nueva condición, por lo que tuvieron que mudarse a Hertfordshire.



## Capítulo 2

*Hertfordshire, 1833.*

—Marcus, yo tengo que irme — comenzó a despedirse Frances.

—¿A dónde, Frances?

—De vuelta a América.

—¿De nuevo? —cuestionó la decisión de su hermano mayor.

—Sí. Voy a encargarme de St. James.

—¿St. James has dicho? ¿El instituto?

—Sí —respondió confuso al ver el rostro sorprendido de su hermano—.

¿Por qué tienes esa cara?

Marcus recordaba que tenía un oscuro secreto encerrado en St. James desde hacía muchos años.

—Es...

—¿Tú crees que yo soy idiota, no es así, Marcus? ¿Piensas que no sé lo que le hiciste a la madre de Onella?

—Pero... ¿Cómo?

—¿Cómo lo sé? Es simple, nadie te creyó al traer a un bebé solo de América, diciendo que su madre había muerto. Ella está viva y ya no está en St. James, se escapó hace mucho tiempo.

—¿Qué? No puede ser. Son unos ineptos, para algo pagué tanto dinero, para tenerla ahí y que jamás viera a Onella.

—¿No te fue suficiente con engañarla, no es así? La hiciste pasar por loca...

—Es una mujer que estuvo presa, no podía dejar a Onella con alguien así —justificó el conde.

—Ella sí tenía un trastorno mental, pero se recuperó y continuó en St. James. Tú la sedujiste con mentiras y luego, cuando te enteraste de que estaba

embarazada, le hiciste creer que te casarías con ella para llevarte lejos a tu hija.

—¡Dios!, ¿cómo es que sabes todo eso? Yo no podía casarme con ella, una aristócrata sin reputación, que fue a prisión y con trastornos mentales. Cómo le explicaría a Onella que su madre era una asesina, una secuestradora, una... —se pausó quedando sin palabras para seguir hundiendo la reputación de aquella mujer.

—Eso hubieras pensado antes de involucrarte con ella. Jamás te había mentido sobre su pasado y aun así le robaste a su hija para dejarla en manos de la víbora que tienes como esposa.

—Carlotta no es así, quiere a Onella.

—No la quiere, la desprecia profundamente. Espero que no le hayas contado que Onella es una bastarda, que nunca tuviste una esposa.

—¡Silencio, no puedo soportarlo más! —Se recostó en el escritorio.

—No soy quien para juzgarte, pero...

—Lo hice por amor a Onella, ¿comprendes? Yo no puedo vivir sin ella, es mi vida.

—Eso no se encuentra en discusión, solo tus métodos no han sido los adecuados.

—Ahora no sé qué hacer. Estoy desesperado, si pudiera le daría mis ojos.

—Debes apoyarla, no la dejes sola. Debe aprender a vivir en las sombras.

—Mi pobre niña —lamentó el conde con el corazón lleno de congoja.

Onella tomó su bastón y fue lentamente por los pasillos de la casa. Quería salir hasta el arroyo que estaba en los límites de sus tierras con las tierras del conde de Derby, pero no sabía cómo llegar, no escuchaba a nadie por los rincones.

—¿A dónde crees que vas, Onella?

—Madre, que alivio encontrarla, ¿podría ayudarme a llegar afuera? —preguntó con su característica dulzura.

—¿Para qué? Si no puedes ver nada —respondió la condesa con desprecio.

—Solo quiero sentir el sol, sería agradable.

—Vete a tu habitación.

—Pero...

—¡Que te vayas ahora a tu habitación, he dicho! —masculló impaciente su madrastra.

—No sé cómo llegar —comentó intentando buscar un camino para regresar.

—Pues, será de la misma forma que llegaste hasta aquí, ¿no lo crees?

—Sí, madre —obedeció resignada, sin recibir ninguna ayuda.

Onella estaba triste. La mujer que ella creía su madre siempre la despreció, no le tuvo ni una pizca de afecto y mucho menos paciencia, pese a que intentaba ganársela día a día para recibir un poco de cariño de ella.

Con mucho esfuerzo llegó a su habitación y se recostó en el diván, esperando a que otro día termine. Pese a que sus días eran interminables, aún tenía la esperanza de que todo mejoraría.

Para su mayor tristeza, su tan adorado tío había ido a despedirse de ella

—¿Tío, después me cuenta cómo es América? Envíeme cartas, padre me las leerá.

—Por supuesto, cariño. También podremos pensar cuándo irás junto a mí, para conocer donde trabajo.

—Me encantaría, ¿es posible, padre? —preguntó con emoción, aquello parecía ser interesante.

—Sí, Onella. Irás a verlo todo —comentó su padre, olvidando la ceguera de su hija.

Su rostro se entristeció ante las palabras de su padre, estaba segura de que olvidó que estaba ciega.

—Lo decidiremos después. Adiós, mi pequeña —se despidió incomodo el tío Frances.

El doctor Frances Lloyd sería el director del Instituto Saint James, en Boston, donde, además, iba a guiar las prácticas de los jóvenes médicos de Inglaterra. Su vida estaba dedicada a ayudar a los demás, era su vocación en la vida. A él, solo estar en un escritorio, ver ganancias y gastar dinero no le importaba, por eso decidió renunciar a su título en favor de su hermano.

Meses después, estando en St. James recibió una visita inesperada.

—Doctor Lloyd, hay alguien que desea verlo —anunció una enfermera.

—¿Quién es?

—No quiso decirme su nombre, pero es una dama muy elegante.

—Hazla pasar, quizás quiera internar a un pariente.

—Sí, doctor.

Cuando la mujer entró a la estancia, había quedado sorprendido, estaba seguro de que era la madre de Onella.

—Buen día, doctor... —saludó con amabilidad.

—*Lady...*

—Sí, soy yo. Quiero saber dónde está mi hija.

—Está en Inglaterra, *milady*, con su padre —respondió, viendo que su rostro se llenaba de enojo.

—Con el descarado y mentiroso de su hermano, querrá decir —escupió rabiosa.

El doctor no contestó, no quería decirle que sí creía que su hermano era todo lo que ella recitaba.

—Usted, doctor, se va a encargar de traerla de vuelta conmigo, y yo me la llevaré a Londres.

—Pero su reputación...

—Mi reputación no importa, quiero estar con mi hija. Dígame, ¿qué mentiras le ha dicho su hermano?

—*Milady*, yo no quisiera...

—Usted hará lo que le digo, si sabe lo que le conviene. Su hermano ya no puede hacerme más daño, no tengo nada que perder. Dígame, ¿qué le dijo a mi hija?

—Que su madre había muerto en el parto, ella no sabe que es una bastarda.

La mujer empezó a llorar, entristecida por aquella mentira.

—Cómo pudo haberle dicho eso. Cuénteme, ¿cómo está ella?

—Ella está ciega, *milady*... —contó afectado.

—¿Ciega? ¿Onella ciega? ¿Cómo?

—Cayó de un caballo hace casi dos años.

—¡Miserable! ¿Para eso la alejé de mí? ¿Ahora qué será de ella? —lamentó secándose las lagrimas con un impoluto pañuelo.

—Le haré una sugerencia a Marcus para que la envíe aquí, y usted pueda conocerla —habló Frances, compadeciéndose de la madre de Onella.

—¿Por qué habría de creerle que hará eso?

—Porque ella necesitará a alguien cuando su padre muera. Su madrastra la desprecia y no quisiera que quedara en poder de esa mujer.

—¿Usted me ayudará a recuperar a mi hija, doctor? —inquirió completamente esperanzada por conocer a su hija.

—Lo haré, *milady*.

La mujer lloró de emoción. Sentía que no merecía tanta felicidad después de todo el daño que había hecho a tantas personas. Había pasado años encerrada pagando por sus crímenes, hasta que la sacaron y llevaron a St. James para una recuperación completa.

Un día, cuando iba a comprar listones en una tienda, el conde de Wessex se le acercó y la sedujo con cuentos, porque eso eran.

De todo ese engaño resultó que quedó embarazada de Onella; después de haber dado a luz, él había ido a verla, pero para llevarse a la niña. Recordaba aquel momento como si fuera reciente.

—¿Qué haces, Marcus? —cuestionó al ver que el conde tomaba a su pequeña niña rubia en sus brazos.

—Me llevaré a mi hija —respondió sin miramientos.

—No, tú no puedes hacer eso.

—Por supuesto que puedo. Tengo más derechos que tú.

—¡Es mi hija, déjala! —exclamó intentando quitársela de los brazos.

El conde fue hacia la puerta y la abrió, ingresaron tres hombres que la sujetaron.

—¡Por qué haces esto! —expresó en medio de sus lágrimas y desesperación.

—¿Por qué? Porque no eres más que una demente y asesina.

—¡No...!

—Jamás dejaría que mi hija se criara contigo y yo jamás me casaría con alguien como tú. Todo Londres sabe lo que hiciste.

—¡Onella!

—¿Es ese su nombre? Me agrada, por eso se lo dejaré.

—¡Suéltala! ¡Onella! —gritaba desesperada mientras Marcus iba desapareciendo con su pequeña.

—Enciérrenla en St. James, para que no salga jamás —sentenció el conde.

Vio desaparecer a Onella, cayendo desvanecida del dolor y la pena. Despertó en St. James, donde la tuvieron dos años contra su voluntad, hasta que logró escapar a Londres, donde su padre, que aún vivía, la recibió con los brazos abiertos dejándole una herencia para buscar a su hija.

## Capítulo 3

*Boston, 1838.*

—*Lady Onella*, venga por aquí por favor —pidió una enfermera que la guiaba a la oficina de su tío.

Su tío se levantó de la silla detrás del escritorio, para ir a recibirla.

—Querida *Onella* —la recibió cariñoso.

—¡Oh, tío Frances, su voz no ha cambiado tanto en estos años! —exclamó contenta al escuchar su voz para formarse una idea de cómo estaba su tío.

—Pero la tuya si, querida. Eres tan hermosa, tu padre por fin entró en razón para que pases una temporada aquí, supongo.

—Sí, eso me pone muy contenta.

—Prácticamente no se nota que eres ciega, querida.

—He practicado tanto para cuando la gente me habla, que muchos no se dan cuenta, hasta que claro, me levanto... —contó sonriente.

—Calma, querida niña. Tendremos mucho tiempo para que sigas practicando. —Le sonrió su tío.

—Tío... —habló con cierto nerviosismo.

—Dime...

—¿Podemos fingir que no somos parientes, que solo soy una enferma más?

—¿Por qué quieres eso?

—No deseo que me vean diferente, solo quiero ser igual a los demás, por más que sea solo un sueño.

—Está bien, *Onella*.

—Entonces para los demás seré *Ella*.

—Me agrada, no varía mucho tu nombre. Ahora acompáñame, conocerás a tu dama de compañía aquí.

—¿Dama de compañía?

—Sí. Es alguien que te ayudará a moverte por ahí.

—¿Podrá leerme?

—Sí, sabe leer —sonrió su tío ante la incredulidad de su sobrina.

—Entonces no es una doncella común, ya estoy encantada por conocerla.

—Ven.

El doctor Lloyd la llevó de sus brazos hasta donde se encontraba su habitación y su doncella.

—Aquí está, señora Isabelle, ella es *lady* Onella, mi sobrina —la presentó Frances.

Isabelle lloraba observando al doctor mientras le decía que aquella era su hija. Era la joven más bella que había visto, muy parecida a ella de joven, pero más recatada y con facciones cariñosas.

—Señora Isabelle, ¿dónde está? —Onella extendió las manos hasta que encontró las de Isabelle.

—*Milady*, aquí estoy. Para servirla y cuidarla —emitió con dulzura en su voz.

—Gracias, señora Isabelle —rio, sintiéndose confortada por la cariñosa voz de la mujer—. Creo que seremos muy buenas amigas el tiempo que este aquí en St. James.

—*Milady*, será un honor ser su amiga. Tengo muchas actividades planeadas para usted.

—Siempre y cuando no requieran de la vista, me alisto —dijo ella con una sonrisa, aceptando con humor su condición.

—Doctor Lloyd, yo me encargaré de *milady*... —despidió la doncella al doctor.

—Sí, señora Isabelle, las dejo para que se conozcan.

—Adiós, tío, y gracias...

—Gracias por nada, mi niña.

El doctor Lloyd salió de la habitación de Onella para dirigirse rumbo a su oficina y terminar sus apuntes sobre los cuatro médicos que llegarían de Londres para aprender más sobre St. James.

—*Lady* Onella, ¿quiere usted salir a pasear un poco?

—Llámame Ella, por favor, quiero pasar desapercibida por la gente.

—Pero si aquí hay mucha gente que ni sentirá su presencia.

—Igual, señora Isabelle. No quiero que sientan lástima por mí. Cuando

estaba en el barco, la gente me preguntaba cuántos años tenía y cuando les contestaba, decían: «Pobrecilla, jamás encontrará un esposo estando ciega» —recordó.

—No les haga caso.

—¿Cómo no hacerlo? Mi madrastra también me lo ha dicho. Que soy una completa inútil, que si un joven se casa conmigo sería por mi dote y que solo podría tener un esposo libertino.

Isabelle contenía su ira. Esa mujer, *lady* Carlotta, las iba a pagar todas las que le hacía a su hija.

—Usted no se acuerde de eso aquí, yo le aseguro que la tratarán como se merece.

—Eres muy amable, Isabelle. Vayamos a dar unas vueltas, quisiera que me describas todo lo que ves.

Estaba tan contenta. Tenía a su hija, después de 16 años separadas. La cuidaría de todo lo que pudiera hacerle mal. No desperdiciaría un solo minuto, eran demasiados años por recuperar.

*Meses después...*

—Oye, Claus, deja eso —ordenó Brian, al ver que su compañero echaba un vistazo a unos papeles sobre el escritorio del doctor Lloyd.

—Brian, por favor, déjame verlo.

—Son mis informes, debes preocuparte por los tuyos.

—Oh sí, claro. El doctor inteligente... —se burló su amigo.

—Ya basta. Esperemos a nuestro mentor.

Unos minutos después, el doctor Frances Lloyd atravesaba la puerta para conocer a sus practicantes.

—Ustedes deben ser el doctor Claus Mussier y el doctor Brian Lowel, me imagino —musitó mirándolos con interés.

—No imagina mal, doctor Lloyd —comentó Brian.

—Son ustedes los mejores, o al menos eso me han dicho.

—Son solo especulaciones —respondió Claus.

—Les haré entrevistas a cada uno. Primero usted, doctor Lowel.

—Con permiso —dijo Claus saliendo de la oficina para volver cuando



fuese su turno.

—Veo que ya tiene bastante experiencia, pero no piensa establecer una clínica ni trabajar en un lugar más grande y ya veo la razón. ¿Es un heredero, no es cierto?

—Lo seré probablemente...

—Doctor Lowel, ¿qué desea aprender de St. James? —cuestionó el doctor Lloyd con interés.

—Todo lo que pueda aplicarse a nuestros enfermos en Londres. Este instituto es el más completo y moderno, con bastantes tratamientos nuevos para los males mentales, y recuperaciones físicas completas.

—Noto que está muy enterado de lo que hacemos aquí, y también del tipo de pacientes que albergamos.

—En su mayoría aristócratas dementes —contestó con absoluta naturalidad.

—Es muy inteligente.

—Solo a eso podría deberse toda la inversión que existe aquí —agregó mirando el lugar.

—También tenemos un laboratorio modelo, donde se realizan preparados de todo tipo.

—¿Ha dicho preparados? Eso es muy nuevo.

—La mayoría son para enfermedades poco comunes.

—Doctor, tuve un caso. El caso de la prometida de mi primo que murió de una extraña enfermedad, se la llevó en una semana, pero nadie más se contagió, no tenía síntomas, sino que degradaba lentamente su cuerpo.

—Mi joven doctor, hay algunas plantas venenosas. Ninguna enfermedad podría degradar tan rápido un cuerpo, salvo algún veneno muy potente.

—Eso explicaría muchas cosas, pero también que...

—Alguien quería deshacerse de ella. —Brian se puso pálido, ¿sería posible?—. Bien, doctor, usted estará en el plantel de médicos por los siguientes tres años, aprenda y aprenda, es mi mejor consejo.

—Es lo que haré.

—Es muy inteligente y veo que tiene vocación, úsela correctamente y condúzcase bajo la ética. Ahora por favor, llame al doctor Mussier.

En los pasillos, Isabelle buscaba a Onella que al parecer había escapado de sus cuidados.

—¡Ella! ¡Dónde te metiste, niña!

Onella estaba intentando caminar sola por los pasillos de St. James.

—Es difícil escaparse de Isabelle —dijo divertida y en voz alta—, pero en la prisa olvide el bastón, soy una idiota —se reprochó chocando contra un pilar.

—¿Señorita! —exclamó una voz masculina— ¿Se encuentra bien?

—Sí... ¿podría decirme en qué pabellón me encuentro?

—No me diga que no lo sabe —dijo el joven en tono divertido.

—No, ¿qué no ve?, soy paciente.

—Oh, lo siento. Soy un médico nuevo, doctor Brian Lowel, a su servicio —se presentó besándole la mano sin guantes. Ella se sonrojó de inmediato.

A Brian le gustó la reacción de la chifladita, pues no parecía tener ningún impedimento físico.

—¿Usted es?

—Ella, me llamo Ella...

—Un placer, entonces en cualquier momento me tocará atenderla, señorita.

—Sonrió con la coquetería, Lowel.

—¿Ella, se ha escapado! Sabe que no puede salir sola —reprochó Isabelle al encontrarla.

—Isabelle, me has encontrado.

—Me asustó. Me matará muy pronto, disculpe, doctor, ¿es usted forastero?

—Sí, acabo de llegar desde Londres, doctor Brian Lowel —se volvió a presentar.

Al escuchar el apellido Lowel, Isabelle se fijó en el cabello y las facciones del doctor. Definitivamente pertenecía a aquellos Lowel que conoció.

—Un gusto, doctor. Ella, vayamos a leer un poco.

—Vamos, Isabelle, ya sabes cómo me gusta la lectura.

Brian las despidió inclinando la cabeza, observándolas irse.

—¿Qué estás haciendo aquí, Brian?

—Te esperaba, Claus, pero mientras, conocí a una bella paciente, seguro está demente, se le escapó a su cuidadora.

—No te involucres y menos con bellas loquitas, mi buen doctor —lo tentó su amigo.

—Jamás mezclaría el trabajo con el placer, mi amigo Claus.

Isabelle se sentía presionada por la presencia de un Lowel en aquel lugar, no deseaba que se acercara a su hija.

—*Milady*, no debe andar sola por ahí —reprochó Isabelle.

—Exageras, Isabelle.

—Usted es una dama virgen, *milady*. Este lugar está lleno de doctores como el que vimos. Usted no pasará desapercibida por la belleza que posee.

—¿Cómo era?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Dímelo... —pidió sentándose.

—Era muy alto, de cabello negro, ojos entre azules y verdes, grácil y apuesto —describió rápidamente y sin dar demasiados detalles.

Onella se sonrojó al escuchar todo lo que dijo su acompañante para ayudar a que su imaginación volara.

—Ni lo piense. La cuidaré de ese doctor.

—Es él quien debe cuidarme. Creo que caeré gravemente enferma para que me cure —bromeó con una sonrisa.

Isabelle enterneció su rostro al ver la ilusión en su preciosa hija.

—¡Ay, niña! ¿Qué haré con usted?

## Capítulo 4

—Estos años serán largos aquí, Claus —se quejó Brian.

—Depende de cómo quieras pasarlo tú, aquí deben existir burdeles.

—¿Qué tipo de médico eres? Cómo irás a meterte con una mujer de burdel, puedes contagiarte de algo.

—Como soy médico sabré con quien meterme y con quién no. Cuando regrese a Francia me preocuparé por las mujeres decentes.

—Aquí no encontraremos mucho...

—Claro, salvo tu paciente, la loquita.

—No es mi paciente —aclaró—. Aquí hay muchos y no sé dónde podré encontrarla.

—Pues demos unas vueltas mañana.

—¡Claus!

—También quiero conocerla.

—Te aseguro que no se amolda a lo que tú deseas.

—Pero puede serlo, estoy abierto a las descubrimientos —sonrió pillo.

—Es mi deber avisarte que tiene una cuidadora. Aunque pensándolo bien, se le parece bastante a la joven...

—Debe tener mucho dinero, ¿qué acento tenía?

—Definitivamente inglés, muy delicado, pero no me corrigió al llamarla señorita, seguro no es aristócrata.

—Entonces si tiene mucho dinero, quizás sea la hija de algún comerciante u abogado.

—Tal vez. Vayamos a descansar, que aquí nos espera mucho trabajo.

Los días pasaron, e Isabelle evitaba que Onella se cruzara con el doctor Lowel, aquel hombre podría llegar a ser su perdición, y jamás dejaría que le ocurriera nada más a su Onella, había sufrido suficiente.

—Isabelle, ¿puedes traerme algo de comer?

—Sí. No demoraré mucho.

—Tárdate el tiempo que desees —indicó sonriente.

—Volveré corriendo, no sea que usted desee hacer una maldad —replicó Isabelle con una sonrisa.

Onella agarró su violín y empezó a tocarlo. Era un buen modo de relajarse. Llevaba unos minutos tocando un vals cuando el sonido de las hojas a su alrededor la interrumpieron.

—Toca usted maravillosamente bien, señorita Ella.

—¿Doctor Lowel! Es grato oírlo —adujo complaciente.

Brian la había visto desde uno de los pasillos y no lo pensó dos veces, corrió a su encuentro. Hacía días que la rastreaba sin ningún resultado.

—¿Dígame, qué hace aquí sola?

—Isabelle fue por algo para comer, ¿y usted? Está en su horario de descanso, supongo.

—Supone bien. ¿Y este libro?

—Me lo está leyendo Isabelle.

—¿No desea que se lo lea?

—Es usted muy amable, doctor.

—Disculpe la indiscreción. ¿Por qué está usted aquí? No parece una paciente demente —expuso Brian con curiosidad hacia la hermosa joven.

—No soy ninguna demente. He venido aquí para descansar, solo eso. Hertfordshire es bastante agobiante a veces —justificó recordando a su madrastra con la que mantenía una tensa relación.

—Pensé que venía de Londres.

—Hace más de 4 años que no voy.

—¿Y a qué se debería eso?

—¿Por qué mejor no me lee el libro, doctor? —pidió ella para evitar responder más preguntas. No quería que llegara a la conclusión de que era ciega.

—Está bien.

Llevaban varios minutos leyendo y divirtiéndose, haciendo comentarios sobre su lectura. Hacía tiempo que no tenía alguien diferente con quien hablar. Adoraba la devoción de Isabelle, pero la compañía de un caballero le era grata.

—Ella...

La voz helada de Isabelle la asustó.

—Señora Isabelle —mencionó Brian—, estábamos...

—Terminó su hora de descanso, doctor Lowel —declaró con seriedad y un gran ceño fruncido.

—Oh sí, lo siento. Señorita Ella, fue grato volver verla —galanteó tomándole la mano y depositando un beso en ella.

—Fue un gusto, doctor. Nos vemos pronto —dijo risueña y sonrojada.

—Señora Isabelle, con su permiso —se retiró Brian inclinando un poco la cabeza y el torso.

Cuando Brian terminó de retirarse, Isabelle miró con seriedad a Onella.

—¿Qué le he dicho con respecto a los hombres?

—Solo estábamos acompañándonos, no estábamos haciendo nada malo.

—¿Y qué es eso de nos vemos?

—Es solo una expresión. Es innegable que no puedo verlo.

—No se lo ha dicho, ¿no es así? No parece ciega, pero en cualquier momento se le puede acabar la suerte.

—No quiero que sienta lástima por mí, Isabelle.

—¿Por qué le interesa lo que piense un doctor cuya responsabilidad es sentir lástima por todo el mundo? Mi niña, no quiero que le hagan daño, no quiero que jueguen con usted y menos que la engañen. ¿Lo entiende, verdad?

—Sí, Isabelle. Debería estarte muy agradecida por cuidarme tan bien.

—Jamás, ni lo diga.

Brian observaba desde la ventana de su consultorio la charla entre Ella y su malvada doncella.

—¿Conque ella es tu paciente loca?

—Claus, ella no está loca ni tiene ningún problema.

—Es muy hermosa. Mira esos ojos tan bellos. ¿Cuántos años crees que tiene?

—No responderé a eso... —cerró la cortina.

—Parece una niña, pero bien —indicó haciendo gestos con las manos, con referencia a su buena postura y atributos.

—Claus, basta.

—Está bien. ¿Crees poder conseguir algo con ella?

—¿Qué dices? No...

—Mira... No es tu paciente y dices que no está loquita, ¿cuál es el problema?

—¿El problema? Soy el doctor y ella una paciente más como cualquier otra.

—Le tienes miedo a su doncella, eso es de canallas. Es fácil despistar a una doncella, no son muy inteligentes. Debe estar cuidando la virtud de su niña.

—¿No tienes una ronda que hacer? —preguntó agobiado para que su amigo lo dejara en paz.

—Sí, pero no quiero ir solo, ven conmigo.

—Acepto —dijo corriendo un poco la cortina para darle una última mirada a Onella.

Isabelle dejó a Onella en su habitación, y sin mucho preámbulo fue a entrevistarse con su tío, para evitar que el doctor Lowel se volviera a cruzar en el camino de su hija, era un verdadero peligro.

—Doctor Lloyd, tengo un pequeño problema...

—*Lady Isabelle*, dígame, ¿Onella es difícil?

—Mi hija es un primor, muy inocente. El problema es un doctor nuevo.

—Tengo varios nuevos...

—Un doctor en particular, el doctor Lowel.

—Es un excelente profesional. ¿Cuál es el problema?

—Le seré franca. Onella está encantada con él, no quisiera que... se aprovechara de su situación tomando ventaja de la falta de visión de mi hija.

—No se preocupe, *lady Isabelle*, hablaré con él. Creo que no debería preocuparse, está asignado lo que queda de este año a los enfermos mentales y luego pasará a la parte de traumas que queda en otro lugar.

—Espero que este tiempo pase muy rápido.

—Así será, *lady Isabelle*. Vaya tranquila junto a Onella.

Lo que más le aburría a Onella era estar encerrada en una habitación, era algo que siempre hacía en Hertfordshire y quería olvidar. Deseaba sentirse libre. A medida que pasaban los días en Saint James, más salía a buscar qué a hacer o a quién encontrarse.

Estaba casi llegando al jardín cuando se le acercó un hombre.

—¿En qué piensa, *milady*?

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —increpó asustada.

—Soy lord Thomas, un paciente.

—Es un gusto conocerlo —sonrió al escuchar mejor, era la voz de un hombre mayor.

—¿Es usted ciega, no es así, *milady*?

—Sí, soy ciega —admitió contenta.

—Es usted muy bella, lo que sea que necesite, estoy a su servicio.  
—Es muy amable, gracias, milord.  
—Mi doctor, es su doctor...  
—¿Mi doctor? No sé de qué habla... —replicó confusa.  
—El doctor, el futuro conde, ese, el bonito... —murmuraba lord Thomas sin mucha coherencia.  
—No lo entiendo.  
—He visto como la mira. Usted le agrada.  
—Está en un error, lord Thomas.  
—Usted no le dijo que es ciega. La *lady* que está con usted no aprueba al doctor —continuaba con su palabrería inentendible para ella.  
—¿La *lady*? Debe estar equivocado, es mi doncella —intentó corregirlo.  
—No. Esa es una *lady*. Hija de un conde, no recuerdo cual, se parecen mucho...  
—Qué cosas dice... —le sonrió simplemente Onella, al darse cuenta de que lord Thomas por algo estaba en Saint James.  
—Ella... —dijo Isabelle—, lord Thomas, este no es su pasillo.  
—Nunca recuerdo mi pasillo, creo que daba con la hermosa duquesa de Devonshire, o con la misma reina —intentó recordarlo—, la veré luego, *milady*, ha sido un placer.  
—Hasta pronto, lord Thomas —lo despidió con una pequeña carcajada.  
—¿Qué le dijo? La ha dejado de buen humor.  
—Muchas barbaridades. Lo que me dijo no te agrada. Me hablo del doctor, me dijo que yo le agradaba.  
Isabelle estaba sorprendida, hasta un loco podría notarlo.  
—Y también me dijo que él era un futuro conde y que tú eras una *lady*, hija de alguien que él no podía recordar. Pobre, sí que está demente, creo que nunca saldrá de aquí.  
—Sí. Creo que nunca saldrá de aquí —rio nerviosa.  
Estaba tan preocupada. No sabía cuánto tiempo le quedaba con su hija, no quería que se fuera, pero no podía decirle que era su madre. No soportaría un rechazo de Onella, su dulce y bella hija, era lo único que tenía en el mundo, nadie se la arrebataría más.  
—¿Isabelle? ¿Sigues aquí? Te has quedado callada.  
—Estaba pensando en que hoy cenará con su tío.  
—Oh, tío Frances, ya casi lo olvidaba. Gracias por recordármelo, vamos,



tengo que buscar algo para ponerme, tú me dirás cómo me sienta.

## Capítulo 5

—¿Este?

—No. Ese es horrible —Isabelle hizo una mueca de asco al ver las prendas que tenía Onella.

—¿Y este?

—Ese... está peor. No tiene ningún vestido decente. ¿Quién le dio estos vestidos?

—Mi madrastra —respondió Onella, acomodando un vestido rechazado sobre otro.

—Es una desgraciada, infeliz, maldita. La mataría si pudiera... —expresó con rabia.

—Isabelle, calma. Son solo vestidos.

—Una *lady* como usted debería vestir las más finas prendas. Si la señora Polett viera esto, lloraría mil años.

—¿Quién es la señora Polett?

—Una modista muy reconocida en Londres.

—Hace tanto que no voy a Londres. Mi padre dijo que era mejor que nos quedáramos en Hertfordshire.

—Por supuesto, para mantenerla oculta. El conde es aún peor que su esposa, un déspota.

—Isabelle, mi padre me ama como a su vida. Jamás habría dejado que me sucediera nada estando en sus manos, perdónalo...

—Por usted, lo haré —asumió Isabelle con sus ojos llorosos por tanta injusticia para su hija.

Isabelle le colocó un vestido simple y rescatable, que resaltaba la buena postura y belleza de Onella.

—Adelántate, Isabelle. Busco mi bastón y te alcanzo.

—¿No quiere que se lo pase?

—Mejor me acostumbro a hacer lo que pueda sola.

Se retiró dejando a Onella para que buscara su bastón, no había tardado mucho. Intentaba dejar todas las cosas que necesitaba a la mano.

Era de noche, y Onella lo sentía por el fresco que entraba por los pasillos de Saint James. Salió de su habitación, rumbo al comedor, pero se perdió.

—Maldita sea, me perdí —gruñó molesta consigo misma — ¡Isabelle! ¿Dónde estás?

Seguía caminando por los pabellones oscuros, hasta que chocó de frente con alguien.

—Oh, lo siento tanto, perdóneme. Soy una tonta, por favor... —se disculpó presurosa.

—Señorita Ella, puede estar tranquila. Iba usted distraída, por eso no se fijó por dónde caminaba.

—Sí, era eso. Perdí un poco el rumbo...

—¿Dejó a su carabina en algún lugar? No le agradecerá verme con usted.

—No le haga caso, doctor Lowel, Isabelle solo alborota el gallinero.

—Es graciosa. ¿A dónde iba?

—Iba a cenar con el doctor Lloyd.

—Qué casualidad. Cenaremos junto con mi amigo Claus, que ya debe estar ahí, la llevaré.

—Muchas gracias...

Los nervios la consumían. ¿Cómo iba a fingir cortar los alimentos?

—Está usted muy hermosa, pese a la oscuridad la veo perfectamente — halagó Brian con naturalidad.

—No me diga eso, me apena... —se sonrojó, mordiéndose los labios por su galanteo.

—No debe sentir pena, el espejo se lo debe decir cada mañana.

—El espejo suele ser ingrato a veces...

Isabelle estaba preocupada, Onella se volvió a perder y en la noche.

—¿Qué sucede, *milady*? —consultó Frances con tranquilidad.

—Onella, no viene. Me dijo que quería venir sola con su bastón.

—Conociéndola, no trajo el bastón —resolvió sabiendo sobre las ansias de independencia de su testaruda sobrina.

—Es posible, ahí vienen personas.

A medida que los pasos se acercaban, podían dilucidarse las figuras de un

hombre y una mujer.

—Es ella con... el doctor Lowel —miró a Isabelle.

—¿Dónde estaba? Estaba preocupada.

—Me perdí, lo siento.

—La encontré vagando, casi en el pabellón de los enfermos mentales —añadió Brian.

—Pensé en darle una vuelta a lord Thomas —expuso Onella para justificarse.

—Lord Thomas, todo un caballero —dijo el doctor Lloyd.

—Pensé que no iba a llegar. —Llegó Claus un poco agitado—, me perdí.

—Pues ya son dos —bromeó el doctor Lloyd.

—Es un placer conocerla, señorita Ella. Está usted encantadora esta noche —alabó Claus.

—Gracias, doctor...

—Claus Mussier —pronunció con su acento francés.

—Es francés...

—Por supuesto, mí estimada señorita.

Durante la cena, el doctor Lloyd observó el comportamiento de Brian y le dio definitivamente la razón a Isabelle. A Onella la mantenía encantada y el doctor Lowel no le era indiferente a ella.

—Doctor Lowel, ¿a usted no le interesaría pasar a nuestras unidades de trauma? —preguntó Frances como un simple cuestionamiento.

—Todavía queda tiempo con los enfermos mentales —rebatíó extrañado por la sugerencia.

—¿Qué opina de las personas ciegas? —resolvió preguntar el doctor Lloyd.

—Necesitan más cuidado. Siguen siendo personas con un sentido disminuido, bueno, digámosle ya nulo. ¿Tenemos muchos ciegos en Saint James? Creo que aún no he visto a ninguno para poder evaluarlo.

Onella lentamente fue levantándose de la mesa. Ya no podía continuar ahí, en cualquier momento terminarían llegando a ella.

—Me retiro, caballeros. Estoy un poco exhausta.

Los tres hombres se levantaron para despedirla.

—¿Necesita que la lleve a su habitación? No se ve muy bien —indicó Brian, viendo la palidez en el rostro de ella.

—No es necesario, Isabelle me acompañará. Tuvimos un día muy largo. Hasta mañana.

Había sentido que su tío, con esa pregunta certera y venenosa, quería alejar al doctor Lowel de ella, y no comprendía el porqué.

Una lágrima de frustración se le escapó a Onella.

—¿Mi niña, que sucede, por qué llora?

—No quisiera ser ciega, no quisiera ser una paciente para experimentar, Isabelle.

—No se sienta así.

—Creo que fue un error venir a Saint James —alegó con tristeza.

—No, no es un error. Por alguna razón está aquí.

—¿Y la razón sabes cuál es? Dame cuenta de que no tengo una oportunidad en el mundo normal. Soy alguien con una capacidad disminuida, digámosle, nula —utilizó las palabras de Brian—. Tengo 16 años, no podré debutar, ni casarme. ¿Quién querría a una ciega por esposa? ¿Y si tuviera un hijo? ¿Cómo lo atendería? Nunca podría aspirar al amor, y menos al del doctor Lowel.

—Lo sabía. Se enamoró del doctor.

—No sé si lo estoy. Solo me agrada su compañía, tampoco ha intentado propasarse conmigo.

—Los hombres pueden ser traicioneros, al igual que las mujeres.

—Solo pienso en qué haré cuando mi padre muera, a dónde iré. No quisiera quedarme con mi madrastra, pero no sé si su heredero aceptará la responsabilidad de una ciega con nulas posibilidades de casarse.

—No se torture, todo se solucionará... —intentó confortarla.

—Desearía que mi padre fuera eterno, para nunca sentirme sola.

Isabelle estaba ya al borde del llanto. Su hija adoraba a su padre, ¿qué podía hacer ella en contra de eso? Solo dejarla ir a su lado. Onella guardaba, detrás de esa coraza de jovialidad e independencia, muchos miedos e ilusiones que concebía posibles e imposibles. Sus miedos eran los que más cerca estaban de hacerse realidad.

—Brian, ¿puedo hablar con usted, a solas? —preguntó Frances mirando a Claus.

—Claro, doctor Lloyd, dígame —habló Brian.

—Solo quiero advertirle sobre mi querida sobrina, la señorita Ella. No me agradaría que pusiera en práctica con ella sus dotes de buen mozo.

—No es esa mi intención, doctor.

—Mire, doctor Lowel. Ella no conoce la maldad que existe, veo cómo la

mira, cómo le habla, intrínsecamente, la esta seduciendo.

—No, doctor.

—Déjeme terminar. No quiero que le parta el corazón.

—Disculpe, doctor Lloyd, pero ¿de dónde saca todas esas cosas? Solo he querido ser amable con ella. Es una joven muy hermosa, pero es una paciente, no podría verla de otra forma.

—Eso me tranquiliza. Mantenga distancia con ella. No ha estado expuesta a otro tipo de cortesías de un hombre que no seamos su padre o yo, Ella es nuestro todo, ¿lo ha comprendido?

—Comprendido, doctor —respondió molesto.

¿Y después de eso, qué vendría? La vieja sabuesa y el doctor Lloyd estaban construyendo un muro inaccesible para acercarse a Ella.

—¿Qué te dijo? —consultó curioso su amigo Claus.

—Que tengo prohibido acercarme a su sobrina.

—¿Su sobrina? Vaya sorpresa...

—Pues, ¿qué se ha creído para acusarme? Yo no tengo malas intenciones con ella, seguro que la sombra de Ella es quien le dice cosas estúpidas. Las doncellas suelen ser venenosas.

—Mira, Brian, tú eres un aristócrata y no lo niegues, heredarás un condado. Deberías buscarte alguna *lady* en Londres, no una señorita de la cual solo sabemos el nombre.

—Piensa, Claus, ella es su sobrina y, como sabemos, renunció a su título, entonces...

—No puede ser... quizás... Ella sea una *lady*.

—¿Pero por qué se oculta?

—Es algo que deberíamos averiguar.

—Calma, al tío Brent le quedan muchos años, y a mi muchos años de libertad y tranquilidad. No me preocuparé por cosas que no suceden.

—Luego todo será que herederos aquí, que herederos allá —se burló Claus.

—Por favor, ya veo a mis padres, no me dejarán en paz —dijo Brian—. Qué suerte tienes, nadie te molesta con eso. Tanto tiempo pensé que mi tío iba a tener herederos, pero cuando mi tía murió, él ya no quiso casarse.

—¿Y tu prima Violet?

—Violet debe debutar el año entrante. No sé si conseguirá esposo.

—Belleza le sobra...

—¿Pero qué hay del carácter? Parece un perro rabioso. No desearía que

nadie en su sano juicio se casara con ella.

—Siempre existen los aristócratas empobrecidos para estos casos.

—Es muy desesperado, no dejaría que algo así le sucediera, ni a ella ni a Lucy.

—Tu hermana Lucy, es un dulce... —suspiró Claus al recordarla.

—Pues será un dulce que no podrás comerte jamás.

## Capítulo 6

*Boston, finales de 1839.*

—Ella, ¿quiere que le lea? —consultó cariñoso, Brian.

—No, mejor voy a tocar el violín —respondió con amargura en su voz.

—¿Qué le sucede? ¿Está bien?

—Muy bien, gracias por preguntar.

—Pues no parece estar bien. ¿Podría saber el motivo de su enojo?

—¿Enojada? Creo que usted necesita un doctor porque está loco. No estoy enojada —afirmó enfurruñada cruzando ambos brazos bajo el pecho.

—Cuénteme antes de que pierda la paciencia con usted, Ella.

—Será la segunda cosa que pierda conmigo, porque la primera es el tiempo —se quejó.

—¿De qué habla? —indagó confuso.

—¿Cómo que de qué hablo? Pues que nunca más se le ha ocurrido venir a leerme o escucharme tocar el violín. ¿Ahora sí tiene tiempo?

—Ella, su guardiana me odia, ¿lo entiende? Nuestra amistad es difícil.

—¿Qué tan difícil? Yo me enfrentaría a todos por su amistad porque creo que es valiosa, doctor —adujo con seguridad.

—Ellos no creen que nuestra amistad sea real, piensan que quiero aprovecharme de usted.

—Eso lo decidimos usted y yo, ¿no cree?

—No es así, Ella. Usted es diferente...

—Odio esa palabra, diferente... —escupió con rabia.

—Usted no odia, es demasiado dulce para odiar —sonrió coqueto.

—No se burle. Lidio con esa palabra desde que tengo 10 años.

—No debería tomar en cuenta las palabras de los demás si usted no se



siente así. Le dije que era diferente porque no es como otras mujeres que he conocido.

—Es algo que le agradezco, solo no nota lo que es muy evidente.

—¿Cómo debería interpretar aquello?

—De ninguna forma, es un secreto. Ahí viene Isabelle, váyase, que no lo llegue a morder —masculló hiriente.

—La veré luego.

—Cuando tenga tiempo.

—¡Basta, Ella!—gruñó molesto por su comportamiento.

—Adiós, doctor Lowel —se despidió con la nariz levantada.

La relación entre Brian y Onella se estaba haciendo muy difícil. El doctor Frances e Isabelle hacían todo lo que podían por mantenerlos alejados, para que cuando la despedida llegara no le doliera a Onella.

—¿Qué hacía el doctor con usted, *milady*?

—Por favor, Isabelle. Es por tu causa que él no se acerca más seguido a charlar conmigo, lo asustas.

—Entonces sus intenciones no son las mejores para con usted, ¿no lo cree?

—No...

—¿Acaso ya le dijo que es ciega?

—¿Para qué debería saberlo?

—Algún día lo notará, es cuestión de tiempo.

—Quiero que esté conmigo por amistad y no por pena. ¿Comprendes lo que eso significa para mí? No soportaría que sintiera lástima —lamentó. Sabía que su ceguera no era un simple detalle.

—Lo que pide es difícil. El doctor es como el resto de los hombres, quiere... y usted sabe qué... y después... ¡También lo sabe! —gruñó exasperada, abanicándose con la palma de la mano.

—Pues no, no lo sé, explícame.

—¿Por dónde comienzo?

—Por la parte más sencilla —sonrió burlona.

—Bien, lo abordaré desde aquí... Cuando un hombre y una mujer se agradan, generalmente ocurren... cosas...

—¿Qué cosas? ¿Cuáles? —apresuró, hambrienta de información.

—Se unen en un solo cuerpo —soltó Isabelle tomándose el rostro cargado de vergüenza.

—Eso no suena tan mal.

—No es del todo malo, pero es mejor hacerlo en el matrimonio. Recuérdelo, no se apresure, puede tener consecuencias y no pregunte cuáles.

—Lo sé, un niño. Yo no puedo conmigo misma, jamás podría con alguien que dependiera netamente de mí —dijo Onella con mucha tristeza.

—No todo tiene que estar perdido, ya encontrará un esposo.

Isabelle jamás pensó en consolar a nadie con eso de conseguir un esposo. Ella había sido la primera en entregar su virtud y destruir su futuro, pero quería algo diferente para su querida Onella.

Brian, molesto había llegado a su consultorio.

—En ocasiones quiero ahorcarla, pero luego recuerdo lo hermosa y dulce que suele ser y no puedo —gruñó antes de salir para hacer sus últimas rondas del día.

Ella era adorable y afectuosa la mayor parte del tiempo, pero su terquedad amenazaba con reemplazar el resto de sus valores.

Salió aún molesto del consultorio, cuando encontró a lord Thomas.

—¡Milord doctor! ¡Qué bueno verlo!

—¿Cómo se siente, lord Thomas? Por favor no me diga milord, todavía no lo soy y espero no serlo en un buen tiempo.

—Pero lo será, su tío se ha encargado de que así sea. Dígame ¿cómo le va con la ciega?

—De qué habla lord Thomas, aún no he ido junto a quienes tienen dificultades físicas —le sonrió tocando su hombro.

—Es usted el ciego entonces, no nota el corazón de mi bella cieguita.

—No lo entiendo, lord Thomas, explíqueme.

—Ya déjelo, soy solo un loco más, doctor, quizás sea una más de mis locuras —dijo lord Thomas y se retiró a su habitación.

Brian se quedó pensando, lord Thomas estaba mejorando cada día más. ¿Qué lo hizo dudar de su nueva cordura adquirida?

Los días pasaban y cada vez Brian se volvía más desesperado por estar con Onella. Sin embargo, cada día el doctor Lloyd lo llenaba de trabajo para evitar que la viera, hasta que llegó el día en que él tenía que preparar sus pertenencias y partir a otra instalación de Saint James para terminar sus prácticas.

—Claus, ya debo irme —indicó recogiendo sus pertenencias.

—Dilataste tu ida lo más que podías por Ella y no has conseguido nada —le recordó su colega.

—No puedo, solo pude acompañarla a leer y muy poco tiempo.  
—Su guardián del Infierno no te deja tranquilo... —mencionó Claus, casi chasqueándose de él.  
—Evita que esté cerca siempre —lamentó rabioso.  
—Ni siquiera un beso has logrado sacarle —continuaba recordándole sus desgracias.  
—Ni eso he podido, hace un año que estamos así y nada. —Se tomó la frente.

El doctor Lloyd recibió una escueta carta desde Inglaterra, debía comunicar las noticias a su sobrina.

Fue hasta una de las áreas verdes, la vio sentada regia, con las manos sobre sus muslos.

—Onella...  
—Tío, ¿sucede algo? —consultó preocupada por el tono de su voz.  
—Tu padre —mencionó haciendo una pausa.  
—¿Qué tiene mi padre? —Se alteró, abandonando su exquisita postura.  
—Según la carta de Carlotta, está muy enfermo.  
—Debo ir con él, ahora. —se levantó desesperada, hasta que su tío intentó calmarla.

—Calma, Onella. Te acompañaría, pero no puedo, tengo muchos pendientes aún. Lo está atendiendo un doctor amigo mío.

—Eso me tranquiliza un poco, tío. Le pediré a Isabelle que me ayude con los baúles.

—Ve... —condescendió el hombre.  
Onella estaba intentando llegar hasta su habitación cuando una mano la sujetó.

—Ella...  
—Doctor Lowel —tragó saliva al encontrarlo.  
—He venido a despedirme. Iré a continuar mis prácticas en otro sitio de Saint James, mi tiempo aquí terminó.  
—Es este nuestro adiós entonces, doctor —mencionó con ironía.  
—Es nuestro adiós, quizás definitivo, Ella.  
—Yo también me voy, vuelvo a Hertfordshire, mi padre ha enfermado.

—¿Se va? —preguntó Brian, apenado por eso.

—Igual que usted...

Ambos guardaron silencio y Onella quedó con la cabeza gacha para que él no pidiera que lo mirara.

—Entonces no puedo irme sin robarle un beso —objetó Brian, tomó su mentón y lo alzó hasta casi sus labios.

—Usted no se lo robará, porque yo se lo daré —alegó Onella acercando sus manos al rostro de Brian para poder hacerse una imagen mental de cómo era.

Entonces ambos se besaron. Era el primer beso para ella, y Brian lo sabía. Ella tenía en sus labios el dulce sabor de la inocencia, era la lo más delicioso que había probado nunca.

Onella temblaba en sus brazos, su corazón estaba a punto de estallar, sentía que las piernas se ponían flácidas.

Brian subió la intensidad del beso, tomándola con más ahincó de los labios, dejando escapar aquel hombre apasionado que reposaba dentro. Se alejó de sus labios y la observó libidinoso.

—La deseo, Ella, es hermosa —confesó acariciando la zona de su cintura, orillándola de esa forma a entrar en su habitación.

## Capítulo 7

La abrazadora pasión que Brian sentía por Ella era capaz de llevarlo a la demencia y permanecer internado en Saint James.

Inescrupulosamente, buscó introducir su mano bajo la falda de Ella.

Onella, entre tanto, nunca había sentido aquel tipo de sensación que la invadía. Corroía sus entrañas con rapidez, despertando a su cuerpo dormido ante la flor de la pasión.

Preso de sus deseos, la orilló a la cama, cubriendo el cuerpo de ella con el suyo. Había perdido el control sobre sí mismo. Ella no se negaba, solo gemía con dulzura pegada a sus labios, mientras él la recorría con aquellas ardientes manos.

—Señorita Ella, deje que le haga conocer el arrebatamiento del amor —susurró con el fuego quemando su hombría.

—Quiero conocer el amor... —murmuró perdida en sus manos.

Brian no media las consecuencias de sus actos. Solo la deseaba como algo que nunca había deseado e iba a convertirla en una mujer. Sin embargo, las palabras de Claus vinieron a su mente, ¿qué sucedería si ella realmente pertenecía a la aristocracia y él la desfloraba?

Al borde de la locura, alejó un poco el cuerpo de la joven para poder hablar.

—Ella... dígame... ¿Usted no es una *lady*? —preguntó casi arrepentido de haberlo hecho.

—¿Qué? ¿Y si lo fuera qué? ¿Cuál sería el inconveniente? —respondió recostándose en sus codos, extrañada por su pregunta.

—El problema es que si la hago mía y es aristócrata, deberé casarme con usted y yo...

Onella lo empujó para que dejara libre su cuerpo.

—Lo comprendo —alegó decepcionada.

—Ella... —La tomó de la mano.

—No me toque, aléjese de mí. Si yo soy una señorita y le entrego mi virtud, ¿no se casaría conmigo?

—Aún no estoy listo para casarme. Seré el heredero de mi tío, no puedo cometer errores, ni dejar bastardos. Más adelante deberé casarme con alguna mujer aristócrata digna de ser una condesa.

«Digna de ser una condesa». Esas palabras daban vueltas en su cabeza.

Ella era aristócrata y no sabía si era digna de ser una condesa, las condesas no deben ser ciegas. No podría aspirar de esa forma al amor de Brian.

—No sería jamás digna de ser su condesa, milord. Soy una simple señorita y jamás me entregaré a usted. No conocería el amor, sino los prejuicios detrás un hombre —habló Onella con lágrimas en los ojos.

—No me mal interprete, no sé cómo explicarlo.

—Espero que tenga buen viaje, milord —se despidió burlona—, y espero que cuando esté listo consiga a su condesa.

—Por favor, Ella...

—Hasta nunca, doctor Lowel, fue un gusto conocerlo —aseguró dándole la espalda a Brian.

Onella estaba demasiado dolida como para seguir hablando con él. La había ofendido, haciéndole creer que jamás sería digna de formar parte de la nobleza a la cual ya pertenecía por derecho propio.

Él salió de la habitación con la camisa desabrochada, y en el camino se encontró con Isabelle.

—¿Ya cumplió su cometido, no es así, doctor? —ironizó Isabelle con la mirada altiva.

—No ocurrió de esa forma —se justificó.

—Ya le rompió el corazón a esa niña. ¿Cómo pudo hacerlo? Estuve tratando de evitarlo todo este tiempo y aún así sucedió.

—No fue mi intención dañar a su señorita, no puedo explicar lo que sucedió.

—Se arrepentirá, doctor, si ha destrozado la vida de esa inocente, ¿lo escuchó? Y para que no me subestime, yo no soy una simple doncella, tengo más poder del que usted puede imaginarse y hasta que usted no sea un conde puedo destruirlo con facilidad. No se confíe, conozco a los Lowel y también a los Bellamy, bien pueden darle una idea de mi reputación —amenazó fiera para defender a su hija.

Después de decir aquello, Isabelle se fue a la habitación, dejando a Brian con la palabra en la boca.

Abrió la puerta y vio a Onella aislada en un pequeño lugar de la cama.

—*Lady* Onella, ¿qué hace en ese rincón? —preguntó Isabelle con el corazón dolorido.

—No sería digna de ser su condesa nunca, Isabelle —susurró llevando aire a sus pulmones para seguir llorando.

—¿Qué sucedió? ¿Se dio cuenta de que es ciega?

—No. Estuve a punto de hacer lo que tú me dijiste que no hiciera. Tenías razón, él solo quería destruirme...

—Calma, ¿no llegó a pasar nada, supongo?

—No... ahí fue donde me dijo que si yo era una *lady* y él me robaba la virtud, debía casarse conmigo —siguió lamentándose abrazando a Isabelle.

—Bueno, sí que entiende de cosas así...

—Pero si yo era una simple señorita, él me desfloraría y viviría tranquilo, ¿es un hipócrita! —gruñó Onella—. ¿Cuál es la diferencia entre ser noble o no serlo?

—Las reglas de la sociedad son así, él es un heredero y sabe lo que deben hacer los herederos, casarse con jóvenes bien, se nota que no ha ido a Londres.

—¿Y a qué iría?

—A presentarse, ya está alcanzando la edad.

—¿Quién querría a una ciega de esposa? Nadie, Isabelle, seré una solterona, y si mi padre muere, ¿qué será de mí? Quedaré a merced de mi primo lejano, que no sabemos qué hará conmigo.

—Me tiene a mí, *milady*. Yo la esperaré en Londres si me necesita, tengo una casa ahí.

—¿Pero cómo?

—Soy más de lo que aparento, puede contar conmigo para todo lo que desee y necesite —la consoló para que dejara de pensar en sus infortunios.

—Muchas gracias, Isabelle, no sabes cuánto necesitaba tus palabras, desearía que mi madre hubiera sido como tú.

Isabelle sonrió en un llanto silencioso mientras abrazaba a su pequeña hija.

—¿Quiere que preparemos sus baúles?

—Lo más rápido posible, no quiero permanecer un día más aquí.

—La acompañaré hasta una parte del camino, y si me necesita búsqume en

Londres, no importa la hora.

—Está bien.

Onella, triste, empacaba su violín y sus pequeñas pertenencias que ella ubicaba perfectamente. Se sentía terriblemente mal, no se había dado cuenta hasta dónde habían llegado sus sentimientos por el doctor Lowel. De ahí en más todo sería diferente, llegar a su casa en Hertfordshire y enfrentarse a su madrastra. Si su padre moría, quedaba completamente a merced de ella.

—Brian, ¿qué diablos te sucede, no has abierto la boca en todo el día, te fue tan mal con la señorita? —increpó Claus molesto por el perpetuo silencio.

—Primero bien y después... me lleva el diablo, maldita sea. Debo disculparme con ella.

—¿Qué hiciste que por eso necesitas que te disculpe?

—La humille como no tienes idea.

Debía buscarla y pedirle perdón. No podía irse pensando lo peor de él, no se había expresado bien, y por eso Ella lo odiaba.

Brian fue corriendo al pabellón donde quedaba la habitación de ella, pero cuando llegó y vio que ya no había nada en el lugar, quiso que se lo tragara la tierra.

Él se quedó pensativo y mirando dentro, cuando lo interrumpieron.

—Llega tarde para despedirse. Se ha ido hace dos horas, y no se veía bien, quizás pensó que se olvidó de ella —dijo sinceramente el doctor Lloyd.

—Solo quería decirle algo más antes de irse, pero ya no tiene importancia —murmuró triste y arrepentido.

Ella se había ido, dejándolo culpable por lo que dijo. No había forma de dar marcha atrás, jamás la volvería a ver.

\*\*\*

El gran barco zarparía rumbo a Inglaterra. Onella sentía la brisa fresca del mar en su rostro, recostada sobre las vallas del muelle.

—¡Lady Onella, vamos! ¡Nos dejará el barco! —la llamó Isabelle.

—Voy, solo estoy un poco cansada.

—No deje que esto le robe la alegría, está que suspira por todo y no es de cansancio.

Onella ofreció una sonrisa tibia.



—Alguna vez fui joven y suspiré...

—*Lady* Isabelle, su boleto y el de su acompañante —las interrumpió uno de los empleados del puerto.

Ella quedó sin habla, ¿el hombre había dicho *lady* Isabelle?

—Isabelle —habló ella acongojada.

—Lo explicaré en el barco —aseguró Isabelle dispuesta a decir toda la verdad.

## Capítulo 8

Isabelle no sabía cómo contarle a su hija toda su vida. Debía hablarle con suma delicadeza, no sabía cómo iba a reaccionar.

Subieron al barco y se instalaron en sus camarotes.

—Vengo a ayudarla, *lady* Onella... —irrumpió en su hospedaje temporal.

—Y de paso a explicarme por qué no me dijiste que tú eras mi par, y yo tratándote como una doncella. ¿Tu familia quedó en la ruina, por eso debes trabajar?

—No, Onella. Yo no tengo problemas de dinero, no sé cómo explicarte qué me tiene aquí contigo, ni qué me llevó a cuidarte en Saint James.

—¿Entonces?

—Yo ya te conocía, habíamos pasado un tiempo juntas —recordó Isabelle con cariño.

—¿Cuándo? Yo no te recuerdo. ¿Hace cuánto tiempo?

—Fue hace 17 años. Estuvimos nueve meses juntas. Después naciste y tu padre te arrebató de mis brazos —confesó llorando Isabelle.

—¿Qué, qué estás diciendo? —inquirió Onella con el rostro descompuesto por la sorpresa.

—Soy tu madre, Onella. Yo te puse el nombre el día que él me encerró en Saint James, hace 17 años atrás.

—Mi madre está muerta —se negaba a creer aquello.

—No lo estoy. ¿Acaso tu padre te dijo cómo se llamaba tu madre y dónde naciste?

—Él... —se quedó muda, intentando recordar, pero no había información—. Nunca me dijo nada.

—Naciste en América, eres mi hija, soy *lady* Isabelle, hija del conde de Spencer.

—Pero, entonces te casaste con mi padre...

—No. Él no quería casarse conmigo, porque yo estuve en la prisión... —contó avergonzada.

—¡Dios mío, esto es irreal, es demencial! —espetó incrédula.

—No lo es. Yo maté a *lady* April Bellamy, marquesa de Huntly, porque estaba enamorada de su esposo, intenté secuestrar al marqués y también quise matar a *lady* Darline Lowel. Tengo un historial de crímenes horribles... —lloró.

—¿Lowel?

—Es la tía del doctor Lowel. Yo cometí tantos errores y los pague en la prisión. Me interné en Saint James por voluntad propia, sané y decidí rehacer mi vida en América. Conocí a tu padre, le conté todo sobre mi vida y pensé que él me amaría igual, pero no fue así, sacó las uñas después de que naciste y me encerró en Saint James. Pagó a los guardias y sobornó al director para que me pudriera ahí —recordó presa de la desesperación y desolación de ese momento—, pero logré escapar y regresar junto a mi padre, quien me apoyó para buscarte. Tuve que esconderme para que tu padre no me enviara de vuelta a ese lugar. Pude dar con tu tío y él me contó hace tiempo que habías quedado ciega al caer de un caballo, lo siento tanto... No soy la madre que te mereces.

Onella no podía poner en orden sus pensamientos, ni sus sentimientos hacia *lady* Isabelle. Era su madre y estaba viva, su padre le mintió y le ocultó su bastardía.

Isabelle la miraba, presa del pánico por el probable rechazo que le daría su hija. Aquel hermoso rostro estaba desfigurado por las verdades que se acababa de enterar. Su padre no solo era aquel hombre generoso y amoroso que la amaba, era un hombre tiránico, mentiroso y cruel.

—Dime algo, Onella.

—Es demasiado para mi, en este instante. —Se pausó, intentando que la frustración no escapara por su boca, pero era imposible—. Tú y mi padre son unos mentirosos. Tú porque me lo dices, y él porque me mintió toda la vida. ¡Soy una bastarda! —voceó llorando.

—No lo eres, Onella, siento tanto causarte este dolor, pero tengo miedo por ti. No deseo que cometas mis errores, no quiero verte sufrir.

—No sé qué hacer, ¿puedes dejarme sola?

—Pero...

—¡Quiero estar sola! —chilló espantando a su madre.

Isabelle salió corriendo rumbo a su lugar. Lloró desconsoladamente hasta que ya no le quedaban lágrimas que derramar.

Había desmoronado la vida de una joven en cuestión de minutos.

Onella se sentía tan confundida, colapsada de tantas emociones, no sabía qué pensar ni qué más creer.

Se había sentido decepcionada del amor con el doctor Lowel y en ese momento también de su padre. Su madre no estaba muerta, y en parte, eso sí la puso contenta, pero ¿qué debía hacer? Tenía mucho tiempo para meditar sobre todo lo que había acontecido, pasaría bastante tiempo dentro de ese barco rumbo a Inglaterra.

Tiempo después, llamó a Isabelle para que pudieran hablar más calmadas.

—¿Me pediste venir? —consultó avergonzada, después de que un marinero le diera el recado de Onella.

—Sí. Necesitaba hablar contigo.

—Te escucho —dijo Isabelle con cautela.

—He escuchado tu versión de lo que ocurrió, y te creo. Creo en tu arrepentimiento sincero por tus crímenes y también creo en el amor que me tienes —sonrió—, por lo que he decidido también entregarte todo el cariño y amor que tenía guardados para mi madre. Tenemos mucho tiempo para compartir como madre e hija, ¿estás de acuerdo? —propuso esperanzada.

Isabelle, con lágrimas en los ojos, sin poder creer lo afortunada que era, declaró:

—Por supuesto, he sido bendecida con tus palabras.

—Entonces venga aquí, madre, quiero abrazarla —pidió levantándose de la silla, tendiendo sus brazos hacia donde había escuchado la voz de Isabelle para aceptarla como su madre.

La abrazó hasta casi sacarle el aliento y la llenó de besos.

—Siento tanto cuánto sufriste, madre, por culpa de mi padre. Recuperaremos el tiempo perdido.

—Me interesa solo el presente, mi niña querida, no puedo llegar a describir la felicidad de volver a tenerte en mis brazos...

Durante aquel tiempo en el barco, ambas fueron conociéndose y contándose anécdotas de su vida. Sus felicidades y desventuras, sus sueños e ilusiones. Madre e hija, como grandes amigas.

\*\*\*

Había pasado mucho tiempo de la partida de Onella de Saint James, pero Brian no podía olvidar su rostro cargado de angustia y decepción la última vez que la vio, y quizás nunca más la vería de vuelta.

—Doctor Lowel —dijo un lacayo—. Su carruaje está listo para partir.

—Gracias.

Estaba tan perdido en sus pensamientos que no se había percatado de que debía volver al anterior Saint James por un tiempo. Sus recuerdos de Ella no lo dejarían en paz y menos volviendo a ese lugar para ver cada rincón con la ternura que le inspiraba Ella.

Saint James se había convertido en un infierno para él. Con Onella, pese a las prohibiciones de verla, todo era diferente. Estaba acostumbrado a observar su belleza desde lejos, a escuchar su voz suave entre los murmullos de aquel lugar.

*Inglaterra...*

—Pronto desembarcaremos, Onella —anunció triste Isabelle mirando el puerto de Londres.

—Lo sé, madre. Siento tanto tener que dejarla.

—Te estaré esperando en Londres. No olvides la dirección que te dije. Cualquier inconveniente que tengas, solo búscame. Enviaré a alguien para averiguar cómo estás, no pienso perderte nuevamente.

—Yo tampoco, madre, no quiero perderla. Prometo buscarla en Londres, pronto.

—Quédate tranquila, mi niña. Todo estará bien.

Habían desembarcado y se despidieron tomando cada quien una dirección diferente. Onella se enfrentaría a su vida anterior sin la paz en Saint James, con su madrastra rechazándola a cada paso que daba.

Nunca hizo nada para que la condesa terminara odiándola, pero aun así, se empeñaba en despreciarla de todas las formas educadas que conocía. Ya no podría llamarla madre, pues había encontrado a la suya. Eso es lo que la

consolaba y le daba fuerza, además de ver a su padre, su amado padre que la había separado de su madre, le debía una explicación para ese momento.

Ya en Hertfordshire, Onella, con ayuda de algunos lacayos, llegó hasta la recepción y sacó su bastón.

—Pero miren quién ha vuelto después de tanto tiempo —habló la condesa, escupiendo las palabras.

—¿Es de día o de noche? Por si acaso, buenas, madre —saludó seca.

—Veo que las colonias te han sentado de maravilla —alegó observando la floreciente belleza de su hijastra.

—No puedo quejarme, Saint James es un lugar muy tranquilo.

—¿Y te vio algún doctor?

—No, solo estaba como una visita, no como paciente.

—Es una pena, querida, ahora ve con tu padre que te está esperando.

—Con permiso... —se despidió chocando con un mueble.

—Lo siento, querida. Hemos hecho muchos cambios desde que te fuiste —contó colocando una sonrisa ladina y satisfecha en su rostro.

—Ya tendré tiempo de acostumbrarme a ellos.

Apelando a su memoria, Onella continuaba por los pasillos intentando llegar donde estaba su padre, hasta que encontró su habitación.

—¿Padre, está usted aquí?

—¿Onella, eres tú? ¡Ven mi niña! —la llamó desde su cama.

—¡Padre! —fue corriendo y llorando hacia el lugar de donde venía la voz.

—Estás tan hermosa, Onella. Pensé varias veces escucharte por la casa, pero solo eran los anhelos de volver a verte —halagó su padre acariciando su mejilla.

—¿Qué tiene, padre? —preguntó tocando el rostro delgado y barbudo de su padre.

—Estoy enfermo, mi niña. Me queda muy poco tiempo.

—¿Cuánto tiempo, padre?

—Meses, quizás hasta un año.

—Con mis cuidados, padre, vivirá muchísimo tiempo —dijo entre lágrimas y sonrisas.

—Mi Onella, lo único que más siento en este mundo es tener que dejarte sola.

—Padre, de eso tenemos que hablar.

—Mi niña, lo dejaré todo estipulado en mi testamento para que nunca te

falte nada hasta encontrar un esposo.

—Nadie se casará conmigo y es un hecho que acepto con absoluta madurez.  
No se ilusione con que eso sucederá.

## Capítulo 9

—No digas eso, eres bella e inteligente.

—Le faltó decir ciega. Recuerde eso, padre, que yo no lo olvido. Una ciega no puede encargarse ni de los hijos, ni de la casa y mucho menos de un esposo.

—Ten fe, querida mía.

—Yo quisiera preguntarle sobre...

—Onella, estás cansando a tu padre. Ve a descansar a tu habitación, tus pertenencias ya están ahí —ordenó la condesa.

—Sí, madre. Vendré junto a usted después, padre.

Onella salió de la habitación lentamente para dirigirse a la suya. Aún olía como ella antes de irse a América, era su lugar.

El lugar de ella cuando no se había enfrentado a la realidad del amor, a la cruda realidad mejor dicho. Su corazón todavía estaba dolorido y no sabía si era por la decepción de no ser mujer para un futuro conde o por la rabia que sentía por la forma tan desalmada como el doctor Lowel la había tratado. ¿Cuál hubiera sido la diferencia si era solo una señorita o una *lady*? Su virginidad era valiosa sea cual sea su estrato social. Su actitud la había ofendido, ella jamás habría pensado en obligarlo a casarse con ella.

—*Milady* —dijo Grace desde la puerta.

—¡Grace!, ¿cómo has estado?

—Muy bien, *milady*, solo venía a ver si se le ofrecía algo.

—Por el momento nada. Sin embargo, mañana te pediré que me des un paseo por la casa. Me comentó la condesa que ha habido muchos cambios a los cuales me debo acostumbrar.

—Con gusto, *milady*. Me retiro —pronunció su doncella escurriéndose.

Grace no le iba a contar que esos cambios habían sido intencionales por



parte de su señora, para producirle incomodidad a *lady* Onella y que terminara nuevamente yéndose de la mansión.

Onella se sentía tan aburrida. No estaba su madre, quien le leía muchas novelas. También le describía el paisaje y siempre la animaba a tocar el violín. Y Brian, no podía dejar de pensar en él. Su compañía durante las tardes y sus ratos libres, aquellos besos que le había arrebatado apasionadamente.

Onella negó con la cabeza para poder alejar aquellas sensaciones, de su mente y de su piel.

Se castigó mentalmente por pensar en un hombre cuya moral era tan blanda como el pan recién salido del horno.

Los días seguían pasando aburridos en su casa. Trató de acostumbrarse a la nueva distribución de las cosas, se las había memorizado todas.

Se pasaba las mañanas y tardes junto a su padre, sentados en el jardín, siempre y cuando la salud de él se los permitiera. Su madrastra casi nunca los que dejaba solos, y no encontraba una razón para aquello.

—Querido, iré al pueblo, necesito comprar cosas —anunció Carlotta.

—Ve, Carlotta; y tú, Onella, ¿no quieres ir?

El rostro de Carlotta se había ensombrecido, quería irse para no tener que soportarla un minuto más.

—No, padre, prefiero quedarme con usted.

—Entonces me voy —se despidió aliviada *lady* Carlotta contoneándose mientras se alejaba.

—¿Dígame, padre, estamos solos?

—Sí, no hay nadie.

—Padre, ¿por qué ha mentado sobre mi madre?

El conde tenía el rostro aún más pálido por lo que estaba escuchando.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no me dijo que jamás se casó con ella y que soy una bastarda? Me dijo que estaba muerta y no lo está —contó esperando las explicaciones.

—Onella, ¿de dónde inventas esas cosas? No sé qué te dijo Frances, pero...

—Calle, padre, antes de que diga otra mentira. Mi tío Frances no me ha dicho nada. Soy consciente de que él también lo sabía, soy la hija bastarda del conde de Wessex y *lady* Isabelle Spencer.

—Dios mío, Onella, yo... —se avergonzó cubriéndose el rostro con las manos.

—Padre querido, entiendo sus razones para haberme alejado de ella, pero no entiendo por qué la engaño y encerró como si estuviera loca.

—Ella tiene un pasado horrible, hija, quería protegerte de eso —se justificó de su actuar.

—Ella me explicó lo que tú dices de su pasado horrible, yo la acepté como mi madre a pesar de ello.

—Entonces la conociste —mencionó más calmado.

—Es una lástima que no pudo verme crecer.

—Es mi culpa, Onella. Nunca me olvidé de lo que le hice. Me siento culpable, pensé que era por tu bien, no podía dejar que nadie te señalara, perdóname.

—Padre, no tengo nada que perdonarle —lo tranquilizó.

—Eres tan noble y tienes la belleza de Isabelle.

—¿Alguna vez la quiso?

—¿Quieres saber la verdad?

—Sí. —afirmó con temor.

—Con toda el alma, tú eres el fruto de mi amor por ella, pero todo el peso del título y la posición cayeron sobre mí, ella no era adecuada, no lo era —confesó cabizbajo.

—¿Por qué la posición y el título lo son todo para un hombre, padre? ¿Por qué hay mujeres adecuadas y no adecuadas? ¿Y el amor?

—El amor te hace tomar malas decisiones, hija. Isabelle fue una decisión mía. Fue una lástima que no haya sido una aristócrata intachable, hubiera sido una condesa excelente.

—¿El amor no es bueno, padre? Solo nos hace sufrir, supongo por lo que he escuchado.

—Cuando un hombre se enamora de ti...

—Nadie se enamorará de mí, padre, no soy la indicada para nadie. Ningún noble se casará con una ciega inútil que no podrá llevar ninguna responsabilidad, salvo un estúpido título y un nombre.

—No hables así, Onella. Hay esperanzas para ti, eres inteligente, bella, voluntariosa, dulce y muy valiente, muchos caballeros suspirarían por ti.

—¿Cómo, padre? Si ni siquiera puedo bailar. No creo tener presentación en sociedad.

—Ya lo veremos, no desesperes.

*Boston...*

—Lord Thomas, qué gusto verlo de nuevo —saludó Brian, sonriendo.

—Ya no es lo mismo sin ella, ¿no es así, doctor?

—¿De quién habla?

—De la *lady* bonita, regresó a su casa.

—Ella era una señorita y no una *lady*, lord Thomas —replicó corrigiendo al hombre.

—Si usted lo dice, ¿quién soy yo para contradecirlo, mi estimado doctor?

—alegó lord Thomas entendiendo lo que había sucedido.

Lo último que le faltaba a Brian era que lord Thomas le recordara a Ella. Ya había metido el dedo en la llaga, era suficiente con mirar todo a su alrededor y acordarse de sus ojos, pese a que lo miraban muy poco eran profundos y especiales.

Estaba muy ansioso porque pasara el tiempo y regresara a Londres, donde nada pudiera hacerle recordar a esa mujer a quien hirió, quizás nunca más la volvería a ver y eso sería un alivio al no enfrentar sus culpas.

Los años fueron pasando, y la enfermedad del conde de Wessex estaba muy avanzada, le quedaba muy poco tiempo, estaba consumido por sus síntomas, añoraba un descanso.

—¿Qué tiene para mí, señor Clarke?—preguntó Isabelle al investigador que contrató para que la mantuviera al tanto sobre Onella.

—*Milady*, su hija está perfectamente bien, está muy hermosa. El conde está a punto de morir, ha vivido más tiempo del que le dieron los médicos que lo han visto.

—Eso es gracias a los cuidados de mi querida Onella. ¿Ha podido averiguar quién es el heredero del conde?

—Sí, *milady*. Es un abogado que vive en Londres, aquí tengo todos sus datos, toda la información que necesita está en este sobre —contó el investigador.

—Gracias, señor Clarke, y pensar que usted me arrestó en su momento —recordó con una sonrisa.

—Fue un momento lamentable, *milady*.

—Es cierto. Tome su paga. —Le entregó una bolsa con monedas dentro.  
—Gracias, *milady*, estoy a su servicio. —Reverenció y salió del despacho.  
Isabelle abrió el sobre ansiosa por saber quién se ocuparía de su hija.  
—Veamos quién será el próximo conde de Wessex y tutor de Onella... —  
mencionó en voz alta—. Dylan Warren.

## Capítulo 10

*Hertfordshire, 1842.*

Había ya pasado un mes de la muerte de su padre, solo debían esperar que apareciera el nuevo conde de Wessex.

—Onella... —la llamó su madrastra.

—Dígame, madre. —Obedeció yendo junto a ella.

—Te he dicho que nunca más me llamas madre, porque jamás lo fui ni lo seré —espetó molesta.

—Sí, *milady*. —Acató. No era suficiente el dolor de perder a su padre, sino que también debía soportar el mal genio de la condesa.

—Así está mejor. He recibido una carta del nuevo conde de Wessex, Dylan Warren, donde me expresa su repudio hacia tu condición de ciega. —Sonrió maliciosa—. Ha manifestado que no desea hacerse cargo de una carga tan pesada como una ciega.

—¿Cómo?! —increpó horrorizada Onella.

—No quiere hacerse cargo de ti, eres ciega, no tonta para que no puedas comprender lo que significa eso.

—No, no puede hacer eso.

—Me ha dicho que te expulse de esta casa. Cuando venga de visita en estos días, no quiere encontrarte aquí.

—¿Pero por qué! ¿Eso no puede ser cierto, es imposible, usted miente! —exclamó Onella, acusándola.

—¿Te atreves a acusarme de mentirosa? ¿Soy la condesa y tú eres una *lady* nadie, desheredada, ciega e inútil! ¿A quién le sirves, Onella? —la cuestionó, mirándola por encima del hombro.

—Es usted muy mala. No ha esperado a sacar las uñas después de que mi

padre murió.

—Aún no lo estoy haciendo —objetó agarrando de un brazo a Onella.

Ella intentó zafarse de Carlotta, pero al hacerlo cayó sobre unos valiosos artículos de cerámica.

—¡Eres una inútil! —gritó Carlotta, iracunda por aquellas valiosas cosas.

—No fue... —intentó disculparse, pero sintió que Carlotta la tomó del cabello y se la llevó a rastras en una barraca.

Ella solo gritaba, por el dolor en su cuero cabelludo y también en su piel raspada por el arrastre.

—¡Que alguien me dé una fusta! —masculló a los sirvientes que no le pasaban lo que pedía—. Está bien, lo haré yo sola —dijo macabra.

Tomó una fusta de las caballerizas, rompió la espalda del vestido de Onella.

—¡Ahora aprenderás a respetarme! —dijo con los dientes apretados.

Comenzó a golpearla con salvaje desdén, descargando todo su odio y frustración por ella, para dejarla en carne viva.

Onella lloró los primeros golpes antes de perder el conocimiento por el intenso dolor que le produjeron las heridas.

*Lady* Carlotta soltó el objeto de tortura, mirando satisfecha su obra.

—Llévensela de aquí —ordenó a la servidumbre, mientras ella se limpiaba las faldas que se le habían salpicado con sangre y piel de su hijastra— ¡Qué alguien me dé un vestido nuevo!

*Londres...*

—No puedo creerlo, estás felizmente casado, Clark, ¿dónde dejaste a Marie? —preguntó Dylan haciendo énfasis en la esposa de su amigo.

—En Sussex. No está para hacer viajes largos; y sí, soy muy feliz, pese a todo lo que ocurrió —comentó con una sonrisa de satisfacción.

—Al parecer *lady* Emma también es muy feliz —aludió Dylan, recordándole a Clark su vergüenza.

—No me lo recuerdes. No puedo pasear por Londres gracias a esa vergüenza.

—Intentar abusar de una mujer es un crimen. Tuviste suerte de que el marqués fue muy generoso contigo.

—Bien, pues estoy agradecido, muy agradecido —alegó girando los ojos. Ambos hombres fueron interrumpidos por unos golpes en la puerta.

—Adelante —autorizó con voz alegre. La visita se su amigo lo hacía muy feliz.

—Señor, tengo una notificación para usted —irrumpió su empleado al despacho.

—¿Una notificación? Puedes dejarla y retirarte, Piers.

Cuando el mayordomo se retiró, Clark no pudo resistir la curiosidad de lo que encerraba aquel sobre.

—¿En qué lío estás metido, Dylan? —indagó curioso.

—No lo sé, voy a leer qué dicen estos papeles —aseguró tomando un abrecartas para cortar el sello.

Dylan abrió la notificación, leyó con lentitud y se levantó de golpe del asiento.

—¿Qué sucede? ¡Me estás asustando!

—Toma, lee... —ordenó con seriedad.

Clark tomó el papel, leyó y una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Felicidades! ¿Sabes lo que significa esto, lord Dylan Warren, conde de Wessex?

—¡Sí! —respondió extasiado—. ¡Podré pedir la mano de la bella Lucy Lowel sin que su padre quiera matarme! —casi dio un brincó de alegría.

—¡No! —reprendió airoso su amigo —¡Eres un conde, rico, y... aquí dice que tienes una prima!

—Sí, aunque creí que tenía dos, probablemente una murió.

—Esta se llama Onella y ya tiene 20 años.

—20 años y sigue soltera —sopesó Dylan con preocupación.

—Puede que sea muy fea. Será una carga.

—Debo presentarme en Hertfordshire pronto.

—Y debes mudarte. Adiós, coqueto hogar de soltero, irás a tu propia mansión.

—Lo haré. Y también debo buscarle esposo a mi querida prima Onella. Iré exclusivamente a conocerla.

—Después me cuentas cuál es su defecto —dijo Clark, risueño.

Mientras charlaban, volvieron a golpear la puerta.

—Adelante, Piers.

—Señor...

—¡Oh no, Piers, él es ahora lord Wessex.  
El empleado miró a Dylan con una sonrisa.  
—Felicidades, señ... digo milord, lo busca una dama.  
—Hágala pasar, por favor —ordenó, y el empleado se retiró.  
—Ni bien se enteran que tienes un título y las mujeres caen en la puerta. Ya no hay decencia. Te dejaré con la visita, te buscaré después.  
—Adiós, Clark —se despidió, acomodándose para recibir a la dama.  
Clark salió, y luego de él entró una mujer rubia, elegante y hermosa.  
—Milord —saludó al verlo parado junto a la puerta—. Mis felicitaciones por su título.  
—¿A quién agradezco tal cortesía?  
—*Lady Isabelle*, hermana del conde de Spencer.  
—¿En qué puedo ayudarla, *milady*?  
—Vine a hablarle sobre su herencia, o al menos, parte de ella, su prima Onella, usted es su tutor, ¿cierto?  
—Eso dice la notificación, no la conozco aún —reveló extrañado por la aparición de una mujer hablándole sobre lo que acababa de heredar.  
—Seré franca con usted. Quiero saber cuáles son sus planes para ella.  
—Le repito que no la conozco. Sé que tiene 20 años y es soltera. Lo primero que debería hacer es encontrarle un esposo.  
—¿Sabe por qué está soltera todavía?  
—No. Imagino que carece de atributos que la hagan deseable o su reputación es...  
—Ninguna de esas cosas, milord, aún no ha debutado —esclareció Isabelle, rodeando a Dylan.  
—¿Cómo es posible? Lleva dos años de atraso.  
—Una sencilla razón, ella es ciega.  
—¿Ciega, dice usted? ¿Por qué debería creerle? —cuestionó desconfiado de la dama.  
—Porque es mi hija, y necesito que la traiga a mi lado. Su madrastra la odia y no sabemos qué puede hacerle, está indefensa sin su padre, por eso quería saber qué planes tiene para ella —confesó muy seria.  
—Pero no comprendo...  
—Es algo muy largo de explicar, ¿puedo sentarme?  
—Disculpe mi absoluta falta de educación, *milady* —señaló un sillón para que se sentara, mientras él ocupaba su sitio tras el escritorio—. *Lady Isabelle*,



la historia que me cuenta es terrible —opinó con la mano en el mentón.

—Por eso le pido que traiga a Onella junto a mí, ella no será una carga para usted, lo prometo.

—*Milady*, ella es mi responsabilidad, la traeré conmigo a Londres como sea.

—Muchas gracias, milord —entregó su mano para que la besara.

—Fue un placer. No se preocupe por mi prima, yo me encargaré.

La situación de su prima era prioritaria, debía partir lo antes posible a buscarla, pero primero quería aparecer en casa de lord Harold Lowel, y pedir la mano de Lucy en matrimonio.

Dylan pidió un baño después de que Isabelle acabara su visita, lo tomó y se arregló para salir.

## Capítulo 11

—Por fin te dignas a visitarme, heredero ingrato —espetó Brent Lowel, conde de Derby, al ver a Brian.

—Tío, he estado muy ocupado con mis pacientes —se excusó sintiendo el fuerte apretón de su tío en el hombro.

—Deja eso y atiende solo a los miembros de la familia.

—¿De qué viviría?

—Tu padre es rico y yo tengo una asignación que nunca has querido aceptar, salvo cuando te di dinero para ayudar a *lady* Imogen para huir de tu primo.

—Aún no se lo he devuelto, tío.

—No hace falta, me sentí muy bien cuando me lo pediste. ¿Cómo está Lucy?

—Enamorada de un abogado —comentó sentándose.

—Me parece que a tu padre no le debe gustar nada la idea de que Lucy no tenga un título.

—No le agrada, pero hasta el momento se ha mordido la lengua. El hombre es muy rico y también va a heredar un título.

—Eso es muy bueno, me alegro por Lucy.

—Buenas tardes, padre —saludó Violet, entrando al salón con su traje de montar masculino y sus botas bajas—, se bienvenido, querido primo.

—¿Violet, qué haces vestida así? —reprendió Brian mirándola como si fuera de otro mundo.

—Brian, es mi vergüenza. Ayúdame a deshacerme de ella —pidió el conde tapándose el rostro, harto de tener que tratar con su desjuiciada hija.

—Cuanto cariño familiar aquí —expresó sarcásticamente—, la ropa es mía y la uso por comodidad.

—Por algo continuas soltera. Ningún hombre desearía que te exhibieras de esa forma —replicó de vuelta Brian.

—Me importan poco las opiniones. Londres es un nido de víboras, odio estar ahí. Oh, padre, ¿se ha enterado? Murió nuestro vecino, el conde de Wessex?

—No lo sabía, ¿cuándo ocurrió?

—Fue hace casi un mes y usted ni se ha enterado. Yo acabo de enterarme hoy.

—Pobre de su hija, se sentirá muy sola.

—Sí, y más en su condición —apoyó Violet, sentándose junto a su primo.

—¿Qué condición? —preguntó Brian.

—Bien, es una hermosa ciega, casi de mi edad, querido primo. Jamás encontrará esposo o al menos alguien quien la ame verdaderamente, no creo.

—¿Y el nuevo conde ya se ha presentado? —consultó el conde.

—Aún no, pero ya sé quién es, por eso se los contaré, es una información familiar importante.

—¿Familiar e importante? ¿Qué tienen que ver con nosotros? —indagó Brian con incredulidad.

—Pues el nuevo conde es el enamorado de Lucy, el abogado. También es el tutor y administrador de la herencia de su prima ciega.

—Violet, cuanta información, y decías que en Londres hay víboras —la escrachó su padre.

—Padre, no me parece un comentario respetuoso de su parte —reclamó entre dientes.

—Pues, yo se lo comunicaré a mi padre por una carta. Lucy se pondrá tan contenta —contó Brian, disponiéndose a buscar algo para escribir la novedad.

\*\*\*

—*Milady*, despierte por favor —rogaba Grace intentando bajarle la fiebre que tenía por el dolor de las heridas—, *lady* Carlotta, déjeme ir por un médico para *milady*.

—No. Sufrirá por su impertinencia, no quiero que nadie más la ayude, retírate —ordenó molesta.

—Pero tiene fiebre, *milady*.

—¿Crees que me importa? Mejor si se muere, le haremos un favor para que deje de ser ciega e inútil —dijo mirando a una postrada Onella.

—No la dejaré —desobedeció la doncella.

—Como gustes, si sabes lo que te conviene harás lo que te digo —continuó mirando a su hijastra hasta que una idea terrible se le pasó por la mente—. Espera, tengo una mejor idea, me la llevaré en el carruaje.

—¿Dónde? —indagó.

—¡Eres una igualada, no es de tu incumbencia!

*Lady Carlotta* llamó a dos lacayos para que la subieran al carruaje.

Camino al pueblo, *Carlotta* pidió que el carruaje se detuviera en un lugar al paso.

—Ahora baja a Onella —ordenó con el rostro pétreo.

—Pero, *milady* —musitó el cochero, sin querer cumplir esa orden.

—¡Que la bajas he dicho! —masculló asustando al hombre—, se me está agotando la paciencia con sirvientes tan inútiles como ustedes.

—No puedo dejarla aquí...

—¿Entonces prefieres quedarte sin trabajo por alguien que ya tiene un pie en el otro lado?

El cochero era un hombre necesitado y de edad, que no podía cambiar fácilmente de oficio, y tuvo que acceder.

—Lo haré, *milady* —acató sintiendo lástima por Onella.

La dejaron en un desvío, escondida entre los matorrales, aún inconsciente. Con la herida infectándose podía morir muy rápido.

*Lady Carlotta* llegó al pueblo e hizo algunas compras y se dirigió nuevamente hacia su casa.

Mientras tanto, Onella estaba recuperando la conciencia entre delirios y entendimiento, comenzó a caminar, no sabía dónde estaba, solo sentía los matorrales por su falda, estaba perdida.

Por el camino, *lady Carlotta* observó un carruaje con rejas, supuso que no serían para nada gente de bien, se veían sucios y con malas intenciones.

—Párese junto a ese carruaje —ordenó la condesa.

—*Milady*, esos hombres son unos paseros, venden cosas.

—Pues estoy interesada, deseo escuchar qué necesitan —sentenció.

*Lady Carlotta* los llamó:

—Disculpen, caballeros, ¿qué venden?

—Lo que quiera, *milady*. Desde lo más pequeño hasta lo más grande —

respondió uno de ellos mascando un naco.

—¿Qué tan grande? —preguntó la condesa elevando una ceja.

—Gente...

—¿Mujeres?

—Vendemos mujeres para sirvientas y también para el gozo de los hombres, mi excelentísima *lady* —aclaró el otro hombre.

—Tengo algo que quizás les interese. Los llevaré a ver, y si la quieren se la llevan, síganme, por favor.

—Esperemos que sea bueno.

—Creo que lo será.

Los hombres siguieron al carruaje de la condesa hasta donde habían dejado a Onella que, por lo que sus ojos veían, despertó y se movió unos pasos.

—Debemos adentrarnos en el bosque, no puede ir lejos —le dijo a los hombres para que la buscaran

Pasaron unos minutos buscando y la encontraron recostada descansando, muy roja, por el sol y la fiebre.

—Ahí la tienen —señaló Carlotta a Onella que se encontraba en camisón.

—¡Es una preciosidad! ¿Cuánto pide por ella? —curioseó el hombre.

—¿Es virgen y aristócrata, cuánto creen que valga?

—Pues...

—Espere, me faltó decirles que es ciega, ¿eso reduce mucho su valor?

—No, *milady*. Tenemos todo tipo de clientes, y como es aristócrata irá para uno de ellos. Diga su precio —exigió el negociante.

—Solo llévensela, quiero que desaparezca para siempre.

—Debemos aprovechar esta preciosidad, nos dará mucho dinero, Ralph.

—Vayamos por ella, Leo.

Ambos hombres se acercaron a Onella y la tomaron sin que ella se diera cuenta.

—¿Quiénes son?, ¡suéltanme!

—¡Cállate, pequeña, ahora eres nuestra!

Al oír esas palabras saliendo de aquella maloliente boca, entendió lo que ocurría.

Onella se fue entregando a la desesperación, era una persona indefensa.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —aulló presa del pánico y miedo a lo desconocido.

—¡Cállate, Onella, nadie te escuchará aquí en el bosque! —reconoció la voz de su madrastra

—¿Por qué lo hace, *lady Carlotta*?! —cuestionó con voz quebrada.

—Eres un estorbo, y como no te vas a casar nunca, qué más da ser una fina dama de compañía de un aristócrata. —Rio sin compasión.

—¿Ayuda, por favor! —gritó hundida en la miseria de la desesperación, con la incertidumbre de lo que podría ocurrirle.

—Llévensela y que la aprovechen —se despidió *lady Carlotta*, yendo a su carruaje.

—Tenemos un cliente que estará muy encantado con usted, *milady*. Estamos seguros de que le será grata su presencia —murmuró cerca del oído de *Onella* mientras perdía el conocimiento.

Brian y Violet, que estaban cabalgando, escucharon unos gritos e iban para ver qué sucedía, pero cuando llegaron ya no había nada más que sangre y un pequeño bastón.

—¿Un bastón? —se extrañó Brian tomándolo en la mano.

—Eran gritos de mujer, la única ciega de la región es *lady Onella*, y quizás este sea su bastón —alegó Violet asustada.

—No, Violet. Quizás eran pájaros, vámonos a casa.

—Pero...

—Vamos aquí no hay nada.

\*\*\*

La noticia de que era un conde hizo que todas las pequeñas damiselas se acercaran a él cuando pasaba por las calles de Londres. Y pensar que cuando era solo un abogado ninguna de ellas se había volteado siquiera a verlo o percatarse de su existencia, como si fuera que tener una profesión era un delito.

Después de los coqueteos recibidos, llegó a la casa de los Lowel, se presentó y lo dejaron pasar.

—¿Se encuentra la señorita Lucy?

—Sí, milord, un momento, iré a buscarla.

Lucy estaba muy al pendiente de ver al nuevo conde, bajaba hermosa por las escaleras de su casa.

Él se acercó hasta la escalinata observándola bajar maravillado por su belleza.

—Mi querida señorita Lucy —saludó.

—Milord —correspondió sonrojada.

—Ahora creo que tengo lo necesario para solicitar su mano. ¿Cómo se enteró de que soy conde? —indagó por el trato del mayordomo y el suyo mismo.

—Mi hermano está en Hertfordshire y se enteró de que usted es el sucesor del conde. Las tierras de mi tío Brent lindan con las de usted.

—Es una gran noticia, dígame, señorita Lucy, ¿qué necesitaría usted para aceptarme como su esposo? —preguntó mirando sus ojos grises y su cabello negro.

Lucy era muy hermosa, tal como lo fue Mariane en su juventud. Llevaba dos temporadas y esa era su tercera propuesta de matrimonio. Se había negado a sus primeras propuestas por esperar a Dylan Warren.

—Conocernos, milord. Debería hablar con mi padre.

—¿Él se encuentra en este momento?

—Sí. Lo guío a su despacho, milord. Sígame, por favor.

Lucy estaba tan tímida, era justo como él se imaginaba que sería, pero ¿cuándo cruzarían más de dos palabras? Ya no debía tener miedo a su rechazo, él no le era indiferente.

—Con permiso, padre. —Ingresó Lucy junto a él.

—¿Sucedo algo, querida?

—El señor... digo, el conde de Wessex viene a verlo, padre. —Agachó la cabeza para no exhibir su sonrisa de felicidad.

—Hazlo pasar y déjanos a solas —ordenó su padre, levantándose de la silla para acomodarse las prendas.

—Sí, padre, —Obedeció, salió del despacho y miró a Dylan—. Pase, milord, por favor.

—Gracias. —Le sonrió mientras se retiraba su adorada Lucy.

Al cerrar la puerta, Lucy no lo soportó más y dio un chillido de alegría al saber que al fin se comprometería con el hombre del que estaba enamorada.

—Felicidades, milord —congratuló Harold a Dylan, estrechándole la mano.

—Gracias, milord.

—Ha venido usted por mi hija ¿no es así? —curioseó satisfecho.

—En efecto. Quisiera poder cortejar a la querida señorita Lucy —expulsó sin preámbulo.

—No pesa sobre usted ningún impedimento —aclaró—, posee un título,

entonces dejo de arrepentirme por haber despachado a dos buenos candidatos a esposo para Lucy, ella no los quería.

—Es un honor, milord. Al volver de mi viaje comenzaré el cortejo con su hija, tengo que ir por mi prima Onella.

—La joven ciega. Me lo ha comentado Lucy.

—Exactamente. No puedo dejarla a su suerte.

—Será una carga muy pesada para usted.

—Solo espero que no tenga mal humor, vivirá conmigo —añadió sonriente.

—¿Piensa traer a una mujer soltera a vivir con usted? No sería bien visto.

—No sé qué tendría de malo, es mi media prima.

—Existen matrimonios entre primos —alegó Harold.

—Creo que este no es el caso.

—Tampoco creo que sea para tomárselo a la ligera, no quisiera que cortejara a mi hija con una mujer viviendo bajo su mismo techo.

—Deberé encontrarle un esposo pronto, su condición en mi casa será temporal.

—Espero que así sea.

—Con su permiso, milord. Debo preparar mi ida a Hertfordshire y también mi mudanza. Hasta pronto —reverenció.

—Hasta pronto, lord Wessex —despidió Harold también inclinándose.



## Capítulo 12

Días después de salir de Londres, Dylan llegó a su casa de Hertfordshire. Tocó la puerta y el mayordomo lo atendió.

—Buen día, soy Dylan Warren —se presentó.

—Milord, bienvenido a su casa. —Se hizo a un lado para que él pudiera pasar.

—Gracias. ¿Y la condesa viuda?

—Anunciaré que usted está aquí, milord —dijo el mayordomo dejándolo solo en la sala, mientras él observaba todo alrededor. Era muy hermoso y lujoso para ser una casa de campo, probablemente pasaría mucho tiempo ahí en el futuro con Lucy.

—Milord, bienvenido a su nuevo hogar —lo recibió *lady* Carlotta, animada.

—Gracias, *lady* Carlotta. Quisiera conocer a mi prima Onella —pidió mirando por los pasillos del gran caserón.

—Siento informarle que Onella ha huido hace unos días... —pronunció fingiendo tristeza.

—¿Cómo qué ha huido? Es ciega, no pudo haber ido muy lejos —expresó preocupado.

—No la encontramos, la hemos buscado casi sin descanso...

—No puede ser, ¿por qué se ha ido?

—Quizás porque pensó que a usted no le gustaría tener de responsabilidad a alguien como ella, es demasiado noble —continuaba fingiendo cariño.

—Cómo pudo pensar semejante cosa. Ni siquiera me ha conocido para juzgarme de esa forma —habló contrariado, deseaba ayudar a su prima de corazón.

—Es la verdad...

—No, milord, esa no es la verdad —interrumpió el cochero.

El hombre se sentía culpable por haber ayudado, obligado, a su patrona para deshacerse de una adorable joven sin maldad ni pretensiones. Solo había estado esperando al nuevo conde para delatar a la madrastra de Onella.

—¡Charles no seas igualado, retírate! —ordenó amenazante.

—No lo haré. Milord, la pobre *lady* Onella fue golpeada por la condesa, estaba con mucha fiebre, la estábamos cuidando y ella...

—¡Cállate y lárgate, estás despedido! —gruñó señalando la salida.

—No, *lady* Carlotta. Usted no es nadie para despedir a este hombre, continúe, su trabajo aquí es seguro —tranquilizó Dylan al desahuciado cochero.

—Gracias, milord. Ella nos obligó a subir a *milady* al carruaje y luego me dijo que la bajara entre los matorrales para dejarla morir.

—¡¿Qué dice?! ¿Cómo pudo? —miró a la condesa reprobándola.

—Pero eso no es lo peor —continuó contando el hombre ante la furibunda y amenazante mirada de *lady* Carlotta.

—¡¿Hay más?! —se alteró Dylan.

—La condesa entregó a *milady* para que unos hombres la convirtieran en la querida de unos aristócratas —confesó avergonzado por haber sido cómplice.

—¿La vendió para que la prostituyan? —preguntó gritando, mientras se abalanzaba sobre ella— ¡Tiene un día para dejar esta casa y no tiene derecho a ingresar en ninguna propiedad del condado, recibirá lo que pertenece y nada más! ¡Fuera de mi vista, usted no goza de mi gracia ni de mi empatía!

—¡Pero, milord! —intentó excusarse *lady* Carlotta.

—¡Váyase antes que deje de ser un caballero! —gruñó empujándola.

*Lady* Carlotta fue a la planta superior para recoger sus cosas. Se iría de la casa, no tenía donde ir, pero la parte que le tocaba debía ser jugosa.

—Milord —él se acercó el cochero—. Los nombres de los hombres que se llevaron a *milady* son Leo y Ralph, creo que se dirigen a Londres. Salve a nuestra *lady*, por favor.

—No se preocupe, yo me haré cargo —aseguró Dylan.

Dylan no había descansado de su viaje desde Londres y debía retornar para buscar a Onella. Solo rezaba para que no fuera tarde y continuara viva y virgen. Isabelle tenía razón, nada bueno le esperaba a su hija después de la muerte de su padre. ¿Por qué diablos perdió el tiempo y no fue a rescatarla antes?

—¡Maldita sea! —gritó y golpeó el carruaje con violencia. Le estaba

fallando a su prima, no podía ser bueno si no salvaba a su prima de quien fuera.

Dylan ni siquiera pasó a saludar a sus vecinos Lowel, estaba demasiado acelerado y preocupado por su prima desconocida.

La dichosa Onella debería ser un panal de miel por como hablaban de ella los criados, y esperaba aún poder conocerla.

—Mírala, Ralph, no se ve muy bien. No ha comido, tiene mucha fiebre y le sangra la espalda.

—Mañana llegaremos a Londres, ahí haremos que la atienda un doctor.

—Si se nos muere, no sacaremos nada de ella.

—No se va a morir, idiota, estoy seguro de que nos haremos ricos con esta joven ciega, hermosa e inocente —sonrió mirándola—, ninguno de esos depravados aristócratas se resistirá, habrá una puja de media fortuna por ella.

—Tienes razón. Será el golpe de nuestras vidas, si sobrevive.

—Seremos ricos con esta joya.

Onella desvariaba, no podía sentirse peor de lo que estaba, temblaba de fiebre y le dolían las heridas, estaba teniendo una infección que podría llevarla a la muerte.

Leo y Ralph llegaron a Londres y llamaron a un médico para que la atendiera.

—Díganos si vivirá o no, doctor... —pidió Leo.

—Está muy grave, tiene una infección muy seria, aunque es joven, si la cuidan bien probablemente se salve.

—¿Cuánto tiempo requerirá para que sane?

—Pues unas tres semanas, si pasa esta, por supuesto.

—Gracias, doctor, tome su paga.

—Adiós, señores.

Al irse el doctor, ambos miraron a su mina de oro que aún no producía dinero.

—Ya tuvo su primer gasto, ahora debemos ofrecerla —aseguró Ralph—. Pues iremos a la taberna de siempre. ¿Qué te parece?

—Iré yo y tú la cuidas, claro, si quieres ser rico.

—Me quedo entonces, Leo...

Violet entró a su casa como un huracán y se acercó a su tranquilo primo Brian.

—¡Brian! —llamó gritando.

—¡Qué barullenta eres, Violet! —se quejó—. ¿Qué sucede?

—¿Sabes quién estuvo aquí en Hertfordshire?

—¿Quién? —preguntó aburrido.

—Tu futuro cuñado, el nuevo conde de Wessex.

—¿Y eso qué tiene?

—Eres tan aburrido que no se te puede contar una novedad —alegó cruzando los brazos bajo el pecho.

—Querrás decir un chisme.

—¡Lo que sea! —Le restó importancia con un gesto de manos—. Bueno, el nuevo conde echó a la condesa...

—Eso sí es interesante. —Se acomodó para continuar oyendo, y con mayor interés.

—Y hay más. ¿Sabes por qué lo hizo?

—Violet, querida, si lo supiera, ¿crees que estaría tan interesado en saber?

—Porque la condesa golpeó y vendió a *lady* Onella a unos hombres de mala vida. Por eso encontramos sangre y su bastón. ¡Te lo dije, te dije que era alguien!

—Dios mío, qué crueldad —lamentó imaginando aquello.

—Los criados me contaron que estaba muy mal y aún así la tiró en el bosque. Es muy cruel, pobre. Su primo está desesperado buscándola antes de que sea tarde.

—Es una pena que no vino a requerir nuestra ayuda.

—Quizás quiera mantenerlo en secreto por la reputación de ella, bueno, aunque ahora ya está hecha pedazos. Si antes tenía un mínimo de probabilidades de casarse, en este momento no tiene ninguna.

—¿Por qué mejor tú no te preocupas por casarte? Esa pobre infeliz quizás ya esté perdida, aprovecha tú que tienes todo para conseguirte un esposo decente.

—¿Sabes qué me falta para conseguir uno? ¡Las ganas de tener un esposo!

—respondió—. Cosa que no me interesa.

—Terminarás haciéndolo, Violet, quieras o no.

—Creo que no. Dedicaré mi vida a asustar a tus hijos y a los hijos de mis otros primos, seré feliz así. —Sonrió imaginado aquello.

—No te creo, pero allá tú, iré a aprender más con mi tío.

—Ve. Te deseo que puedas hacerlo tan bien como mi padre.

—En eso estoy, tengo una prima que cuidar —dijo y salió de la salita dejando a su cotilla prima divertida y sonriendo.

—Tío... —lo interrumpió en su despacho.

—Ven aquí, Brian. Quiero saber qué tienes pensado hacer.

—¿Con respecto a qué? —consultó confundido.

—A tu profesión de médico, a la asignación que te corresponde y también a tus deberes con el condado.

—Va rápido, tío, calma... ¿A dónde quiere llegar realmente?

—Esposa, hijos, futuros herederos...

—Comprendo —respondió Brian mirándolo fijo.

—Tienes... ¿cuántos años? ¿33? —Pensó, por si se equivocaba.

—Sí —confirmó—. ¿Y cuál es el inconveniente?

—Que ya es tiempo de que hagas algo para tener una familia.

—Usted se casó hace 20 años, pasando los 40...

—Y no estoy orgulloso de eso. No pude darle un heredero al título de mi padre. Violet fue toda una bendición, pero Wendy tenía la salud muy frágil para darme más hijos y nos conformamos con Violet, ya sabiendo que el título no iría a parar a otras manos que no fueran las de un Lowel. Tú ya tenías más de 10 años, y era seguro que viviría muchos años más.

—Un pensamiento muy frío para con su sobrino, tío —dijo con una sonrisa.

—Cuando llegues a esa etapa lo sabrás. Ahora búscate una esposa también, pon el ejemplo a tu tan rebelde prima.

—Tío, aún no se ha muerto usted, no heredé nada y no sé si estoy listo para el matrimonio —confesó, inseguro de la responsabilidad de una familia en su hombro.

—Lo estarás. La indicada debe estar en algún salón de baile. En tres meses se inicia otra temporada más y será una oportunidad para ti, solo piénsalo.

—Lo pensaré, y también me llevaré a Violet para que juntos busquemos pareja.

Brent le sonrió a su sobrino. No había responsabilidad más pesada para un hombre que casar a una dama de la familia, y Brian debía encargarse de la descendiente Lowel más terca de todos los tiempos.

## Capítulo 13

Dylan llegó a Londres y fue sin dudar a la casa de Isabelle, luego de ahí pasaría por su casa para asearse y descansar, estaba terriblemente sucio y cansado.

—Buenas tardes, necesito hablar con *lady* Isabelle —pidió cansino.

—¿De parte de quién?

—El conde de Wessex Dylan Warren, ¿puede apresurarse, por favor?

—Pase, milord.

*Lady* Isabelle apareció corriendo. Estaba más al pendiente de la puerta que su propio mayordomo.

—¿Tiene alguna noticia de mi hija? —preguntó retorciéndose las manos.

—*Milady*, no traigo buenas noticias de Onella.

—¿Acaso le sucedió algo?

—Algo muy malo.

—¡Hable ya, entonces, no me tenga en estas! —ordenó nerviosa.

—La condesa vendió a Onella a unos hombres que trafican con mujeres para que sea amante de los nobles.

Isabelle sintió que su corazón dejó de latir, aquello no podía ser verdad.

—¡¿Qué?! —exclamó pálida y horrorizada—, mi niña no...

—Aún hay tiempo. Ella estaba herida.

—¿Cómo que herida, Dios mío, qué le estaban haciendo? —Se alteró completamente.

—*Lady* Carlotta la había torturado hasta dejarla inconsciente. Estaba con mucha fiebre, probablemente sus heridas se habrán infectado.

—¡Eso es demasiado, voy a matar a esa mujer! —masculló—, y usted sabe que soy capaz, no me temblará la mano para hacerlo. Si a mi hija le llega a suceder algo, no tendré piedad de nadie.

—Lo importante, *lady* Isabelle, es poder encontrarla, y no sé por dónde empezar.

—Yo tengo una idea. Estos hombres no son de mundo, así que deben estar en alguna taberna de mala muerte. —Reconoció ella misma después de haber contratado a los secuestradores del marqués de Huntly.

—Tiene razón. Esta noche comenzaré mi búsqueda de Onella.

—Yo lo acompañaré.

—No, Isabelle, usted es una dama, prometo que la encontraré.

—Por favor, déjeme ir con usted, es mi hija, se lo ruego.

—Es peligroso, guarde fuerzas para cuidarla.

—Moriré de la ansiedad por saber de ella.

—Me iré, necesito descansar y asearme un poco para empezar por la noche.

—Espere —pidió dejándolo solo un pequeño lapso de tiempo. Luego se acercó con una bolsa cargada de monedas.

—¿Y esto para qué?

—Por si necesita comprarla. —Se la entregó con lágrimas de impotencia y frustración.

Al salir de la residencia de Isabelle, fue a la nueva mansión de Londres, donde se habían mudado estando en el campo. Se sentía casi muerto por la falta de descanso, pero aún le dio fuerzas para escribir una esquila.

—Piers, que alguien lleve esta nota al conde de Duddley, necesito que venga esta noche junto a mí.

—Sí, milord. —Obedeció el hombre, llevando el recado hacia el área de servicio.

Dylan había subido a su habitación de la enorme residencia, era opulenta y hermosa, aunque no podía apreciar casi nada por el terrible cansancio. Días en un carruaje sin parada, era difícil ser conde. Hubiera preferido ser abogado por siempre y soñar con que algún día tendría a Lucy con él.

En esos días no se había podido dar el lujo de pensar en ella, su responsabilidad era encontrar a su pobre prima que estaba en desgracia.

Con esa nota que le había enviado a Duddley, esperaba que lo acompañara a buscar a Onella para rescatarla.

Procedió a acomodarse en su habitación para asearse y, luego de hacerlo, se colocó unas nuevas prendas y se entregó al sueño sin el menor esfuerzo.



—¿Dónde está Dylan? —cuestionó Clark a Piers.

—Aún está durmiendo, milord. Lo despertaré.

—No, mi querido Piers. Lo haré yo con mucho gusto, llegó el momento de saldar una deuda que tiene conmigo —dijo Clark con una sonrisa lobuna adornando su bello rostro.

Subió lentamente las escaleras y llegó hasta la habitación principal. Miró a su buen amigo con las peores intenciones.

—Así quería tenerte, mejor amigo. Aquí te cobro el dolor de cabeza y el pie torcido —mencionó como un niño a punto de hacer una maldad.

Clark agarró una almohada y con ella golpeó el estómago de su amigo una y otra vez, gritando:

—¡Despierta, despierta, despierta, no sea perezoso, milord! —reía enloquecido, mientras Dylan no comprendía lo que sucedía.

—¡Basta, Clark, basta! —exigió molesto y cansado.

—¡No sabes cuánto lo disfruté!

—Lo imagino —dijo tomándose el rostro—. Lo que se hace se paga, ¿no es así?

—Solo me cobré una deuda pendiente —se mofó, pillo—. Ahora dime para qué me mandaste llamar para esta hora.

—Vamos a buscar a mi prima. —Le arrojó una pistola que sacó de un cajón.

—¿Y el arma? ¿En qué lío se metió?

—Es por si acaso. Vayamos al carruaje y te contaré lo que sucedió.

—Tu prima debe ser toda una libertina, por eso debemos hacer esto —murmuró sin comprender el trasfondo de lo que ocurría.

—Cállate, no sabes nada, vámonos —ordenó saliendo de su habitación.

Bajaron las escaleras, para preparar la forma para salir.

—Piers, ¿y el carruaje?

—Ya está listo, milord.

—Bien, prepara la habitación que pertenecía a Onella.

—Sí, milord.

—Y otra cosa, que no tenga muchas cosas esparcidas con las que podría tropezarse.

—Así lo haremos...

Subieron al carruaje. Durante el camino, Dylan le contó toda la historia de su prima.

Miraban por la ventanilla del carruaje, para ver los lugares más bajos y asquerosos de Londres.

—Mira, aquí hay un lugar para averiguar. —Señaló Dylan cerca de unas coladeras.

—Está horrible —manifestó Clark.

—Son gente de las sombras, querido, y pensar que mi prima está por aquí —habló frustrado y preocupado por su situación.

Bajaron del carruaje y entraron al lugar, todos los hombres se dieron vuelta en dirección a ellos.

—¡Diablos! ¡Esto es asqueroso! —Clark se colocó un pañuelo sobre la boca y la nariz.

—Ten valor y aguanta. Solo preguntaremos y nos iremos.

—Oye, Leo, ¿cómo cuánto tiempo hace que no vienes por aquí? —consultó el cantinero limpiando su mesada.

—Mucho. —Se bebió el vaso de un trago—. Sírveme otro.

—¿Muchos viajes? —preguntó mientras recargaba el vaso.

—Estaba buscando nueva mercancía y la conseguí. Tengo una preciosidad, algo bastante exótico.

—¿Qué puede ser tan exótico?

—Una aristócrata joven, virgen, hermosa y ciega, el sueño de cualquier degenerado.

—Debió costarte algunas libras. ¿Cuándo la vendes?

—En un mes. más o menos. Quiero que corras la voz para aquellos que conozcan a los aristócratas que pagan bien.

—Por eso no te preocupes, mañana todo Londres lo sabrá. —Le sonrió el cantinero con dientes faltantes.

—Esa niña es prácticamente mi retiro del negocio, Ralph aún es joven, quizás siga en esto.

—Quién como ustedes para surtir de mujeres esta ciudad.

Dylan se acercó al cantinero alerta de que no lo atacaran aquellos hombres de los fondos de Londres.

—Disculpe, señor, ¿podría usted decirme si por aquí han pasado dos hombres, uno de nombre Ralph y el otro Leo?

—¿Para qué quiere saberlo? —respondió el cantinero mirando a Leo.

—Tengo entendido que venden todo tipo de mercancía y estamos interesados en una mercancía en particular.

—Soy Leo —dijo el hombre mayor sentado frente al cantinero de espalda a Dylan y a Clark.

—Señor, ¿podría concedernos unos minutos en privado? —consultó Dylan en tono calmado.

—Vayamos afuera —propuso el mercader.

Los tres hombres salieron y Leo los encaró, queriendo conocer sus intenciones.

—¿Qué mercancía en particular desean los señores?

—Lores —corrigió Clark levantando un dedo por la interrupción.

—Oh, claro, dispéñeme, milord.

—Queremos a la mujer que tienen —indicó Dylan directamente.

—¿Cuál mujer?

—La que está ciega —se impacientó.

—Ella aún no está a la venta —declaró el hombre que iba fumar tabaco.

—¡Dígame dónde está! —exigió más alterado.

—¿Por qué habría de decirle?

—Estoy perdiendo la paciencia, señor, dígame dónde está —exigió exasperado.

—¿Qué me dará a cambio si le digo? —preguntó Leo, queriendo negociar.

—Si me lo dice, evidentemente seguirá con vida. Es un aliciente, ¿no lo cree? —espetó sacando el arma.

—Milord, calme a su amigo. Si yo me muero jamás sabrá dónde está esa preciosidad.

—Dylan, cálmate. No estás sabiendo negociar —dijo Clark—, señor, díganos cuánto pagó por la muchacha.

—La muchacha es pura ganancia, la mujer me la dio gratis.

—¡Ni siquiera fue capaz de pedir dinero por ella! ¡Maldita sea esa mujer, la regaló! —gritó enfurecido Dylan.

—¿Cuánto piden por ella? —insinuó Clark.

—Aún no tiene un precio; claro, si vive valdrá mucho y si muere no es más que un gasto.

—¡Ahora sí que lo lleno de plomo! —dijo Dylan apuntando mejor al hombre.

—Dylan, baja el arma, negociemos —recomendó juicioso Clark—, queremos ver a la mujer para asegurarnos de que es a la que buscamos y luego pagaremos lo que pidan por ella.

—Usted sí que entiende de negocios, milord, síganme.

—Usted irá en nuestro carruaje —exigió Dylan.

—Es aquí cerca.

—Igual, suba. No confío en usted.

A dos cuadras de la taberna, estaba una casa que no tenía tan mal aspecto.

Leo les indicó que pasaran.

—¡Ralph! —llamó el hombre.

—¿Dime, quiénes son estos señores?

—Están interesados en la ciega.

—¿Tan rápido? Pero si ella no está en condiciones.

—Quiero verla ya. ¿Cómo está? —preguntó ansioso Dylan.

—Llevo horas intentando bajarle la fiebre. Está bastante mal, el doctor que la vio dijo que quizás viva —comentó Ralph.

El rostro de Dylan ya era de horror, su prima no podía morir, era su responsabilidad.

—No importa cómo esté, la llevaremos con nosotros si es a la que buscamos, claro —aseguró Clark hablándoles por Dylan que estaba sofocado por las pésimas noticias de la salud de su prima.

## Capítulo 14

—Vayamos a ver si es a la que buscan —concedió Leo.

Subieron a la segunda planta. Encontraron a una mujer acostada boca abajo, su espalda tenía muchas compresas y vendas, esos hombres la estaban cuidando. Aquella no se movía.

—Onella... —murmuró Dylan acercándose a verla, tomó su mano entre las suyas, su piel estaba ardiendo.

—Tiene una infección por las heridas —comentó Ralph—, la señora que nos la dio la había tirado en el bosque, quizás ahí fue donde se infectaron sus heridas.

—¡No, no lo haga...! —murmuraba Onella en medio de delirio—. ¡Padre, no me deje! —jadeaba—. ¡Su heredero me rechaza y me arrojó a la calle, padre, ayúdeme, lléveme con mi madre, por favor!

—Calma, Onella, yo no te rechazo, pequeña, no lo hago —murmuraba cerca de ella. Estaba seguro de que aquella joven rubia y rosada por la fiebre era su prima.

—Dylan, creo que debemos apresurarnos para llevarla junto a un médico.

Dylan se levantó de la cama, sacó la bolsa con las monedas y se las dio a los hombres.

—Espero sea suficiente, después de haberla tenido libre es una ganancia.

Uno de ellos tomó la bolsa, observó el contenido con una sonrisa.

—Es más de lo que habríamos podido soñar —agradeció.

—Ayúdame, Clark. Necesito llevármela ahora mismo. Con permiso, señores, aunque no debería hacerlo, les agradezco por haber salvado a mi prima. —Reverenció y tomó a su prima de los hombros.

Entre los dos subieron a Onella al carruaje hacia la mansión de Wessex, el hogar que le pertenecía a ella.

—Es hermosa —opinó Dylan, observando las delicadas facciones de su prima. Se veía dulce y delicada.

—Está muy roja, pero a simple vista denota gran belleza.

Dylan la abrazaba fuertemente, pues no podía bajarla en ningún lugar dentro del carruaje. Sus heridas podrían rozar con algo y eso la haría gritar de dolor.

Onella seguía inconsciente y delirante, respiraba con dificultad por la fiebre y el intenso dolor que no la dejaba despertar.

—Qué impotencia, Clark. No pudo haberle hecho esto a una inocente, ¿qué mal le hacía a esa mujer?

—No lo sabemos. Era un estorbo para ella, quizás por su ceguera —comentó razonando Clark.

—Jamás recibirá una ayuda mía. Solo puede tener lo que le dejaron, que, gracias a Dios, el anterior conde fue juicioso y le dejó poco. No vivirá demasiado con eso —comentó recordando las estipulaciones de la notificación que había recibido—. Si hubiera tenido bien a Onella, que tiene una alta renta vitalicia, se podría haber dado una vida de lujos como pocos podrían darse a costillas de su hijastra; solo debía cuidarla.

Llegaron a la mansión, Clark golpeó con una mano la puerta, con fuerza, y Piers abrió después de unos segundos.

—¡Milord! —Se sorprendió el hombre al ver a su patrón y al conde de Duddley cargando a la que presumiblemente era *lady* Onella.

—¿La habitación de Onella está lista? —indagó Dylan entrando para subir hacia las escaleras.

—Sí. ¿Es ella?

—Es Onella, mi prima. Envía a alguien por *lady* Isabelle, y a otro por un doctor para ella, un doctor respetable —pidió Dylan.

—¿El doctor Lowel, quizás?

—Quién sea, pero que sea profesional. —Subió las escaleras rápidamente hasta llegar al cuarto.

Clark corrió las sábanas y entre los dos la recostaron boca abajo en la preciosa cama.

—Ya estás en tu casa, nadie te podrá hacer daño. Cuidaré de ti —pronunció Dylan sacándole el cabello de la cara, acariciándola con cariño.

Onella había despertado en él tanto cariño con solo verla. Parecía tan frágil y delicada, no dejaría que la dañaran nunca más, le vería un buen

matrimonio, no la dejaría ir con cualquiera.

Media hora después, llegó *lady* Isabelle con una doncella. Estaba ansiosa por ver las condiciones en las que estaba su hija.

—¿Dónde está? —preguntó a Clark que estaba dormitando en el salón.

—Está arriba, *milady* —respondió Clark, somnoliento.

Eran más de las doce de la noche y Dylan no dejaba sola a su prima ni un minuto. Isabelle abrió la puerta y con lágrimas en los ojos reconoció a su hija.

—Onella, mi niña, ¿qué te hicieron? Juro que mataré a esa mujer aunque sea lo último que haga, no vivirá mucho tiempo después de lo que te hizo —lamentó viendo el estado en el que estaba Onella.

—Calma, *lady* Isabelle. Está con fiebre muy alta, he mandado llamar al doctor Lowel.

—¿Lowel has dicho? No, él no debe acercarse a ella.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? —consultó confundido.

—Onella se había enamorado de él, y ese hombre de la forma más vil casi se aprovechó de ella, estuvo a punto de desgraciarle la vida —contó llena de rabia.

—¿Pero dónde?

—En América. En Saint James, él era doctor y Onella fue a pasar una temporada con su tío, el director del instituto. El doctor Lowel no dejaba de intentar seducirla hasta que un día lo consiguió y la humilló terriblemente pensando que era una simple señorita, si se aprovechaba de ella no respondería; y si era una dama de la aristocracia, él no estaba listo para casarse. Onella se hacía llamar señorita Ella mientras estábamos en América y tampoco le dijo que era ciega —resumió besando la frente de su hija.

—Por lo que entiendo, mucho de lo que pasó fue culpa de ella.

—Así es, pero es tan inocente que aún no entiende cómo se mueve la sociedad.

—Pues ese hombre no volverá a acercarse a ella, pese a que se convertirá en mi cuñado.

—Entonces, lo mejor es que me la lleve a casa —decidió Isabelle ante el parentesco que Dylan tendría con los Lowel.

—No. Ella se queda bajo mi cuidado, es mi responsabilidad, soy su tutor.

—Y yo su madre. Ella no puede quedarse aquí, usted es un hombre soltero, ¿qué dirá la sociedad?

—Usted no tiene la mejor reputación para que las vean juntas. Está mejor

aquí, conmigo. Usted la visitará cuando desee.

Isabelle parecía pensar cuál de las opciones era menos mala para su hija.

—Tiene razón, pero la doncella que está conmigo no se mueve de aquí. Se encargará de ella y de sus necesidades.

—Por supuesto, no tengo inconvenientes para eso, es un hecho que la necesitará para atenderla.

—Milord —interrumpió un lacayo—. El doctor Lowel no está en Londres, traje al doctor Fuller.

—Es mejor así, tráelo aquí.

El doctor revisó a Onella y su pronóstico fue que mejoraría con el tiempo a base de muchos cuidados, medicamento y pomadas.

—¿Láudano?

—Para soportar el dolor, no se preocupen —recomendó el doctor guardando sus implementos en su maletín.

—Por supuesto... —comprendió Dylan mirando a su prima indefensa.

—Vendré a verla todos los días hasta que se recupere.

—Perfecto —dijo Isabelle—, lo acompaño...

—Hasta luego, milord... —se despidió de Dylan, que se quedó a cuidar de Onella.

\*\*\*

—¿Qué les parece si regresamos a Londres? —consultó Brent a su hija y a su sobrino.

—Oh, claro, padre, yo encantada. Quisiera ver al amor imposible de mi primo, mi querida Imogen.

—No es mi amor imposible. Nunca estuve enamorado de ella —aclaró Brian con seriedad.

—Pero quisiste sacársela a Bradley, solo que él es más insistente y te ganó la puja —se burló Violet mientras desayunaba.

—Di lo que quieras, Violet. Que yo sepa nunca me he enamorado aún.

—Quizás lo hiciste y no te acuerdas.

—Tal vez —quedó con el rostro pensativo.

—Te lo dije, si no fuera así no te quedarías tan absorto en tus pensamientos.

—Era muy hermosa, se llamaba Ella y era de aquí, de Hertfordshire —



contó sonriendo al recordar su estadía en Saint James.

—No conozco a ninguna *lady* con ese nombre —intentó su prima hacer memoria.

—Es porque era una señorita.

—No frecuento mucho esos círculos —recordó Violet volviendo a mirar su desayuno.

—Te haría bien un toque de humildad —recomendó su padre.

—Padre, soy altanera de nacimiento. No se me pasará así nada más —le llevó la contraria.

—Rezo por tener un yerno que te haga entrar en cintura, hija.

—Me parece que no ha estado rezando bien, quizás si se arrodilla y coloca maíz bajo sus rodillas, Dios escuche sus plegarias —indicó sonriente.

—¿Esto quieres cargar toda tu vida, Brian? —preguntó señalando a su hija.

—No, ya le advertí que se casará, ¡porque se casa!

—¿Por qué mejor no hablamos de cosas más agradables? Nuestro viaje a Londres, por ejemplo... —recomendó Brent.

—Qué agradable, horas en un carruaje con las posaderas adoloridas —dijo con humor Violet.

Brent solo podía sonreír y olvidarse por un minuto de la preocupación por su hija. Pese a que sabía que Brian jamás la dejaría desamparada, quería que estuviera felizmente casada como casi toda la familia, incluyéndolo a él, pese a ser viudo y extrañar terriblemente a Wendy.

## Capítulo 15

—El aire de Londres me sienta perfectamente, padre —decía Violet mientras observaba las calles londinenses.

—Estabas aburrida en Hertfordshire, disfrutas rechazando pretendientes —le recordó su padre.

—Tío, creo que hace más de un año que no recibe una propuesta, ya la conocen.

—¿Brian, por qué mejor no te vas a tu casa? Ya hemos llegado a la nuestra —lo expulsó Violet, molesta por su comentario.

—¿Me estás echando?

—No sería capaz de ese tipo de acto tan insolente y falto de educación.

—Está bien, me iré a casa. Lo tomaré como un derroche de educación preocupándote por mi cansancio.

—Por supuesto —ironizó Violet.

—No tienes remedio —le dijo Brian dándole un beso en la mejilla a Violet para despedirse.

\*\*\*

Pasaron dos días desde que rescataron a Onella y la fiebre había mermado, solo esperaban que despierte para ver cómo seguía.

—¿Ha despertado? —preguntó Dylan a la doncella Beatriz.

—Aún no, milord, pero creo que en cualquier momento lo hará.

Onella gimió intentando moverse e incorporar el torso para levantarse.

—*Lady* Onella, espere —habló Dylan, agarrando su mano.

Onella, asustada porque estuviera con un hombre diferente a los anteriores

que la habían llevado, pensó en las peores cosas.

—¿Quién es usted?! ¿Dónde estoy?! Le exijo que me deje ir —dijo con los ojos asustados.

—Soy su primo, Dylan Warren —se presentó mirando a sus preciosos ojos aguamarina.

—¿Suélteme, no me toque! Usted, que me rechazó por ser ciega, ¿qué está haciendo aquí? ¿Qué quiere de mi, burlarse o...?

—Prima, por favor ¿quién le dijo que yo la rechazaba? —consultó en tono cariñoso.

—*Lady Carlotta* me dijo que usted le envió una carta, donde decía que cuando usted llegará yo ya no debería estar ahí.

—¿Y usted le creyó? —Rio tiernamente al escuchar aquella barbaridad.

—En realidad, no. Después de lo que me hizo, no podría creer nada de lo que me dijo.

—Pues yo fui a Hertfordshire para buscarla a usted y traerla conmigo. Sabía de buena fuente que la mujer era una víbora y que no debía permanecer mucho tiempo usted con ella. Perdóneme por haber tardado tanto para buscarla.

—No se preocupe, primo. Le agradezco estar hoy con usted. ¿Cómo hizo para salvarme de esos hombres?

—El cochero me contó todo lo que sucedió y me puse a buscarla. Esos hombres la cuidaron, aunque tuve que pagar —relató sonriente.

—No tengo palabras para agradecerle —dijo intentando agarrar la mano de Dylan y apretársela, mientras con su otra mano le tocaba el rostro—. Es apuesto... —comentó al estudiar sus facciones.

Dylan sentía que el corazón le saldría del cuerpo. Solo podía ser contagiado por la sonrisa y dulzura de Onella. Sus gestos, su voz, sus manos, incluso sus ojos, que no podían ver, eran apacibles.

—No tiene que agradecer. Vivirá conmigo aquí en Londres.

—¿Londres, ha dicho? Tengo que buscar a mi madre.

—No se preocupe. *Lady Isabelle* volverá pronto, fue a su casa a cambiarse, lleva dos días cuidándola.

—¿Cuánto tiempo he estado mal, y de dónde conoce a mi madre?

—Una semana ha pasado, querida prima. Su madre fue quien me buscó para decirme que debía traerla a Londres junto a ella.

—¿Y por qué no estoy en su casa?

—Porque soy su tutor, prima. Es mi responsabilidad cuidarla, debo ser capaz de que sea feliz y buscarle un buen esposo.

—Querido primo, tiene la tarea más difícil del mundo —alegó sonriente—. Encontrarme un esposo será como buscar una aguja en un pajar.

—Tiene todo lo que se necesita para tener a un buen esposo, no tema que yo me encargaré. —Sonrió confiado en que haría el mejor trabajo con su hermosa prima.

Dylan estaba completamente atontado por Onella. Era un dechado de virtudes que no conocía la forma de hacer el mal, aunque no se tuviera fe por carecer de la vista.

—¡Mi niña! —exclamó Isabelle desde la puerta, al ver incorporada a su hija en la cama.

—¡Madre! ¡Dónde está! —extendió los brazos con ansiedad para tomar a su madre.

—Aquí estoy —dijo acariciando su rostro.

—Han pasado años.

—Estás más hermosa que nunca, Onella, te pareces a tu padre.

—Pobre padre, me ha dejado —lamentó recordando ese momento.

—Debía irse, no te sientas mal, tu primo Dylan te cuidará muy bien.

—Sí, madre. Es muy generoso conmigo, cree que soy su responsabilidad, pero solo lo seré si él lo quiere. He escuchado el caso de herederos que han expulsado a sus primas.

—No lo haría, prima —aseguró Dylan defendiéndose.

—No lo hará. Movié cielo y tierra para traerte con él, tiene mi bendición por siempre.

—Mis bellas damas, las dejaré a solas —mencionó Dylan, para que aquella reunión de madre e hija continuara sin su interrupción—, iré junto a mi querida señorita Lucy.

—Adiós, primo. Gracias por todo —lo despidió Onella.

Dylan no pudo resistirlo, fue y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias a usted por no dejarnos. Hasta luego —caminó raudamente saliendo de la habitación.

Onella no se lo esperaba, el beso la sobresalto para bien.

—Te has puesto colorada, Onella —indicó su madre.

—Es apuesto, ¿no es así? —indagó sonrojada.

—Bastante. Es muy alto de cabellos negros y ojos azules tan bonitos,

grandes y muy expresivos, es muy agraciado.

—¡Madre, me está escandalizando!

—Le brillan los ojos cuando te ve, querida —comentó Isabelle notando el cariño que Dylan sentía por Onella.

—Imaginaciones tuyas, madre. ¿No escuchó acaso que va junto a su querida señorita Lucy?

—Lo escuché, es la hermana del doctor Lowel.

El rostro de Onella se apesadumbró rápidamente. Sentía que ese hombre tenía veneno para ella.

—¿Podría no mencionarlo por favor, madre?

—¿Aún no lo has olvidado?

—Si no me lo recuerda, quizás lo olvide —murmuró con la sonrisa desaparecida de su rostro.

Dylan iba a su primera visita oficial a la casa de Lucy. No sabía por qué no estaba tan entusiasmado como se habría imaginado que estaría alguna vez.

La realidad era otra, deseaba estar cuidando de su dulce prima. Esos ojos tan hermosos lo estaban haciendo suspirar terriblemente, no dejaba de apreciar sus gestos, y la voz angelical que tenía.

Llegó a la mansión. Lo hicieron pasar hasta la sala, donde encontró al doctor Lowel.

—Doctor Lowel—hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo.

—Lord Wessex, bienvenido. Enseguida baja mi hermana.

—Gracias —respondió distante, recordando lo que aquel caballero le hizo a Onella.

—¿Pudo encontrar a su prima? —curioseó.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi prima Violet y yo estábamos cabalgando el día que se la llevaron, escuchamos sus gritos, pero cuando llegamos ahí, ya se la habían llevado. Encontramos su bastón, lo tengo aquí porque sabía que usted vendría a ver a Lucy en algún momento.

—Estoy agradecido, ella necesitará su bastón para cuando esté totalmente repuesta.

—Nos complacemos de que la haya encontrado.

—También me alegro de que esté conmigo, voy a cuidar de ella muy bien.

—Espero que eso no despierte los celos de Lucy, es muy posesiva —adujo a modo de comentario.

—No creo que lleguemos a eso.

—Milord, bienvenido —saludó Lucy, sonriendo—, espero que mi hermano no lo haya importunado.

—No se preocupe, Lucy, su hermano ha sido muy amable.

—Gracias, milord. Si necesita que atiendan a su prima solo avise, estoy a su disposición.

—Por el momento está bien. El doctor Fuller la atendió después de que la trajimos, mi lacayo lo buscó a usted, pero estaba fuera de la ciudad.

—Es una pena, la habría atendido si hubiera estado aquí.

—Ya te ibas, ¿no es así, Brian? —le sonrió Lucy con los dientes apretados.

—Por supuesto, con permiso —se despidió Brian.

—¿Le gustaría tomar un té conmigo, milord? —invitó Lucy llena de ilusión por su pretendiente.

—Estoy encantado con la idea.

—¿Lo quiere con galletas o con pequeñas masas?

—En su compañía cualquiera de ellas estaría bien.

Lucy era hermosa: ojos grises y cabello negro, alta y curvilínea, muy atractiva, el sueño de todo caballero. Dylan la había deseado desde que la vio por primera vez en la calle y luego en su debut, pero jamás se acercó por solo ser un abogado rico insertado entre los aristócratas gracias a su amigo de toda la vida, el conde de Duddley.

Actualmente, siendo aristócrata tenía lo que quería, a la mujer que quería, pero su prima había venido a trastornar sus planes perfectos.

—¿Milord, en qué piensa?

—En mi prima. Debe conocerla, señorita Lucy, estoy seguro de que le agradará. Hoy despertó después de varios días de inconsciencia.

—¿Su prima es muy agraciada? —preguntó con cierto recelo.

—Mucho, tengo que conseguirle un esposo pronto. Ya tiene 20 años —comentó sorbiendo el té.

—Pero es ciega, no creo que consiga a nadie que quiera casarse con ella.

—Existirá alguien, no voy a entregarla a ningún libertino ni tampoco a un quebrado.

—Pues esos serán los que se le van a acercar —comentó Lucy disfrazando sus venenosas palabras.

—Usted me ayudará a encontrarle candidatos decentes —pidió con una sonrisa.

—Estaré encantada —correspondió Lucy, pero pensando en deshacerse a corto plazo de la dichosa prima.

## Capítulo 16

El tiempo con Lucy había pasado, estaba ansioso por regresar a casa y conocer más de Onella, esa criatura tan bella y encantadora.

Probablemente no le sería difícil conseguir un esposo pese a su condición, aunque la idea del matrimonio lo estaba poniendo incómodo. Su prima era demasiado buena para cualquiera que pudiese acercársele; aun así la pobrecilla dijera que nadie se casaría con ella, él estaba seguro de que cuando la conocieran los caballeros, caerían rendidos a sus pies.

Al llegar a su casa, Dylan encontró a Isabelle sentada en su sala.

—¿Cómo está ella?

—Muy bien. Ahora se está tomando un descanso, hemos charlado bastante.

—Eso es muy bueno, ¿no necesita nada?

—Quizás más novelas que libros de leyes en su biblioteca, le encanta que le lean.

—Oh, qué tonto soy. Pediré una biblioteca completa solo para ella, ahora mismo me pongo a hacer eso.

—No se apesure. Estamos bien con estos libros por el momento, lo que quisiera pedirle es si pudiera conseguirle un violín.

—¿Ella lo ejecuta?

—Es una virtuosa, quisiera que la oyera, quedará encantado.

—Sí que tiene muchas sorpresas. —Sonrió y luego recordó que tenía el bastón en la mano—. Mire, *lady* Isabelle, es el bastón de Onella. Lo encontró el doctor Lowel en Hertfordshire.

—¿Sabe que ella está aquí?

—No, no sospecha que es mi prima.

—Pues debemos mantenerlo alejado de ella, no quiero que le haga más daño, Onella es muy perceptiva.



—No permitiré que se acerque para hacerle mal, si desea algo con Onella será para que se casen.

—Para él, Onella no es alguien digna de ser una condesa.

—Ella es digna de ser hasta una reina, me encargaré de ver esas cuestiones. Ahora, creo que no tiene ningún vestido.

—Es cierto, está solo con mis camisones. Voy a ir junto a la Señora Polett, le hará unos vestidos preciosos, como los que siempre debió llevar.

—Póngalos a mi cuenta...

—Pero si yo puedo pagarlos.

—No discutiré nuevamente, *lady* Isabelle. Todo lo que sea para mi prima, lo pago yo, es su dinero y el mío, podemos gastarlo como bien se nos venga en gana.

—Pues luego no se queje que su fortuna ha mermando, necesita un guardarropa completo.

—Le aseguro que eso no me quita el sueño, si me permite voy a buscar un violín antes de que ella despierte, quiero dárselo como una sorpresa.

—Se emocionará hasta las lágrimas, disfruta de las cosas más pequeñas.

Dylan salió nuevamente de la casa para buscar dos cosas especiales, el violín y unos aretes de diamante para su preciosa y sencilla prima. Él la llenaría de lujos y cosas hermosas, ya debía dejar de sufrir y vivir miserablemente como la tenía *lady* Carlotta.

Llegó a una tienda de artículos donde había instrumentos musicales y pidió el violín más bonito y trabajado. El que había escogido estaba tallado con figuras de hojas y enredaderas, era precioso, pagó lo que creyó un pequeño precio por una pieza tan hermosa.

Pasó, después de realizar su compra del violín, por una joyería.

—Buenas tardes, milord, ¿en qué puedo servirle? —interrogó el hombre del mostrador de la lujosa joyería.

—Quisiera ver sus aretes de diamante, por favor, todos los que tenga.

—Tenemos joyas sencillas para las esposas y extravagantes para las amantes...

Incómodo por aquel comentario, Dylan continuó mirando.

—Qué extraña forma de vender joyas. Quisiera ver todo, no importa que sean para esposas, amantes o vecinas.

—Por supuesto, milord. Aquí tiene todo lo que puede desear una dama a quien le encantan las buenas joyas.

—Excelente.

Miraba entre todas esas joyas ostentosas, casi ninguna se ajustaba a lo que Onella representaba, hasta que vio una que era sencillamente para ella: un colgante en forma de lágrima.

—Este. —Escogió señalado la joya.

—Muy buena elección, milord.

Después de desembolsar el dinero se dispuso a ir para sorprenderla. En su ida hacia su carruaje, entre el barullo de las calles, se cruzó con el padre de Lucy, a quien hizo una reverencia.

—Milord —saludó Dylan.

—¿Cómo está, milord? —preguntó al verlo salir de la joyería.

—Bien, he venido a comprar un pequeño obsequio.

—Es muy bueno.

—Envíele mis saludos a la señorita Lucy. Pronto iré a verla de vuelta.

—Lo estaremos esperando. —Se despidió Harold.

Onella despertó para la hora del té, su madre había acercado sillas y una mesita hasta su habitación.

—Madre, qué aroma tan delicioso. Llevaba tiempo sin degustar de una merienda en paz.

—He pedido el té para que lo bebamos en tu habitación, aún no puedes bajar, no tienes vestidos.

—Estoy mucho mejor, aunque recién hoy desperté. ¿No ha vuelto mi primo?

—Tu primo ha salido un rato, volverá pronto.

—¿No vamos a esperarlo para el té?

—Si lo esperamos el té se enfriará y también las galletas, aunque iré por más. Él es un hombre bastante grande, una bandeja lo dejaría hambriento.

—Vaya, madre —dijo Onella quedándose sola.

Quiso probar a servirse el té ella sola en su taza. Palpó toda la superficie de la bandeja donde se encontraba la tetera, y se sirvió sin inconvenientes.

Dylan la miraba desde la puerta, admirando su actitud y habilidad para hacer algo tan delicado mejor que otras damas que él haya visto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó rápidamente al escuchar un ruido.

—Soy yo, *lady* Onella.

—¡Primo, ha vuelto! —le dijo con una sonrisa que lo derritió.

—He ido a buscar unos regalos para usted. —Se acercó y se sentó a su lado.

—¿Regalos para mí? —indagó emocionada—. ¿Le sirvo té?

—Por favor... —Aceptó—. Tengo algo que le encantará.

Ella sirvió el té y se lo pasó. Su mano hizo contacto con la de su primo. Tenía las manos suaves y cálidas, le transmitieron cariño y seguridad, al igual que otras extrañas sensaciones.

Al sentir aquel roce, Dylan sonrió nervioso, aquel momento lo removió incomodo.

—Yo le traje esto —dijo pasándole un estuche grande.

Onella fue palpando la forma de aquel objeto hasta saber lo que era. Abrió sus ojos de par en par por la sorpresa.

—¡Un violín! —exclamó emocionada sonriendo de oreja a oreja.

—Espero que le guste, y que alguna vez me deleite con una pieza.

—Es maravilloso. —Abrió el estuche y acarició el instrumento—. ¡Por Dios, está tallado, hay hojas enredadas! No tengo palabras, querido primo...

—Dígame solo Dylan, espero también poder llamarla por su nombre. Para mí ha sido un placer regalarle esto.

—No sé qué decir...

—Solo dígame que lo disfrutará.

—Es lo que haré, Dylan —mencionó con el rostro iluminado por la felicidad.

—Ahora el otro regalo.

—¿Otro?

—Sí, otro, y este es para que lo luzcas —indicó Dylan arrodillándose frente a ella para colocarse a su altura.

—¿Qué es?

—¿Puedo mover tu cabello?

—Claro —dijo ella.

Dylan le apartó el cabello de la oreja y del cuello. Ella se arqueo para que quedara bien atrás su cabellera, dejando al descubierto su precioso cuello desnudo. A Dylan, aquella visual lo tentaba a besar aquel lugar, pero se contuvo y le colocó un arete.

—Es un arete —mencionó en tono suave al oído de Onella.

Ella se estremeció y cerró los ojos, se cambió de lado e hizo el mismo

proceso con la otra oreja.

—Es un arete de diamante —terminó diciendo esto y rozó el cuello de ella con sus dedos.

Onella no comprendía las sensaciones que le daban esos pequeños contactos de Dylan a su cuerpo, hizo latir frenéticamente su corazón y la llevó a cerrar los ojos. Quedó suspendida en el aire como si nada más existiera.

Isabelle miraba desde la puerta la escena, Dylan parecía un caballero entregando un presente a su amada. El joven definitivamente sería un buen partido para Onella y esperaba que Dylan se diera cuenta de eso.

—Tus aretes son hermosos, Onella —interrumpió su madre sacando de su ensueño a ambos.

—Dígame cómo son madre...

—Son en forma de lágrima, muy finos y valiosos.

—Yo nunca he tenido nada así —alegó acariciando sus aretes con lágrimas en los ojos.

—Onella, ¿no te han gustado? —inquirió Dylan al verla llorando.

—Me encantan —dijo entre sollozos y se abrazó a él—, son lo más bonito que me han dado jamás.

## Capítulo 17

—¿Sabes quién te envía sus saludos, querida Lucy? —Jugó su padre con las emociones de la curiosa joven.

—No, padre, ¿quién? —Intentó parecer calmada.

—Tu pretendiente, el conde de Wessex.

—Es tan agradable.

—Estaba en una joyería, querida, comprando un obsequio —contó su padre para observar la reacción de su amada hija.

El corazón de Lucy se aceleró, quizás el conde pronto le pediría matrimonio y ella, encantada, diría que sí.

—Quizás sea para ti —apoyó Brian—, es bastante caballero, muy educado.

—Espero que sea para mí, y no para otra —se colocó seria recordando a la dichosa prima.

—Ha estado detrás de ti por tres temporadas y te está cortejando, ¿para quién más sería el obsequio? —preguntó su hermano.

—Para su prima —expresó en un tono entre burlón y enojado.

—Oh sí, su prima —recordó Brian—. No seas celosa, su prima ha sufrido mucho.

—Sí, pero todo lo que él sabe decir es mi prima esto y aquello, hasta me sugirió conocerla, que la adoraría.

—Si te casas con él tendrás que soportarla.

—Le diré que la mande a una casa en el campo, lejos, porque será una solterona.

—Con esa malvada actitud no llegarás lejos con él, te lo advierto. Hizo todo lo que estuvo a su alcance para salvarla y que su futuro no estuviera completamente perdido —replicó molesto su hermano.

—No sé qué me sucede con ella, ni la conozco y siento que la odio.

—Son los celos, mi querida hermana. Estás celando a una pobre e inocente ciega, ¿qué mal puede hacerte?

—No quiero compartir la atención del conde con absolutamente nadie, y ella es un estorbo —alegó molesta.

—Tú no eres así, piensa bien, Lucy. Esa actitud no le gustará al hombre, mejor piensa en conocerla y esperemos que veas que no es ninguna amenaza para ti, está ciega y es indefensa, no te hagas de enemigos que no existen —recomendó.

—Lo pensaré —respondió caprichosa su consentida hermana.

Habían pasado días desde que Onella se repuso por completo. Ordenaron algunos vestidos para ella y ese día buscarían uno muy especial, porque la señorita Lucy iría a tomar el té.

—¿Madre, cree que le caeré bien a la señorita Lucy?

—Te adorará, querida, estoy segura —respondió Isabelle enternecida.

—¿Y si no es así?

—Te has ganado a todos los amigos de tu primo, incluso a Piers, que es bastante cascarrabias, y al conde de Duddley.

—Son personas amables.

—Piers no deja de consentirte y Clark te ha llenado de cosas y flores. —Sonrió su madre acariciando el brazo derecho de Onella.

—Es cierto, me quieren —dijo con una sonrisa—, nunca he estado rodeada de tanto cariño como el que me han brindado aquí. Antes solo tenía a mi padre, ahora te tengo a ti, madre, y a mi primo. Estoy muy contenta.

—No me hagas llorar, Onella, que ya vamos a bajar del carruaje y no quiero que la gente me vea débil.

—La quiero tanto, madre.

—Basta, que no soporto tus muestras de afecto —masculló con los labios temblándole por querer llorar.

Onella la abrazó y besó.

—Ahora bajemos que ya hemos llegado a la tienda.

En la casa de Dylan, Clark estaba sentado junto a su amigo en una partida de

ajedrez.

—Tu prima realmente me ha conquistado —aseguró sonriente Clark—, es preciosa, solo que ya estoy casado, de lo contrario la cortejaría.

—Nunca te hubiera dejado acercarte ni a medio metro de ella.

—Eres muy celoso, no creo que de esta forma le encuentres un esposo si censuras a cada uno de los pretendientes. En un mes, la temporada estará en su apogeo.

—Sí, ya me estoy preocupando.

Unos golpes a la puerta los interrumpió.

—Adelante, Piers...

—Disculpe, milord. Quería preguntarle por las masas para el acompañamiento del té.

—Que lo decida Onella —respondió.

—Ella no se encuentra. Ha salido con *lady* Isabelle a la modista. La cocinera ha preparado unas nuevas masas francesas que de seguro le agradarán a *milady*.

—Entre todos están malcriando a *lady* Onella —se burló Clark con una sonrisa.

—Igual que usted, milord. *Lady* Onella nos ha conquistado a todos.

—Es terrible admitirlo, pero tienes razón, Piers.

—Pongan entonces todo lo que le agrade a mi prima, seguro la señorita Lucy no se enojará. ¿Sabes a qué hora volverán Onella y *lady* Isabelle?

—Fueron a la modista, quizás tarden una vida ahí, milord.

—Correcto, entonces paciencia —musitó mirando la pieza a mover.

A Dylan le costaba tener paciencia. Onella era lo máspreciado que tenía. Los derechos del título podían irse al diablo, lo que más le encantaba eran las responsabilidades de ser el tutor de ella.

Después de que Piers se retiró, Clark esperaba que su amigo moviera la pieza, pero parecía perdido.

—Oye, Dylan, algo anda mal contigo.

—¿A qué te refieres? —indagó mirándolo desinteresado.

—Me parece que te has enamorado de tu prima —aseveró.

Abrió los ojos ante la afirmación de su amigo, no creía que aquello fuera posible, adoraba a la señorita Lucy.

—No, no es así —contradijo—, la adoro, sin duda me necesita.

—Eso no es cierto, su madre es rica y si quisieras desentenderte de ella, lo

harías. Ella no necesita tu dinero ni tampoco vivir aquí.

—Soy su tutor, debo velar por ella.

—Excusas. Antes hablabas maravillas de la señorita Lucy, ahora resulta que parece ser un costal en tu espalda.

Dylan se recostó en el asiento, llevando la cabeza por completo hacia atrás, no comprendía sus propios pensamientos y sentimientos.

—No sé qué me sucede. Adoro a Onella, es mi vida ahora, pero Lucy siempre ha sido mi sueño... ¿qué hago?

—Esperar, esperar que Onella no se case y quede sola, probablemente puedas tener a ambas, a Lucy de esposa y a Onella de amante —recomendó Clark sin mucho juicio de valor.

—¿Cómo dices eso? Jamás haría algo tan sucio, nunca más vuelvas a decir algo como eso, debo enfocarme en conseguir un esposo para ella, ese es mi deber como su tutor.

—Si quieres, te ayudaré a descartar caballeros, hay muchos que no merecen siquiera figurar entre los candidatos.

—Hazme ese favor.

\*\*\*

Incómoda e intentando entrar entre aquellas apretadas telas, se removía de un lado al otro.

—¿Madre, el vestido no es muy ajustado?

—Se amolda perfectamente a tu figura. Ahora debemos llegar rápido para prepararte para el té, debes dejar una buena impresión a la prometida de tu primo —mencionó Isabelle, recordándole a Onella cuál era su posición y la de la señorita Lucy.

—¿Su prometida? —preguntó desanimada.

—En realidad no lo es.

—Me contó que la conoce desde hace tiempo y que cuando se hizo conde comenzó a cortejarla.

—Seguro que no le hacía caso porque era solo un abogado con dinero. En la sociedad, querida niña, las mujeres son muy interesadas, buscan un título y una posición.

—¿Y dónde queda el amor?



—Onella, es un cuento para niños, muy pocos alcanzan la felicidad. —  
Sonrió triste—. Conozco solo dos ejemplos de matrimonios felices y por amor.

—¿Quiénes son?

—A quienes intenté destruir sin razón. Por mi culpa jamás llegaron a casarse, pero encontraron el amor separados.

—Madre, es el pasado, no se culpe —intentó consolar a Isabelle.

—Nunca me perdonaré todo lo que hice.

—Pues que no sea más de esa forma, yo estoy con usted para siempre, madre.

—Onella, eres más de lo que merezco. Pese a la actitud de tu padre, hizo un buen trabajo contigo.

—Creo que me consintió demasiado —bromeó mientras iban guardando las cosas para salir de la tienda y dirigirse al carruaje.

Ambas llegaron a la casa, y Beatriz le preparó un baño para poder ponerse el vestido nuevo.

—Beatriz, ¿y mi primo?

—Milord fue a buscar a la señorita Lucy.

—Entonces apuremos las cosas. Hazme algo bonito en el cabello.

—Tengo algo muy bonito pensado para usted.

—Tengo que dejar una buena impresión a mi futura prima.

Dylan llegó a la casa de Lucy después de varios días sin visitarla. Para el té, solo le envió una cariñosa nota diciéndole que se preparara para tomar el té con él y su prima, y la hora en que pasaría a buscarla.

—Señorita Lucy, está usted muy hermosa —halagó Dylan. Ella tenía un hermoso y favorecedor vestido celeste, con guantes blancos y listones del mismo color.

—Gracias, milord. ¿Puede ir mi prima *lady* Violet como ni carabina? —mostró con una elegante seña a Violet que se sonrojó avergonzada.

—Sea bienvenida, *milady* —se inclinó amistosamente.

—Gracias, milord.

Todos subieron al carruaje rumbo a la casa del conde. Lucy aún no había recibido el presente de la joyería, del que le había hablado su padre, y no pudo evitar indagar sobre el asunto.

—Recibí su saludo, milord —comentó en el carruaje, mientras Dylan miraba las calles.

—Me encontré a su padre al salir de la joyería.

—¿Qué ha comprado ahí? —curioseó sonriendo.

—Le compré unos pendientes a Onella, espero que se los muestre hoy. Antes de ir ahí, pasé por una tienda y le compré un violín, también espero que nos deleite con alguna pieza.

Violet quería evitar que el volcán Lucy estallara de los nervios, era una misión imposible, pues ya era tarde.

—Creo que su prima es bastante pedigüeña para ser una ciega —resaltó molesta e irónica.

## Capítulo 18

No podía evitar sentirse terriblemente ofendida, era prácticamente su prometida, y en lugar de hacerle regalos a ella se los hacía a su prima, que ni siquiera podía verlos.

—Ella no me pidió nada de eso —contestó ofuscado por el tono en que Lucy se había referido a Onella—, y le pido que no se refiera a ella de esa forma tan poco favorecedora sobre su condición. Mi prima no tiene la culpa de haber perdido la vista, yo le hablé maravillas de usted, y Onella está esperando esas maravillas que le había contado.

—Lo siento, milord, no era mi intención —dijo Lucy mordiéndose la lengua.

—Milord, sus tierras lindan con las nuestras en Hertfordshire, será un placer que cuando vayan allá pasen a visitarnos a mi padre y a mí —comentó Violet muy nerviosa por la estupidez de su prima.

—Estaremos complacidos de ir próximamente allí. Me ha encantado Hertfordshire, solo que no pude quedarme, me urgía volver para rescatar a Onella.

Al llegar a la mansión, entraron y ambas dejaron sus sombreros al hombre que los atendió.

—¿Y mi prima? —preguntó a Piers.

—Enseguida baja, milord.

Al terminar de decir aquello, ella bajó elegantemente ataviada con un vestido marfil, guantes de un tono más oscuro, su cabello tenía pequeñas horquillas de mariposas y tenía los aretes de diamantes. El recogido resaltaba la joya y dejaba ver su precioso y pálido cuello.

Dylan caminó a largas zancadas hacia la escalera para que no tropezara.

—Onella, estás preciosa. Ven, te ayudo. —La tomó de una mano y la

dirigió frente a las damas.

—Gracias, Dylan, ¿dónde está la señorita Lucy? Quiero conocerla.

Lucy y Violet estaban mirando a la belleza que bajó los escalones de la mano del conde, y entendían por qué su primo Dylan estaba tan al pendiente de ella, parecía una paloma dulce y frágil. Su voz suave y sin malicia hacía a Lucy sentirse culpable de su comportamiento.

—La señorita Lucy ha venido con *lady* Violet, hija del conde de Derby.

—Señorita Lucy —pronunció Onella extendiendo las manos—, acérquese por favor.

Lucy caminó y ella tomó sus manos.

—Es un placer conocerla, *lady* Onella —habló Lucy.

—El placer es mío. Mi primo me ha hablado de usted, y hasta ya creo que la conozco, ¿puedo tocarla para saber cómo es?

—Si... —respondió recelosa.

Onella le acariciaba suavemente el rostro con las manos, y voltea hacia donde estaba su primo.

—¡Es hermosa, Dylan! Tal como la describiste. Tenía una imagen mental, pero supera con creces mi imaginación.

—Gracias, *lady* Onella. Yo en cambio no me llegaba a imaginar lo bella que era, su primo se quedó bastante corto. Veo que tiene unos hermosos pendientes.

—Me los regaló él, jamás había tenido nada como esto, siempre me emociono al recordarlo. Fue muy amable en dárme los —comentó y luego recordó a la otra visita que estaba callada—. ¡Oh, *lady* Violet! Disculpe mi mala educación, ¿dónde está?

—Estoy aquí, *lady* Onella. —Se acercó.

—Usted era mi vecina. Me emociona tenerla en casa, hábleme de sus tierras en Hertfordshire. Cuando era niña me encantaba ir al arroyo, después de que perdí la vista jamás me volvieron a dejar ir.

—No se preocupe, *lady* Onella, cuando vayan a Hertfordshire yo misma la llevaré al arroyo.

—Cuanta amabilidad, *lady* Violet. Dylan, ¿podrías hacer pasar a las damas al salón del té? Yo iré por mi violín.

—¿No quieres que yo vaya por él?

—No. Creo que puedo hacerlo. Lo acreditan los moretones en las rodillas, y también en mis deditos del pie. —Sonrió chasqueándose de su propio dolor.

—Ve entonces si te hace sentir mejor.

—Me hace sentir independiente. Gracias.

Lucy y Violet observaban fijamente el cariño que ambos se tenían, Dylan la miró hasta desaparecer en el pasillo.

—Pasemos a la salita.

Los tres se sentaron, el mayordomo les acercó los dulces y el té.

—¿Dónde está *lady* Onella? —consultó preocupado.

—Fue a buscar su violín, ¿puedes ir a ver que no se haya hecho daño? —pidió Dylan.

—No se preocupe. Beatriz la sigue como una sombra, *lady* Isabelle se lo ordenó.

—Entonces está bien.

Después de algunos minutos, Onella entró a la salita.

—Disculpen la tardanza, por favor. Creo que cambiaron algunas cosas del lugar incluyendo mi violín. Le he puesto esencia de rosas para encontrarlo en esos casos —se disculpó sonriente.

—*Lady* Onella, ¿qué hace usted para pasar el día? —averiguó Lucy, ser ciega parecía ser muy aburrido.

—Mi madre viene a leerme, todos los días, toco el violín, también me paso estudiando cada rincón de la casa. Hace 10 años que estuve aquí por última vez. He tropezado y caído tantas veces que ya casi no recuerdo, pese a los esfuerzos de mi primo no han podido dejarnos sin muebles —aludió agradable.

—Debo mantener despejado tu camino, no quiero que te pase nada al recorrer por aquí.

—Ustedes me sobreprotegen y me consienten demasiado, estoy sintiendo el aroma de galletas y bollos franceses que me encantan. Es una obra de la cocinera, supongo.

—Y de Piers —completó cariñoso Dylan.

—¿*Lady* Onella, por qué no vive con su madre? —cuestionó Lucy extrañada por esa información de que tenía madre y no vivía con ella.

—Señorita Lucy, mi primo está obsesionado con que él es mi responsable.

—Soy tu tutor, no está en discusión, Onella.

—El conde me ha pedido que lo ayude a buscarle pretendientes. En un mes se inicia la temporada y estaré ansiosa de ayudarlos a encontrar esposo.

Violet miraba a Lucy censurándola antes que dijera otra estupidez más.

—Le estoy profundamente agradecida por sus buenas intenciones, solo que son para una causa perdida, se lo he dicho tantas veces a Dylan, hasta el cansancio; mejor dicho, ya no discuto con él, lo dejo hacer y perder el tiempo.

—Pero si es usted esplendorosa, *lady* Onella, conseguirá algo pronto — alabó Lucy viendo en ella una gran amenaza para su compromiso con el conde.

—No dudo que consigan a alguien, pero a alguien decente, lo dudo.

—¿Onella, podrías mostrar un poco de tu talento? —pidió Dylan para no seguir entrando en aquel fangoso terreno de su futuro matrimonio.

—Sí, me encantaría, ansío alguna vez tocar en una velada musical.

—Puede hacer un dueto con nuestra prima Imogen, ella toca el piano maravillosamente —mencionó agradable Violet.

—Sería fantástico, *lady* Violet, ¿dónde deje mi violín? —preguntó intentando recordar dónde lo había dejado.

—Está en la mesita de tu izquierda, Onella —la ayudó Dylan.

—¡Oh, claro! —dijo levantándose emocionada aunque muy bruscamente.

Dylan tiró todo a su alrededor para agarrarla antes que se cayera al piso. Onella sintió las manos de su primo sosteniéndola de su cintura. Él la observaba con el corazón y la respiración acelerada, hasta que recordó que no estaban solos.

—Onella, ten más cuidado, puedes caerte y romperte algo —reprochó bruscamente mirando a las visitas e incorporando a su prima.

—Yo... lo siento, Dylan —se disculpó con los ojos llorosos—, es que soy tan torpe.

—No, no, no, cariño, no quise decirte algo así —se disculpó rápidamente a verla casi llorando—, deléitanos con algo, por favor.

—Está bien —contestó más calmada.

Onella comenzó con una suave y encantadora melodía. Él y las invitadas disfrutaban de su talento y encanto. Al terminar los tres la aplaudieron.

—Gracias —correspondió a los aplausos.

—Lo hace muy bien—congratuló Lucy.

—Divinamente —culminó Violet.

Después de aquel momento de deleite, tomaron el té entre risas, anécdotas y comentarios de cada quien.

Las damas se despedían de una sonriente Onella, que las había tratado con

excelencia y agrado.

Dylan iba a disponerse a llevarlas hasta la residencia de Lucy, pero Violet tenía otros planes.

—Milord, no es necesario que usted nos acompañe, ¿puede prestarnos su carruaje?

—Sin inconvenientes, *lady* Violet.

—Iremos a lo de nuestra prima Imogen. Tío Harold lo sabe, no se preocupe, usted no tendrá problemas.

Lucy la miraba con el rostro mudo, no sabía qué estaba tramando su disparatada prima.

El conde y Lucy se despidieron educadamente, mientras él besaba sus manos.

—Hasta pronto, señorita Lucy.

—Hasta pronto, milord —replicó ella.

—Adiós, milord, ha sido una tarde extraordinaria —se despidió Violet sentada en el carruaje esperando que Lucy entrara y pudieran partir.

Estaban solas en el carruaje rumbo a casa de Imogen.

—¿Por qué vamos a casa de Imogen, Violet?

—Quería estar a solas contigo, ¿qué te pareció la prima?

—Demasiado hermosa, y dulce como la maldita miel...

—Bien, no sé si te interesa mi opinión. Sabes que será muy cruda.

—Por más que me dolerá escucharte, muchas veces tienes razón, dilo.

—Pues me parece que debes desaparecer de la vida del conde de Wessex, está completamente idiotizado por su prima, la adora y tú solo estorbas. Te aseguro que ningún candidato será capaz de cubrir las expectativas del conde para su prima.

—Eres cruel —espetó Lucy con el rostro desilusionado.

—Es la realidad. Te lo digo antes de que te la restriegue en la cara.

—Pero ¿y ella, lo quiere?

—También adora a su primo, es su héroe y no le es indiferente en sus sentimientos.

—No me digas eso... —rogó con tristeza.

—Bueno, quizás si le presentamos a tu hermano, tengas una posibilidad de que el conde se quede contigo.

—No condenaré a mi hermano a estar con una ciega solo por mi egoísmo.

—Ya veo que no eres egoísta, solo preséntasela a él, y luego que decida. Es

inocente, se enamorará de él probablemente, es una jugada para sacarla de tu camino.



## Capítulo 19

—Violet, no me parece que él esté listo.

—Yo tampoco estoy lista y todos me presionan. ¿Qué ejemplo es ese?

—¿Qué sucede si se enamorara y la futura condesa de Derby fuera ciega? Mira, Violet, con tu intento podrías librarme de la condena de tenerla todo el tiempo en mi vida, pero si mi hermano llegara a enamorarse de ella tendríamos un problema, pero para ti.

—Yo no tengo problemas, es adorable, sería alguien perfecto para charlar. De hecho estoy deseando que mi querido Brian la conozca y caiga muerto porque estoy prácticamente segura de que ella puede engatusarlo como no tienes idea.

—No puedo mentir, es encantadora, y si no me dieran celos, quizás la querría.

—Bajemos a saludar —ordenó después de que el carruaje paró frente a la residencia de los duques de Malborough, despidieron al cochero e ingresaron a la estancia.

—¡Qué placer verlos a todos, queridos primos! —sonrió cínica Violet al verlos.

—Oh, por favor, Violet. Sí que debe ser un placer para ti como lo es para nosotros —alegó Brandon.

—Eres una aberración, Brandon, pero ¡mira qué bonito está Bruce! Definitivamente se parece mucho a Emma —tentó a su primo.

—Gracias, querida, ¿de dónde vienen? —cuestionó Emma con su hijo en brazos.

—De la casa del pretendiente de Lucy. Fuimos a tomar el té.

—El conde de Wessex, ese sinvergüenza —escupió Brandon lleno de rabia.

—Cariño, cálmate —pidió Emma al verlo alterarse.

—No quiero que te involucres con él, Lucy, ¿comprendes? —expuso mirando fijamente a su prima menor.

—Ya es tarde para eso —respondió Brian bajando las escaleras.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Violet.

—También es mi familia, ¿o no? Imogen tiene mucho dolor de espalda, le di algunos medicamentos y también otras prohibiciones como tocar el piano, o mejor dicho, dar clases privadas a pequeñas niñas consentidas.

—Bradley ya debe estar respirando, ¿no es así? —preguntó Lucy.

—Pues sí. Los celos lo estaban sofocando.

—Primo querido, o sea, preferido, Lucy quiere presentarte a la prima de su querido conde —aludió Violet con gracia.

—¿Qué interés tengo yo de conocer a una ciega?

—Es hermosa, talentosa inteligente y muy fina.

—¿Y es ciega, no es verdad? —ridiculizó Brandon.

—Brandon, ¿cuál es el problema de que sea ciega? ¡Yo era gorda y fea! —lo reprendió Emma. No toleraba a la gente prejuiciosa.

—Amada mía, lo tuyo se solucionaba comiendo menos y arreglándote más, lo de esa jovencita no tiene solución.

—Es cierto, pero es excelente conversadora, hermano, debes conocerla —sugirió Lucy.

—Los celos, Lucy, ¿qué te he dicho de ellos? ¿Quieres alejar a la prima de él?

—¡Sí! —dijo gritando— ¡No la tolero!

—¡Mala señal! —masculló Violet—. ¿Qué te costaba callarte un minuto, Lucy? ¡Has echado a perder el plan!

—Te ayudaré, Lucy, puedo hablar con ella y sacarle tiempo con tu querido Dylan Warren —aceptó su hermano consintiéndola.

—¡Gracias, Brian! —lo abrazó contenta.

Las semanas siguientes, Onella estaba al pendiente de todo. Su madre le había dicho que debutaría en pocos días, y todo en la casa se trataba sobre eso.

—Onella, ¿puedo pasar? —pidió su primo viéndola sentada en su habitación.

—Por supuesto, Dylan.

—Quería hablarte sobre tu debut.

—Dime...

—Tu vestido está listo. Lo que falta es que te cuente qué sucede en un debut.

—Mi madre me dijo que tenía que bailar, y yo no sé bailar...

—Yo te enseñaré.

—Es que...

—¿Acaso no confías en mi?

—No es eso, no quiero pisar a nadie.

—Vamos al salón de música, Isabelle nos está esperando ahí.

Bajaron al salón, e Isabelle estaba sentada en el piano esperando tocar las canciones para que practicasen.

—Sujétela, milord —ordenó Isabelle y comenzó a tocar un vals.

—¿Me concedería el honor, *lady* Onella? —invitó a su prima.

—Sí, milord...

Dylan la tomó de la cintura, colocó la mano de ella en su hombro y unieron sus manos para comenzar.

—¿Lista?

—Eso creo.

—Tú solo sígueme —mandó Dylan.

Onella se dejó llevar por Dylan que era un excelente bailarín, fue bastante fácil seguirle el paso. El baile lo hacían completamente pegados, ambos sonreían y charlaban, él le susurraba cosas al oído y ella reía a carcajadas bajas.

—Es encantadora tu sonrisa, mi bella Onella —pronunció con una extraña picardía en su voz.

Estremeciéndose ante tales palabras, ella se recostó entre su cuello.

Isabelle los miraba y deseaba que fueran el uno para el otro, y que Onella olvidara definitivamente al doctor Lowel.

El momento era eterno para Onella, se sentía segura y feliz en brazos de Dylan, jamás quisiera tener que salir de ahí, pero debía recordar que Lucy sería la esposa de él

—No le caigo bien a la señorita Lucy —confesó Onella sin rodeos.

—¿Por qué dices eso?

—No creo que le guste que te encargues de mí...

—Pues si en un futuro cercano quiere que le proponga matrimonio, tendrá que aceptarte a ti, vengo con este paquete, Onella.

—No quiero ser una molestia ni un problema en tu vida, yo creo que es mejor...

—No lo menciones, jamás, ¿escuchas?

—¿Qué sucede? —indagó Isabelle parando la música al ver que discutían.

—Madre... solo que...

—No, Onella, no me gusta que pienses que eres una carga para mí y si la señorita Lucy no te acepta, lo siento mucho, pero jamás se convertirá en mi esposa.

—Creo que estoy cansada, regresaré a mi habitación. —Se alejó de Dylan, intentando orientarse hacia donde estaba su bastón.

Onella salió rápidamente del salón de música después de tomar su bastón. Se sentía afligida por sus sentimientos hacia su primo, estaba terriblemente confundida, no debía enamorarse de él, ¡eran familia! Aunque ni tanta, pero igual lo eran, quería desaparecer y no ser una carga.

—Onella, espera...

—Déjela, milord, necesita tiempo para pensar.

—¿Pensar en qué?

—En usted. Ella está luchando por no cometer el error de enamorarse de su tutor.

—Ella no... —habló sorprendido al escuchar esa confesión de Isabelle.

—Si no quiere que ella se enamore de usted, no la adore, ni le diga cosas como las que le dice, por supuesto, si quiere que lo suyo con la señorita Lucy funcione. Onella presintió que no la quiere porque se dedica demasiado a ella, recuérdelo, si ama a la señorita Lucy trate a Onella como su prima y no como a su amada —aconsejó Isabelle dejándolo solo y subió por las escaleras hasta la habitación de Onella.

—¡Madre! —dijo entre lágrimas.

—¿Qué sucede?

—No quiero ser un estorbo para él, lo quiero tanto. Deseo que sea feliz con la señorita Lucy, necesito encontrar un esposo e irme de aquí, dejarlo tranquilo, madre.

—Ten paciencia, para eso te estamos preparando, él también te busca un esposo porque también quiere que seas feliz con alguien que te quiera, no dejará que vayas con cualquiera.

—No puedo evitar desanimarme con la idea de que jamás podré casarme y tener familia, no tengo un futuro con eso. ¡Dios, para qué hacerme falsas ilusiones!

—Onella, ya no pienses en eso, verás que encontrarás una solución a todo esto. —Intentaba consolarla su madre acariciando la espalda de su hija.

Desde ese día, Dylan y Onella no hacían más que tratarse lo menos posible y de manera cordial. Ambos debían recordar cuáles eran sus objetivos; aunque dolía el distanciamiento, para ellos era lo mejor.

Onella se presentaría en la mansión de los vizcondes de Middlethope, ya estaba todo listo, entraría del brazo de su querido primo, prácticamente era la presentación de los dos.

—Onella, te ves hermosa de rosa, eres la flor más hermosa de la primavera —halagó su madre.

—Madre, usted me halaga demasiado, no debería hacerlo.

—Es que usted es demasiado bella —también la aduló su doncella.

—Nunca lo sabré, Beatriz. Debo confiar en lo que me dicen y no pensar que lo hacen por ser unas simples lisonjeras.

—Veremos qué dice el conde.

—¿Puedes contarme cuando lo veamos cómo va vestido?

—Claro, mi niña. Te lo contaré todo, no me despegaré de ti en el baile.

—Se lo agradecería, madre, ¿usted cree que debo llevar mi bastón?

—Lo necesitarás, si hace falta para caminar y para golpear a las mujeres que hablarán mal de ti.

—¿Por qué habrían de hablar mal de mí, madre? Ni siquiera me conocen.

—La sociedad te juzgará sin conocerte, querida. La aristocracia es muy cruel cuando lo desea.

—Está bien, trataré de prestar atención a esos chismes.

Dylan ya estaba esperando ansioso a las damas, deseaba ver a Onella.

—¡Vamos a llegar tarde! —voceó desde el recibidor, cuando escuchó la respuesta que esperaba.

—Eres muy impaciente, primo —dijo Onella sonriente. Se veía hermosa con su vestido rosa pastel.

—Onella... estás deslumbrante —habló sinceramente, viendo lo hermosa que era y también lo inalcanzable que resultaba—. Sin duda, conseguirás pretendientes esta noche...

—Eso espero —dijo apenas sonriendo.

## Capítulo 20

El traqueteo del carruaje la ponía nerviosa, se sentía insegura, incapaz de mantener la calma.

—Onella, no tengas miedo, yo estaré contigo —dijo Dylan en tono dulce y conciliatorio, viéndola estrujar poderosamente su bastón.

—No lo creo. La señorita Lucy te querrá todo el tiempo para ella, mi madre se quedará a mi lado...

La respuesta áspera lo puso de mal humor.

—Como lo desees, Onella. Si necesitas algo solo háblame, no lo dudes.

—Está bien, gracias —dijo más amable, aunque la tensión era palpable dentro del carruaje, todos querían salir de dentro y calmarse.

Llegaron a la mansión Middlethope y los tres bajaron, Onella no quería admitirlo, pero adoraba estar del brazo con su primo, la hacía sentir segura como lo había hecho su padre; sin él se sentía nerviosa y vacía.

Los tres fueron anunciados conjuntamente en la entrada. Todos los ojos se giraron al verlos. Tenían tres espectáculos, un nuevo conde, una noble criminal y una debutante con un bastón.

Los murmullos se hicieron mayores a medida que iban al centro del salón.

—Oh, mírenla, la pobre está ciega, será una solterona de por vida.

—Quizás algún hombre quebrado se la lleve como esposa.

—Yo creo que será el fracaso más rotundo de toda la temporada, nadie se acercara a ella con esa asesina cerca.

—Pero el nuevo conde es apuesto, ¿no creen? Es un buen partido...

Onella escuchaba todas las opiniones y sabía que ese no era su lugar, había demasiada gente y tenía miedo. No quería tener que quedarse sola sin Dylan y sin su madre.

—Buenas noches, milord...

La voz de la señorita Lucy se le hizo familiar.

—Buenas noches, señorita Lucy.

—Onella querida, estás preciosa. Has venido preparada —alegó Lucy felicitándola por verse maravillosa.

—Por supuesto —respondió más distante y con el rostro cansado.

—¿Estás bien, Onella? —preguntó Dylan.

—Estoy bien, vayan a bailar ustedes mientras yo me acostumbro al lugar.

—Pero, Onella...

—Vamos, milord, Onella está bien, no nos necesita —mencionó Lucy tomándolo de un brazo.

—Exacto, no los necesito —aceptó bajando la cabeza.

—Onella, ven aquí, vamos a sentarnos. —La tomó Isabelle.

—Vamos, madre...

Ambas llegaron hasta una esquina y se sentaron en los sillones colocados en aquel sitio, destinados al descanso.

—¿Quieres algo de beber, querida?

—Una limonada estaría bien, madre.

—Te la traeré, espérame aquí...

Isabelle se perdió entre la multitud, iba directo a la mesa de bebidas cuando la detienen.

—No eres bienvenida aquí —acusó *lady* Mariane.

—*Lady* Mariane, disculpe, pero vine a acompañar a mi hija.

—No quiero que incomode a los invitados de mis tíos, ¿escuchó?

—No lo haré, no me acercaré a nadie, solo quiero que mi hija esté bien...

—¿Dónde está su hija?

—La dejé sentada, es ciega. Debo ir pronto junto a ella si me lo permite.

—Tú no vas a ningún lugar —la enfrentó Alfred Bellamy.

—Señoría, por favor. Necesito volver con mi hija —comenzó a desesperarse, todo su pasado se le estaba yendo encima en una sola noche.

Su madre tardaba demasiado en volver, se sentía sofocada en ese ambiente, iría a buscarla y saldrían al jardín.

Al comenzar a caminar, sintió que estaba desorientada, no sabía hacia dónde ir, tropezaba y tropezaba con la gente.

—¡Disculpe, disculpe, perdón, lo siento! —se disculpaba pasando entre la gente que era golpeada por su bastón.

No sabía dónde estaba. El pánico se apoderó de su tranquilo rostro haciendo

que lágrimas quisieran escapar de sus ojos.

—¿Se encuentra pérdida, *milady*? —le preguntó una voz extraña.

—Sí, estoy perdida. Soy ciega y no sé dónde está mi madre.

—¿Quién es su madre?

—*Lady Isabelle*, ¿podría decirme dónde se encuentra?

—Creo que está saliendo por el balcón hacia el jardín...

—¿Podría ser tan amable de llevarme hasta ahí?

—Será un verdadero placer, *milady* —pronunció amable la voz que la guiaba del brazo.

El hombre la guió hacia una zona más fresca, donde se soltó de su brazo.

—¡Madre! —llamó Onella, pero nadie contestó.

—Creo que su madre se fue nuevamente, *milady*...

—Entonces por favor, lléveme junto a ella.

—¿No cree que sería mejor que pasemos el tiempo juntos?

—¡¿Qué dice?! —se exaltó Onella.

—Me agradan los juegos, y que usted sea ciega es uno de ellos, ¿no es así?

—No. Sí soy ciega, dígame cómo salir de aquí...

—No, querida mía, usted se queda aquí conmigo —dijo el hombre acercándola a su cuerpo, pegándola por completo.

—¡Suélteme, por favor! ¡Lléveme con mi primo!

—¿Quién es su primo? ¿El rey? —se burlaba el hombre a carcajadas.

—No, el conde de Wessex, ¡por favor, le pido que me lleve con él!

—Tienes buenas historias, querida, debes ser toda una actriz...

—¡Por favor, milord! —continuaba rogando, pese a que se había dado cuenta de que el hombre no pensaba devolverla dentro del salón.

—Te daré lo que quieras —dijo acariciándole los senos, a lo que ella se resistió y forcejeó.

—¡Le exijo que me suelte, milord!

—¡Ni pensarlo, belleza!

El hombre la estrujó contra la pared, comenzando a acariciar sus piernas por debajo de la falda, sin importarles los aullidos de la joven.

—¿Dónde está Onella? —preguntó Dylan al no verla en el salón.

—La dejó con *lady Isabelle* —murmuró Lucy volteando los ojos.

—Debería estar bailando y no la veo. —Comenzó a ponerse muy nervioso.

—Milord, cálmese —pidió su pareja.

Dylan miró alrededor y vio a *lady Isabelle* hablando con el Marqués de



Huntly.

—Isabelle está allá y Onella no está con ella —dijo asustado Dylan.

—Quizás esté sentada en algún rincón.

Recorrió todo el salón con la mirada, y ella no estaba. El miedo de que le hubiera sucedido algo se apoderó de él.

—¡No está, maldita sea! —gruñó dejando a Lucy en pleno baile.

Dylan recorrió cada rincón del salón, hasta salir a los balcones, donde escuchó los gritos de auxilio de Onella.

—¡Onella! —Se aventuró hacia el lugar de donde venía su llamado. Fue hacia allí y lo que vio lo dejó helado. Un hombre levantándole la falda a Onella, a su Onella.

—¡Suéltela! —ordenó empujándolo con rabia.

—¡Milord, está putita afirma ser su prima y ciega!

—¡Dylan! —gritó llorosa Onella.

—Es mi prima ciega, desgraciado degenerado. —Lo golpeó salvajemente —.Usted no saldrá vivo de aquí —terminó diciendo.

—¿Dylan, dónde estás? —lo llamó llorando asustada.

Dylan dejó inconsciente al hombre y abrazó a Onella, dándole besos en la cabeza.

—Ya estoy aquí, nadie puede hacerte mal, ¿no te hizo nada?

—Ese hombre asqueroso me tocó —contó entre sollozos.

—Ya... calma, estoy contigo. Este hombre jamás volverá a molestarte.

—Ya estamos aquí —indicó Brian mirando a su prima Violet.

—¿Quién te dijo que me trajeras aquí, Brian? Espera, déjame adivinar, mi delirante padre con la intención de que me case.

—Sí, también él quiere que te cases.

—¿Casarme yo? ¿Con uno de estos innombrables? —cuestionó señalando circularmente todo el salón de los vizcondes de Middlethope.

—No seas así, Violet. Mira, Lucy ya está entre la gente bailando, anda, ve tu también.

—Vete al infierno, Brian, ya casi son cuatro temporadas que me conozco a todos esos ineptos, todos y cada uno de ellos saben pisar de maravilla antes que bailar.

—Entonces, busca llamar la atención de alguien nuevo, por ningún motivo quiero encontrarte escondida en el jardín, ¿comprendes? —advirtió Brian en un tono severo—. Y otra cosa, cuidado con esa linda boca, Violet, no quiero que estén diciendo que profieres insultos a la buena sociedad.

—Ahora decir la verdad es un insulto —pronunció soberbia.

—No, Violet, pero debes tener tacto.

—¿Y si no quiero?

—No nos obligues, Violet.

—No me das miedo, primo, ¿casarme a la fuerza? Háganlo y saldré huyendo —masculló y se perdió entre la multitud.

Era tan difícil encontrarle un pretendiente a Violet. Su carácter duro e insensible la hacía despreciable para cualquier caballero en su sano juicio.

Brian también debía buscar esposa, solo que no sabía por dónde empezar, aunque ya sabía lo que no quería, algo así como su prima era un «no» rotundo dentro su lista mental. Su tío le había dicho que ya empezara a preocuparse por sus futuros deberes como conde y eso era lo que intentaba hacer.

El calor dentro de la mansión Middlethope era insoportable, salió al balcón y se encontró con un fantasma, un fantasma del pasado. La mujer a la que él había lastimado profundamente estaba acariciando el rostro de un hombre.

—¡Ella! —exclamó Brian y ella se pegó más al hombre.

—¿Se le ofrece algo, doctor Lowel?

—Pero ¿usted qué hace con ella? ¿Y Lucy?

## Capítulo 21

- Dejé a la señorita Lucy en la pista.
- Pero ¿qué hace aquí con Ella?
- Oh, es cierto, aún no conoce a mi querida prima, *lady* Onella Lloyd.
- ¿Usted es Onella? —indagó Brian al verla.
- Soy *lady* Onella, doctor Lowel... —respondió fría.
- ¿Y desde cuándo es ciega? —la cuestionó acercándose demasiado iracundo para acordarse del primo.
- Desde los 10 años —replicó con tranquilidad.
- Pero no lo parecía.
- Le dije, doctor, que usted no podía ver lo evidente.
- Brian recordó aquellas palabras que le había dicho cuando la llamó «diferente».
- Por eso odia la palabra diferente.
- Sí, ahora si nos permite, nos iremos...
- No, usted se queda, Ella.
- Doctor Lowel, espero que trate a mi prima con respeto a su posición, y tenga en cuenta que no la dejaré con ningún hombre a solas. Tengo aún cuentas que cobrar a este desgraciado —dijo Dylan pateando al hombre inconsciente.
- ¡Onella, dónde estabas, niña! —La encontró Isabelle.
- ¿Señora Isabelle?
- Doctor, soy *lady* Isabelle y veo que ya vio a *lady* Onella, mi hija —sonrió con suficiencia y altanería.
- ¿Su hija?
- Es una larga historia...
- Onella, ve con *lady* Isabelle, necesito hablar con el doctor Lowel a solas.

—Sí, Dylan —obedeció tomando el brazo de su madre.

Brian estaba demasiado extrañado para darse cuenta de todo lo que sucedía.

—Doctor, sé que sucedió algo entre usted y mi prima en América y solo quería advertirle de que no se acerque a ella, no permitiré que se aproveche de su inocencia una vez más.

—Yo jamás quise jugar con ella, me encantaba su compañía, en realidad todo de ella me hechiza.

—¿O lo hechizaba, ahora que sabe sobre su condición de ciega? No es digna para ser su futura condesa, ¿no es así?

—Veo que sabe demasiado —resaltó avergonzado—. Yo no quise decir eso, quiero disculparme con ella por ese malentendido, y quizás ella y yo podríamos...

—¡Usted y ella nada! ¿Lo entendió? —declaró furioso.

—¿Y qué hay con mi hermana, conde? ¿Piensa casarse con ella o con Onella? Porque si piensa hacerlo con Onella, hágalo ya, porque yo he vuelto al juego —sugirió amenazante.

—¿Qué dice?

—Voy a conquistar a Onella y a pedirle perdón por mi estupidez. No me importa que sea ciega, si ella acepta será la futura condesa ciega con todos los honores.

—Si yo se lo permito...

—Mi hermana está enamorada de usted y usted lo estaba de ella, ¿qué sucedió? Le sacaré el peso de su prima del hombro.

—Aprecio a su hermana, pero Onella es mi responsabilidad y no la dejaré en manos de quien la hará sufrir.

—Dejemos que ella decida, veremos a quién prefiere —dijo Brian y se retiró.

Dylan estaba hirviendo, él no dejaría que su Onella se casara con ese rufián. Haría hasta lo imposible porque ella no sufriera, estaba seguro de que él la haría sufrir, jugaría con su inocencia y eso no era lo que él quería.

—Madre, busque a Dylan y avísele que nos iremos.

—Pero si hace una hora que llegamos, no olvides que has venido a buscar esposo...

—Hoy ya no quiero, el doctor está aquí y ya no quiero cruzarme nuevamente con él.

—Muy tarde, Ella, ¿o debería decirle Onella? —pronunció Brian con

severidad.

—*Lady* Onella, doctor, no le he dado permiso para que me tutee, vámonos, madre —expresó orgullosa.

—No se va a ningún lugar con ella, va a ir conmigo para hablar —ordenó Brian agarrándola con fuerza del brazo.

—No iré con usted a ningún lugar, déjeme en paz. —Forcejeó Onella para quitarse las manos de Brian, pero no lo conseguía.

—¿Brian, todo está bien? —preguntó su tío Brent acercándose hacia el área de tensión.

—¡No! —gritó Onella—. ¡Dígale que me suelte!

—Todo está bien, tío, ¿se podría quedar con *lady* Isabelle, por favor, mientras hablo con su hija?

Brent miró a Isabelle, siempre le había parecido muy hermosa, los años casi no habían pasado para ella.

—Me quedaré a hacerle compañía a *lady* Isabelle, no te preocupes. —Sonrió Brent a la dama.

—Pero, Onella... —dijo Isabelle antes de que Brian se la llevara velozmente entre la gente, hasta el jardín.

—¿Dígame por qué no me dijo la verdad? ¿Por qué me mintió? —la increpó mientras iban entre la gente.

—¿Le mentí? ¿Sobre qué?

—¿Por qué se hizo pasar por una señorita?

—Pues, no deseaba un trato especial, solo quería sentirme normal, no quería que me tuvieran lástima.

—¿Por qué no se sinceró conmigo?

—¿Por qué? Porque... Yo... me había enamorado de usted —confesó—, no hubiera podido soportar su lástima, odio ser una ciega, me han maltratado y humillado por haber sido desafortunada. Haber conocido la luz para sumergirme por siempre en la oscuridad es doloroso, doctor. Solo sigo siendo la niña de 10 años tocando de memoria su violín, nada más que eso.

—Onella, déjeme llamarla así —pidió—, ¿por qué no me dijo todo esto? Yo lo hubiera entendido.

—¿Entendido usted? Íbamos a hacer el amor y usted me preguntó si era una *lady* o una señorita. ¿Y si le hubiera respondido *lady* y ciega? Usted se hubiera aprovechado de mi, pues jamás vería su cara, cualquiera podría haber sido el doctor Lowel. ¿no es así?

—Onella, ese fue un desafortunado comentario por el que le pido perdón. Ese día en que se fue, la busqué para pedirle perdón por haber sido un estúpido con usted, pero ya se había ido, no había nada en su habitación.

—Es un poco tarde para arrepentimientos, ni usted ni nadie se casará con una ciega, ahora ya no importa ser *lady* o no.

—Yo me casaría con usted, también me había enamorado. Hace meses atrás me encontré a su madre y le pregunté por usted, pero no me quiso decir nada.

—No necesito su lástima ni la de nadie —dijo llorando hasta que pensó en que debía irse de la casa de su primo para que él fuera feliz.

—No es por lástima, Onella, yo quisiera aún estar con usted.

—¿En verdad? —preguntó más calmada.

—Quisiera cortejarle —mencionó tomándola de ambas manos.

—¿Está seguro?

—Deseo volver a escucharla tocar el violín y leer esas novelas que podrían darme arcadas. Deseo saber si acepta que la corteje

Onella sonrió ante el buen humor de Brian y respondió:

—Acepto... —susurró.

Entonces Brian acercó sus labios a los de Onella y la besó.

Sus besos suaves y lentos la emocionaban, recordaba aquel momento años atrás.

—Ahora, querida Onella, ¿me concedería una pieza?

—Sí, solo tenga cuidado por dónde vamos.

Onella decidió aceptar a Brian como su salvavidas, para dejar de pensar en su primo, en su cariño y su dulzura. No debían ser para ella, estaba pecando al robarle esas atenciones a la señorita Lucy.

—No es bueno que lo vean conmigo, milord... —mencionó Isabelle bajando la cabeza.

—¿Por qué?

—Soy una delincuente y usted es parte de la familia a la que dañé con mis fechorías. Es suficiente aliciente para alejarse.

—¿Ha pasado cuánto? ¿30 años? Olvídelo, *lady* Isabelle, usted a mí no me hizo nada, ya estoy un poco viejo para que la sociedad me señale.

—Usted aún está entero, milord —dijo Isabelle sonriente.

—Y usted es muy bella, parece una jovencita.

—No me haga reír, milord. Es bastante terrible mi situación, soy madre soltera y delincuente, no debería codearme con personas intachables como ustedes.

—Mi sobrino está interesado en su hija, quizás seamos familia en un futuro no muy lejano.

—No lo creo, su sobrino es un crápula que desea aprovecharse de la inocencia de mi pequeña, espero que sepa mantener a raya a su heredero, milord.

—*Milady*, él está buscando esposa y creo que ya la encontró, mire. — Señaló hacia la pista, Brian y Onella iban tomados de las manos entrando entre las parejas para el vals.

—¿En verdad busca esposa?

—Sí, y por lo que me contó mi hija, *lady* Onella debe ser Ella, del instituto de Saint James, él ya había hablado sobre que se había enamorado una vez.

—Nunca he confiado en su sobrino para mi hija, pero es Onella quien decide.

## Capítulo 22

Dylan los miraba con rabia y celos evidentes mientras bailaban el vals, Brian le agarraba la cintura mientras un dedo sinvergüenza la acariciaba lentamente.

Él lo iba a separar de Onella, jamás se había imaginado que pudiera estar interesado en ella realmente; pese a la historia que habían compartido en el pasado, debía averiguar que se traía, realmente, entre manos.

—Milord —lo llamó Lucy.

—¿Dígame, señorita? —respondió sin mirarla.

—Me preguntaba si quería usted salir unos minutos conmigo.

—No —manifestó secamente—. Su hermano, ¿qué quiere exactamente con mi prima?

—¿Mi hermano? —se extrañó mirando hacia donde el conde observaba fijamente.

—Su hermano, sí —indicó exasperado.

—Quizás, sintió pena por su prima y la sacó a bailar, estaba tan solita en un rincón.

—¿Usted no la quiere, no es así?

—¿De dónde saca eso, milord?

—Creo que debemos hablarnos claro, querida señorita Lucy. Si en algún momento usted quiere casarse conmigo, deberá demostrar que quiere a mi prima, yo no la expondré a gente que no la quiera o la maltrate, y usted no hace muchos méritos para ser mi esposa, ¿le quedó claro? Onella es muy importante para mí.

—Milord, no debemos enojarnos por eso, quizás pronto se case con mi hermano y seamos toda una gran familia. Mi querido hermano está buscando esposa.



—Deberá entonces demostrar también que es digno del corazón de ella.

—¿Por qué mejor no hablamos de nosotros, milord? Usted antes no dejaba de mirarme o de saludarme amistosamente, ahora es frío y ya no quiere verme.

—No me lo tome a mal, pero estoy demasiado preocupado por mi prima, estuvo a punto de morir, de ser prostituida, hace menos de una hora casi también la violan, ¿cree usted también que debería preocuparme por su comportamiento de niña mimada, señorita Lucy? Estoy seguro de que lo entiende, es inteligente y no me dará más dolores de cabeza de los que ya tengo —espetó molesto.

—Lo siento, milord. Espero no incomodarlo más con mi presencia —dijo Lucy retirándose hacia el jardín.

Enojada y con el rostro enfurruñado salió al jardín e intentó respirar.

—¡Qué se ha creído para hablarme así! —gruñó sacudiendo su vestido muy nerviosa hasta que escuchó un ruido entre las plantas.

—Señorita Lucy, creo que usted no debería hablar sola, pensarán que está loca —habló una voz cínica.

—¡Excelencia! —exclamó llena de sorpresa.

—¿Qué, ya no soy solo Arthur?

—¡Cállese, usted, libertino! ¿Qué quiere? ¡Váyase de aquí, no quiero que me vean con usted!

—Oh sí, ya entiendo, Lucy —mencionó con un tono viril—, fui solo el error de una noche.

—¡Cállese, por qué no lo divulga en una gaceta! ¡Es usted un indiscreto!

—Soy más que discreto. ¿Alguna vez escuchó algo malo sobre mí?

—Ya váyase, no quiero que me vean con usted...

—¿Siempre suspirando por el nuevo conde?

—¡Dios, malditas sean las copas del casamiento de Brandon y Emma! ¿No va a dejarme en paz, verdad?

—No, ya estoy decidido a convertirla en mi esposa.

—No sea majadero, excelencia. Nunca me casaré con usted.

—¿En verdad, querida mía? ¿Y si el conde se entera de que me entregó su virginidad?

Lucy pegó un gritito ahogado ante aquella calumnia.

—¡No es cierto! —se defendió vehemente.

—Pero puedo decirlo y su reputación estará en el piso. Seré su única opción

para un matrimonio —sonrió sinvergüenza.

—¡Canalla, desvergonzado! —lo insultaba por su chantaje.

—Vamos, señorita Lucy, es su oportunidad de obtener un matrimonio... ¿Espera que él se enamore de usted? Está muerto por su prima, mírelo, da pena mientras ve bailar a su hermano con ella. Es un caso perdido —dijo el duque en tono burlón.

—¿Qué quiere para dejarme en paz?

—Que se case conmigo, me agrada, señorita Lucy —añadió con aquel rostro libertino y cazador, acercándose lentamente a ella.

El duque de Lancaster era un libertino consumado. Había tenido la mala fortuna de beberse unas copas de más y caer en unos cuantos pecados carnales con él. Si su padre se enteraba, la casaría con ese hombre, pero ella no sería una cornuda consciente. Por debilidad había caído en sus redes pensando que Dylan jamás sería alguien para ella.

—¡No se acerque o...!

—¿O grita? Mejor para mí, de esa forma nos terminaríamos casando con premura, sacando al conde del medio.

—No se atrevería...

—Lucy, pequeña inocente, no me conoce. Cuando deseo algo lo tengo, y te deseo para mí... —dijo besándola desesperadamente, llevándosela hacia el lugar más oscuro del jardín.

—No me haga nada —rogó Lucy, asustada.

—Llegaremos hasta donde tú quieras, amor mío —continuó besándola cariñosamente.

La recostó por una de las paredes le levantó la falda y tocó sus piernas.

—Lucy, Lucy deliciosa. Te lo voy a hacer aquí mismo...

—No... —dijo ella con la voz entrecortada por el deseo.

—Es cierto, no te lo haré aquí porque mereces estar en una cama de plumas, solo lo mejor para ti, mi bella señorita.

Gozaba de la gracia del duque, pero ella necesitaba a alguien sereno y calmado como el conde y no un libertino como ese canalla seductor que la estaba llevando a la locura.

—Dígame que sí, Lucy, por favor —decía Arthur, mientras la besaba y acariciaba.

—No, porque usted me engañarías y yo necesito a alguien solo para mí.

—Y yo sería solo para ti, ¿cómo quieres que te lo demuestre?

—¿Habría con mi padre?  
—¿Quiere que amanezca en tu casa mañana? Porque lo haré...  
—No lo haría —lo tentó—. Lo que tenemos nosotros es pura pasión, no creo que debamos casarnos, excelencia.  
—Ya tenemos algo en común, entonces, piensa lo que deseas y me lo comunicas —le dijo Arthur besándole los labios y retirándose.

\*\*\*

—Baila tan bien, Onella... —halagó Brian sus dotes de danzante.  
—Dylan me enseñó —dijo con una sonrisa.  
—Se preocupa mucho por usted...  
—Sí, y creo que está descuidando a la señorita Lucy por mi causa —comentó triste.  
—Creo que Lucy no ve con buenos ojos tanto cariño de su primo hacia usted.  
—Debería casarme e irme de la casa pronto, no tengo que interrumpir su vida, seguro soy una enorme carga.  
—Que yo deseo llevar.  
Onella estaba cómoda con Brian, pero pensaba en su primo, no era lo mismo.  
El vals había terminado.  
—Onella, es hora de irnos —habló una voz suave.  
—Es aún muy temprano —dijo Brian reclamando.  
—Ella está cansada, tuvo un percance esta noche, debe descansar —recordó su primo.  
—Está bien, Dylan.  
—Milord, espere —pidió Brian antes de que se fueran—, mañana iré junto a usted, espéreme.  
—Lo espero, vamos querida —dijo Dylan afianzándola del brazo y guiándola cuidadosamente.  
—¡Falta mi madre! —recordó Onella.  
—Es cierto, vamos a buscarla.  
Dylan la vio bailando con el conde de Derby y se acercó para interrumpirlos un minuto.

—*Lady Isabelle*, nosotros nos vamos.

—Milord, no se preocupe. Yo la acompaño a su residencia —se ofreció Brent.

—Está bien.

—Adiós, cariño —dijo Isabelle dándole un beso en la frente a su hija.

—Hasta mañana, madre, hasta luego, milord —se despidió.

Cuando terminaron de despedirse, ambos subieron al carruaje.

—Onella... —pronunció su primo, cansino.

—Dime...

—¿Qué quieres que haga con el hombre que te atacó?

—¿Cómo es eso?

—¿Quieres que lo rete a un duelo?

—¡No! ¡No quiero que te suceda nada!

—No va a pasarme nada —expuso él acariciando su rostro.

—Dylan, no hagas eso, por favor... —pidió cerrando los ojos.

—¿Por qué? —preguntó con una voz casi apagada.

—Porque me siento culpable. Por mi culpa tu relación con Lucy no es tan satisfactoria, soy como una piedra en su zapato.

—Soy yo, Onella, quien he perdido el interés por Lucy —confesó.

—Pero ¿por qué? No quiero ser la culpable de eso.

—No eres tú, es mi decisión. Hay otra mujer que robó mi corazón.

El corazón de Onella latía frenético, no quería saber quién era, tenía miedo, demasiado.

—Te diré quien es...

—¡No, por favor, no lo digas! —pidió tapándose los oídos, pero luego sintió que las manos de Dylan los dejaron de vuelta descubiertos.

—Eres tú.

—No... —dijo llorando—. No puedo ser yo, tú quieres a Lucy, tú me quieres como tu prima.

—Lejana... Eres tú quien perturba mi mente.

—No sigas...

—Dime qué sientes tú por mí, Onella... —rogó tomando sus manos.

Ella debía mentir e intentar enamorarse perdidamente de Brian, y colocarlo nuevamente a él junto a la señorita Lucy.

## Capítulo 23

—Yo te quiero como lo que eres, mi primo —respondió con el corazón pesándole.

El alma de Dylan se hizo añicos.

—¿Aún amas al doctor?

—Sí — volvió a mentir—. Se casará conmigo pronto y tú volverás con la señorita Lucy, asunto arreglado y todos tendremos nuestra vida de vuelta.

—Si deseas que le dé tu mano, se la daré sin contratiempos y espero que esta conversación quede olvidada. Has como que jamás te he confesado mis sentimientos hacia ti, y así como lo deseas me casaré con Lucy.

Las lágrimas de Onella salían como cataratas de sus ojos, no lloraba histéricamente, sus palabras tan frías le dolían en lo más profundo.

—No llores más, Onella, tu esposo sabrá consolarte después —dijo serio y bajó del carruaje agarrando su mano.

—Piers, lleva a *lady* Onella a la habitación, que descanse.

—Sí, milord.

Dando esas órdenes se retiró a su habitación. Su ayuda de cámara lo esperaba para atenderlo.

—Hoy me desvisto solo —lo despachó.

—Con permiso, milord.

Después de que el sirviente saliera, golpeó su mesa de noche con fuerza. La impotencia lo apuñalaba, maldita la hora en que se convirtió en conde y tuvo a Onella en su vida. Ella no lo quería, quería al doctor. Maldiciendo para sí, él solo quería hacerla feliz, así que le daría su mano al doctor, si era lo que deseaba.

Onella, desde su habitación, escuchó el golpe y eso solo la hizo sentirse peor. Ella lo adoraba, pero no estaba bien, jamás le robaría nada a nadie, y él

era de Lucy, no importaba lo que dijera.

—¿Por qué no puedo seguir enamorada de Brian! —se lamentó porque su corazón le pertenecía a Dylan.

Aquella noche su sufrimiento era perpetuo, amaba a Dylan, tal y como él lo hacía.

\*\*\*

—¿Dónde estabas, Violet? —increpó a su desaparecida prima.

—Escondida en el jardín, por supuesto...

—Te lo advertí, Violet.

—Mira, Brian, ni siquiera te acordaste de mí. Estuviste con Onella bailando, y se notaba que te gustaba.

—Claro, es mi Ella de América, ya la conocía.

—Qué bueno, será muy fácil concretar entonces.

—Violet, me dejaste sola. ¡Cómo has podido! Lo siento no sabía que...

—Calma, Irina, él es mi primo, el doctor Brian —Lo presentó.

—Mucho gusto, doctor. Soy *lady* Irina Buttom, hija del duque de Saint Albans.

—¿Saint Albans? Tu hermano se casó en extrañas circunstancias.

—Sí, pero no lo recuerde —dijo mirando de reojo a Violet.

—Irina querida, ¿no quisieras bailar con mi primo?

—Yo...

—Vamos, *milady*, charlemos un poco... —Le sonrió a la tímida joven.

—Está bien —aceptó.

Irina era tímida, sus ojos azules y su cabello color castaño claro la hacían preciosa, tenía casi 20 años, y estaba con Violet, era un problema de malas influencias.

Se colocaron en la pista y comenzaron a danzar.

—Creo que mi prima no es una buena opción si desea casarse, *milady* —aconsejó risueño.

—Violet es mi amiga, es un poco desmedida, pero es buena.

—Mi querida prima es un edén de bondad, solo está escondido detrás de esa extraña máscara para rechazar y odiar a los caballeros. Dígame ¿usted sabe la verdad sobre su forma de ser? Ella antes era dulce y tenía grandes

expectativas, ¿qué ha sucedido?

—Yo no se lo puedo decir.

—Es mi prima, en un futuro quedará bajo mi responsabilidad. Necesito saber. ¿Tiene algo que ver con su hermano?

Irina dudó en responder, lo que para Brian era evidente. Violet había quedado decepcionada de Andrew.

—Sí, él estaba enamorando a Violet, cuando embarazó a otra y lo obligaron a casarse. Fue un golpe muy duro, por eso se esconde de los caballeros, doctor. No la culpe, yo soy la culpable por haberlos presentado.

—Usted es quien no debería culparse, quién iba a adivinar que su hermano era un desgraciado.

—Yo los presente y me siento culpable, pobre Violet, lo sufrió en silencio.

—No se preocupe más por eso, pronto encontraremos a alguien que valga la pena para ella, pero ¿y qué hay de usted?

—¿De mí? Yo, bueno, soy un poco tímida. No se me dan mucho los diálogos.

—Creo que es buena conversadora, quizás no debería esconderse, en algún momento aparecerá el hombre de su vida.

El baile terminó, Brian le tomó las manos y se las besó.

—Hasta pronto, *milady*.

—Adiós, doctor —se despidió Irina entre suspiros. Deseaba que aquel caballero fuese el hombre de su vida.

Al día siguiente, Onella se encontraba sola en su habitación, no quería bajar y encontrarse con Dylan. Su madre no había aparecido, estaba muriéndose de aburrimiento y preocupación por su desaparecida progenitora. Esa idea la sacó de su refugio temporal, agarró su bastón y bajó las escaleras lentamente.

—Buen día, Onella, ¿necesitas algo? —preguntó su primo con esa dulce voz de siempre.

—Estoy preocupada por madre, no ha venido a verme.

—Es cierto, es muy extraño que no venga, ¿quieres que te lleve junto a ella?

—Yo no sé si...

—Onella, no voy a morderte, ¿puedes dejar de querer evitarme por un minuto?

—Perdóname...

—Has dejado las cosas claras, te llevaré junto a tu madre y luego volveré

para esperar a tu pretendiente.

—¿Mi pretendiente?

—Sí, tu doctor —dijo con tono un poco menos cariñoso—, ven...

En unos minutos estuvieron en casa de *lady* Isabelle. El mayordomo los dejó pasar para que la esperaran.

—¿Y mi madre? —preguntó Onella cargada de preocupación.

—Está aún...

—Buen día... —saludó un caballero bajando las escalinatas.

Esa voz, ¿de quién era?

—Milord, ¿qué hace...? —Dylan no terminó la frase. El conde de Derby estaba desarreglado, había pasado la noche con *lady* Isabelle.

—¿El conde de Derby? ¿Usted trajo a mi madre? ¿Le pasó algo y por eso se ha quedado?

—No, *lady* Onella. Su madre está bien, se está dando un baño —comentó con naturalidad—. Disculpen, pero me retiraré, es un poco tarde, bueno, un poco temprano —sonrió con picardía.

Onella seguía sin entender el origen de ese hombre en casa de su madre, pero ya tendría tiempo de averiguar.

—Lo acompaño, milord —dijo Dylan—. Te dejo, Onella, estarás bien aquí.

—Sí, esperaré a madre...

Los condes salieron hasta la calle y Dylan lo encaró rápidamente.

—¿Ha pasado buena noche?

—Excelente, esa mujer es dulce como la miel.

Dylan se puso colorado por la falta de decoro del conde.

—Milord, le ruego que no hunda más la reputación de *lady* Isabelle, todo lo que esté ligado a su nombre cae, y no quiero que Onella se vea involucrada en habladurías.

—Es usted muy cauteloso, y me agrada. Mis visitas aquí serán frecuentes, pero para nada malo. ¿Cree que a mi edad me vea bien teniendo una amante? No lo creo, *lady* Isabelle necesita un nombre y yo le daré el mío.

—¿Pero...y su familia?

—Es mi corta vida y la de ella las que están en juego. Pronto habrá boda, milord, claro, si *lady* Isabelle me acepta.



## Capítulo 24

La declaración sobre las intenciones del conde lo dejó sorprendido y no pudo sacárselo de la mente en todo su regreso a casa.

—Milord, lo esperan en la biblioteca —anunció su sirviente.

—¿Quién? Oh sí, ya lo sé, Piers. Gracias.

Dylan se dirigió lánguidamente a la biblioteca, se sentía débil y sin ganas. ¿Estaría enfermando o era el rechazo de su amada Onella lo que podía llevarlo a resquebrajar su salud?

—Buen día, doctor Lowel...

—Milord, buen día, hermosa biblioteca, tiene demasiadas novelas, este sería un paraíso para las damas Lowel. ¿Se encuentra bien? —preguntó al verlo sentarse en su sillón, pálido, tomándose el rostro.

—Son todas para Onella, estoy quizás un poco cansado. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Quisiera hablarle de mis intenciones con Onella...

Dylan ya sentía que la cabeza le iba a explotar, pero debía escuchar.

—Bien... —dijo suspirando y agarrándose de la cabeza—. ¿Quiere cortejarla o casarse directamente?

—Mi idea era cortejarla primero, pero veo que a usted le urge quitársela de encima.

—No me urge —pronunció en tono muy cansino, casi aburrido—, no quiero que se case ni con usted ni con nadie. Desearía que ella me quisiera como yo la quiero, pero fui brutalmente rechazado, entonces ¿por qué no darle lo que quiere? Cásese con ella, lo apruebo.

—¿Usted se le ha declarado a Onella? —expuso indignado—. Usted está cortejando a Lucy, ¿cómo pudo hacerlo?

—En el corazón no se manda, ¿cuándo empieza su cortejo? ¿Hoy?

¿Mañana? Cuando guste estará bien.

Definitivamente, Dylan no se estaba sintiendo bien, estaba demasiado cansado, triste, desgano y le dolía la cabeza, solo quería despachar al doctor e irse a descansar.

—¿Milord? —Lo observó Brian, viendo que no se encontraba bien—. Usted no se siente bien...

—La verdad que no, ¿podríamos continuar esta conversación después? Espero disculpe mi indisposición.

—Déjeme revisarlo primero.

—No creo que haga falta, solo necesito descansar.

—No sea orgulloso, milord. Está colorado y le brillan los ojos, quizás esté con fiebre muy alta.

—Solo porque me siento realmente mal lo dejaré...

Brian se acercó y le tocó la piel, estaba ardiendo, realmente estaba enfermo.

—Tiene fiebre, ¿qué síntomas tiene?

—Cansancio, dolor de cabeza, desgano crónico incluso.

—Bien, déjeme ayudarlo a subir a su habitación. Le hago una prescripción...

—Mire en qué terminó su visita, doctor, vino a ver a Onella y lo único que consiguió fue a un tutor enfermo —protestó Dylan subiendo las escaleras a duras penas.

—Descanse, milord. No se preocupe por mí, ya habrá tiempo —dijo sonriente—. Le daré las indicaciones a su mayordomo.

—Gracias, luego me cobra.

—Déjelo, le cobraré con la compañía de Onella.

Dylan quiso partirle la cara, pero estaba demasiado débil, se acostó y descansó toda la mañana.

\*\*\*

—Madre, ¿qué hacia el conde de Derby aquí?

—Buen día, Onella, ¿qué le sucedieron a tus buenos modales?

—Estaba preocupada por usted que no apareció por casa hoy, ya entendí porque.

—¿En verdad lo entendiste?

—Por supuesto. Él se quedó porque ya era tarde para irse a su casa. Y usted quiso dejarlo solo como invitado suyo.

—Onella, hay... cosas que... yo te había explicado antes, que cuando un hombre y una mujer...

—¡Juntan sus cuerpos! ¡Madre!

—No me juzgues, Onella, él es viudo y yo nunca me case.

—Es indecoroso, madre. Vuelvo a escuchar a ese hombre aquí y mi bastón estará en sus orejas.

—Onella, en toda mi vida me ha importado poco el decoro, y como tú seguro que pronto te casarás, ya no tengo por qué portarme tan bien.

—¿Piensas ser la amante de un conde? —se escandalizó.

—¿Por qué no? Vamos, Onella, no pongas esa cara.

—Pero, madre. ¿Qué dirán de la poca reputación que le queda? ¿Y la familia del conde? ¡Oh, por Dios, Brian montará en cólera y toda su familia también!

—Lo he pensado, pero eso solo ocurriría si me convierto en su amante, y no sé si milord sea un hombre de amantes.

—Disculpe, *milady*, pero le ha llegado esto —dijo el mayordomo con un arreglo de rosas rojas.

—¿Tiene una tarjeta?

—Sí, y algo más.

Isabelle se levantó corriendo como si fuera una debutante.

—¡Son del conde! —pegó un gritito.

Onella solo podía sentir la dulce fragancia de las rosas.

—¿Y qué dice?

—Dice...

*Mi querida lady Isabelle,*

*Es usted preciosa, me gustaría invitarla a una velada esta noche para hablar sobre si quizás a usted le guste un futuro a mi lado.*

*Por favor, use mi regalo esta noche.*

*Brent Lowel, conde de Derby*

Isabelle se apuró a abrir el regalo, eran un collar de rubíes y unos aretes a juego.

—¡Jamás había recibido algo como esto! —se emocionó.

—¿Qué es madre, qué es?

—Un collar de rubíes y unos aretes a juego, son... hermosos.

—Madre. Eso debe valer una fortuna, ¿irá a la velada con él?

—Claro. Esta noche te quedas sola, Onella.

Brent había pasado las puertas de Snow House, cansado por su ajetreada noche, cuando vio a su hija con los brazos en jarras.

—Padre, ¿de dónde viene con esa sonrisa? No durmió aquí anoche por lo que presumo habrá retozado en la cama de alguna ramera londinense —lo acusó sin tapujos.

—Te equivocas, estuve con una mujer, pero no con cualquiera, sino con una *lady*.

—Eso sí que me sorprende...

—Creo que pronto tendrás una madrastra.

—¿¡Qué?! ¿Y cuántos años tiene, 18? ¡Por favor, padre, está muy viejo para alguien así, ¿y si se embaraza? ¿Y Brian? No quiero depender de un pequeño engendro que babea.

—Cálmate, Violet, no es ninguna jovencuela, es una mujer madura.

—¿Quién es?

—*Lady* Isabelle.

—¿Qué! Es la mayor locura que he escuchado en toda mi vida. Es una... asesina padre...una criminal.

—Han pasado más de 30 años, me importa muy poco.

—¿Y mi tía Darline y Daniel? ¡Mató a su madre!

—Pues menos mal que no fue a la tuya, entonces no tengo problemas.

—¿Pero el escándalo hundiría el nombre de la familia, dejará un título manchado para Brian!

—Violet, estoy un poco grande como para que no conozca las consecuencias de mis actos, ¿no quieres a Onella de hermana?

—Ella es buena, me cae bien, pero *lady* Isabelle no lo sé, su reputación...

—Bueno, entonces prepárate. .

¿Debía alarmar a toda la familia? Pues claro, alborotar el gallinero era su especialidad. Su padre había llegado a la demencia senil, no cabía duda, con esa noticia mataría a la estirpe Lowel.

Durante la tarde, Onella regresó a su casa.

—*Milady*, menos mal que ha llegado.

—¿Qué pasa, Piers?

—Milord me dijo que no le dijera, pero está enfermo y solo en su habitación.

—¿Qué tiene? —preguntó alterada.

—Está con mucha fiebre, *milady*. El doctor Lowel lo revisó y ya está medicado.

—Voy a verlo ahora —dijo Onella subiendo rápidamente las escaleras, pero no sabía cuál era la habitación.

—¿Piers, puedes ayudarme a encontrar su habitación?

—Sí, *milady*, solo tome mi brazo.

El mayordomo le abrió la puerta y la ayudó a entrar.

—La cama se encuentra en línea recta, *milady*.

—Gracias...

Onella caminó lentamente, moviendo su bastón hasta que por fin dio con la cama.

Buscó con sus manos a su primo, estaba ardiendo en fiebre. Fue hasta la puerta nuevamente y pidió a Piers que le trajera agua y compresas para colocárselas.

Al rato, los sirvientes habían traído todo.

—Dylan, ahora es mi turno, yo te cuidaré —luego de decir eso le colocó la compresa fría en la frente y abrió su camisa. Sintió su suave y velludo pecho mientras le colocaba más compresas bajo el brazo.

—Onella —pronunció con voz débil y suave.

—¿Necesitas algo, Dylan?

—Estoy bien, me repondré pronto. Ve a descansar, yo puedo colocarme...

—No, Dylan, yo cuidaré de ti. ¿Podríamos no discutir más? Solo déjame cuidarte.

Él no quería tenerla cerca y menos que ella lo cuidara, le dolía su rechazo, se sentía profundamente amargado por eso.

## Capítulo 25

Onella había pasado toda la noche colocándole compresas a su primo. No se había ido a su habitación, solo quería atenderlo y que se mejorara pronto, cuando despertara iría a buscar su violín para tocarle algo, le encantaría poder hacer más, pero sin ver nada se sentía bastante limitada.

—Buen día, vine a ver a milord —pidió Brian.

—Pase doctor, *lady* Onella pasó toda la noche cuidando de su primo —comentó Piers.

Los celos estaban empezando a correr por las venas de Brian, su primo estaba enamorado de ella y Onella no hacía más que darle alas.

Entró en la habitación y vio a Onella durmiendo en una silla agarrada a la mano de su primo mientras él también dormía.

Sus celos estaban despiertos y a punto de hacerlo abandonar su profesión de médico, porque iba a matar a su paciente.

—Onella... —habló para despertarla.

—Qué...

—Vaya a su habitación —ordenó.

—¿Doctor Lowel? ¿Qué hace aquí?

—Soy doctor, ¿lo olvidó?

—No...

—Vine a ver cómo seguía y si necesitaba cambio de medicamentos.

—Está bien, iré a asearme y luego volveré.

—¿No quiere salir a dar un paseo conmigo?

—Yo... no... Dylan está enfermo, me quedare con él.

—No es grave, en tres días quizás ya esté bien.

—Entonces en tres días vuelva y vamos de paseo. Mientras él esté enfermo, no me pida que lo deje para ir a divertirme, él no haría eso si yo lo necesitara.

—Es completamente consciente de que él está enamorado de usted, si sigue con esta actitud va a alimentar más esa ilusión, usted va a casarse conmigo, ¿no es cierto? No quiero que ande ilusionando a nadie por ahí, o quizás le corresponda en sus sentimientos, ¿o no?

Un silencio largo se extendió entre ellos, incomodo.

—Conteste...

—¿Quiere la verdad? Pues lo quiero, lo adoro, estoy enamorada de él, pero su hermana estaba primero y también está usted, es complicado —dijo suspirando—. Lo he rechazado para que se case con la señorita Lucy y para que yo me case con usted, necesito alejarme de él, pero ahora no puedo, me necesita.

—Esa era la razón, le juro Onella que le arrancaré ese amor como sea y voy a recuperarla.

—Yo... mejor me voy... —besó la mano de Dylan y salió rumbo a su habitación.

Brian se quedó pensativo mirando a Dylan, era atractivo. Tenían casi la misma complexión física, era estúpido al pensar que ella se había fijado en la belleza o en la opulencia de cada uno de ellos. Onella solo podía ver el corazón de la gente, Dylan había ganado su corazón y la había salvado de todos los peligros, mientras él ¿qué hizo? Humillarla en el pasado.

Vergüenza, era lo que sentía cuando veía a ese hombre generoso que había acogido a su prima sin ser realmente su obligación.

Casarse con Onella sería lo mejor que le sucedería en la vida, pero ella estaba amando a otro, sacrificaría su felicidad por la de él y su hermana. Debía hacer algo, o para ganarse su amor o para dejarlos libres a ambos.

—Onella —llamó Dylan despertando.

—No soy tan hermosa, pero soy quien sabe de salud, milord.

—Me siento mejor, doctor.

—Aún no está del todo recuperado. Me comentaron que su prima lo estuvo cuidando toda la noche.

—No pude evitar que lo hiciera, es bastante persistente.

—Sí, es un hecho su persistencia hacia usted, le pedí que saliera conmigo a dar un paseo a lo que se ha negado por estar enfermo.

—Discúlpeme, déjeme convencerla de que salgan.

—¿Por qué se empeña en arrojarla a mis brazos, si usted la ama?

—Porque no es para mí, ella misma lo dijo, no está interesada en mí como

hombre.

—Me animaría a decirle que luche por ella, pero a mí también me interesa, es mucho mejor para mí que se rinda.

—Ya he dado mi consentimiento como su tutor para que la corteje, es más de lo que cualquier enamorado estaría dispuesto a permitir para que su amada sea feliz, y espero que usted así lo haga.

—De eso no le deben quedar dudas, me esforzaré por ella.

\*\*\*

—¿Qué cosa estás haciendo, Brent? —cuestionó Harold en tono divertido.

—Estoy cortejando a una dama.

—¿No estás muy viejo para eso? —preguntó Alen.

—No me comeré a ninguna palomita, ya es una mujer mayor.

—¿Qué tan mayor? —indagó Darline.

—Tu edad o la de Mariane.

—Entonces no podrá darte herederos —dijo Harold.

—Ya tengo mi heredero, Harold y lo sabes, puede Brian estar tranquilo.

—Jamás me preocupé por eso, querido hermano.

—En fin, mis intenciones son serias, familia.

—Entonces dínos quién es la afortunada que pasará a las filas de los Lowel —dijo sarcásticamente Mariane.

—Es una conocida de ustedes.

—Espera, adivino, ¿la viuda *lady* Elizabeth?

—¿Por quién me tomas, Darline? Es un adefesio.

—¿Entonces?

—*Lady* Isabelle.

Todos escupieron el té como si estuviera envenenado.

—Pienso que fue una gran forma de casi acabar con la estirpe Lowel —bromeó Alen, pero la cara de Brent no decía que era un chiste.

—No, no es una broma, cuñado.

Darline, con toda la furia existente, se levantó de la silla.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Brent? ¡Demencia es lo único que puede llevarte a tomar esta decisión! ¿Quieres emparentar a mi yerno con la asesina de su madre? ¿Y Alfred? ¡Es tu amigo! ¿Cómo puedes pensar en hacernos



esto?

—A mí, francamente, no me hizo nada, me gusta su compañía y es la madre de la probable futura esposa de Brian.

—¡Sobre mi cadáver! —farfulló Mariane—, mi hijo no se va a emparentar con la hija de esa víbora.

—Solo quería comunicarles mi decisión, si ella me acepta, será la nueva condesa de Derby.

—¡No puedes manchar nuestro nombre! —reclamó Harold—, nuestra familia jamás ha tenido nada de lo que avergonzarse, destruirás nuestra reputación.

—Me importa la felicidad más que mi reputación, y siempre lo han sabido.

—Nos mancharás a todos, un título marcado es lo que heredarás a Brian.

—Él sabrá como limpiarlo, hasta pronto.

Brent se levantó y se fue a su casa. Ya se esperaba esa reacción de su familia, no le importaba, quería ser feliz y con Isabelle lo sería. Recordó lo que conversaron anoche en la velada donde asistieron.

*—Gracias por haberme invitado, milord.*

*—Llámame solo Brent, no somos extraños.*

*—Está bien. Haces que me sienta como una debutante.*

*—Me siento como un joven nuevamente, cortejando a una mujer.*

*Isabelle se sonrojó, Brent era muy galante, su edad no hacía más que resaltar todas sus habilidades para conquistar a una dama, por eso habían terminado en la cama haciendo el amor toda la noche.*

*—Isabelle. —La tomó de las manos—. Tengo una propuesta para ti*

*—¿Quieres que sea tu amante? —Supuso adivinando entre sonrisas.*

*—También, pero no es lo que plenamente deseo de ti.*

*—¿Entonces? —dijo más seria.*

*—Deseo que te cases conmigo.*

*—Pero...eso no, no podría jamás. Hundiría a tu familia con mi manchado nombre, tu sobrino político tampoco estaría contento con eso, maté a su madre, ¿recuerdas? No tengo derecho a...*

*—Calla, Isabelle, tienes derecho a la felicidad, no importan ni la sociedad ni mis parientes, cada quien tiene su familia para velar por ella, estoy solo y*

*tú también, quiero estar contigo, no me importa tu pasado. Sé que es precipitado, pero nuestro tiempo en el mundo es poco.*

*—El padre de Onella me había dicho lo mismo y luego —recordó entre lágrimas—, me robó a mi hija.*

*—Nada de eso sucederá entre nosotros, cástate conmigo.*

*—No podría, no merezco ser una condesa.*

*—Piénsalo por favor, vamos a estar juntos y podemos llevarnos a Onella; a Violet le agrada y, ahora que probablemente Brian se case con ella, seremos una familia más grande.*

*—No me tientes, por favor. No podría perjudicarlos más, siento tanta vergüenza.*

*Brent solo pudo besarla y llevarla más adentro del jardín, donde terminaron fundiéndose el uno con el otro con ternura y pasión.*

## Capítulo 26

Onella, ayudada por su doncella, terminó de arreglarse para ir de vuelta a cuidar a Dylan.

Brian aún se encontraba allí, tuvo que encontrar fuerzas para entrar donde estaban los dos.

—Onella —dijo Dylan, y una sonrisa iluminó su bello rostro cuando oyó su nombre de sus labios.

—¿Dime, Dylan, te sientes mejor?

—Gracias a tus cuidados me estoy recuperando.

—Gracias a Dios, estuviste ardiendo en fiebre toda la noche.

—Aún tengo un poco de fiebre.

—Pero yo me encargaré.

—Onella, de eso quería hablarte. El doctor Lowel es tu pretendiente, deberías salir al paseo que él te propuso.

—Pero tú no estás bien, quiero cuidarte.

—Tenemos sirvientes para eso, Onella; anda, ve con él.

—Pero...

—Yo mientras descansaré, no peleemos, por favor. Sé obediente, no puedes desairar al doctor —dijo afligido.

Los ojos de Onella se tornaron tristes, quería llorar por el abierto rechazo de su primo a su persona, la estaba literalmente entregando a Brian.

—Está bien —respondió cansada.

—Entonces ven —la invitó Brian llevándola del brazo —, iremos a mi casa para tomar el té con mi madre y mi hermana.

Salieron de la casa de Onella, y subieron al carruaje por la tarde, durante la mañana solo estuvieron hablando y luego haciendo lecturas.

—Sé lo que piensas, Onella. ¿Puedo tratarte así? Pienso que nos hemos

tratado con suficiente cortesía social durante nuestra estadía en Saint James; antes que todo, tenemos una amistad...

—Por supuesto —respondió distante— ¿Y qué crees que pienso?

—Que no quieres estar aquí conmigo, deseas ir a tu casa nuevamente y cuidar de tu primo.

—Creo que es lo más sensato, le debo ese agradecimiento.

—¿Por qué no le dices la verdad? Que lo quieres...

—No puedo, tengo la esperanza de olvidarlo contigo.

—Me honra que pienses que puedo ayudarte a olvidar, y si es lo que deseas no te lo discutiré.

En casa de Brian, Mariane había preparado un plan para que su hijo no se casara con la hija de Isabelle. Había invitado a Violet y a *lady* Irina, quien podía ser una esperanza para que desistiera de la idea de casarse con ella.

—Buenas tardes, madre —saludó Brian entrando con Onella del brazo.

Mariane miró atentamente a la invitada, no parecía ninguna víbora cruel como lo había sido su madre en el pasado.

—Es un placer conocerla —dijo al fin Mariane.

—El placer es mío, *milady*.

—Brian, ¿por qué no llevas a *lady* Onella junto con las demás? Están en el salón del té.

—Sí, madre. Acompáñame —dijo Brian y se la llevó.

Su madre le debía una explicación por haber citado a más mujeres.

—¡Onella! —saludó Violet—. Bienvenida, querida.

—¡*Lady* Violet! —se alegró al escucharla.

—¿Cómo está? —preguntó Lucy.

—Señorita Lucy —dijo tratando de que le saliera una sonrisa.

—Tenemos alguien a quien presentarte —sugirió Violet con emoción—, ella es mi amiga, *lady* Irina.

—Es un placer conocerla, *lady* Onella —apretó sus manos y Onella sintió el afecto y cariño cuando la tocó.

—El placer es mío, *lady* Irina. Es agradable tener muchas amigas, antes no tenía ninguna.

—Las dejas, damas —dijo más serio Brian.

—Doctor —habló Irina sonrojándose—, es bueno verlo nuevamente.

—Lo mismo digo —contestó dándole un breve beso en la mano.

Onella podía sentir la atracción que Irina sentía por Brian, la joven parecía

de carácter dulce y afable al igual que ella.

Brian dejó a las jóvenes juntas y fue junto a su madre.

—Madre, ¿qué hacen aquí Violet y *lady* Irina?

—Eres directo, hijo, y en pago a tu sinceridad también seré directa contigo. No quiero que cortejes y mucho menos te cases con la hija de esa víbora de Isabelle, y me pareció que la amiga de Violet es una joven hermosa, inteligente, muy amable, una esposa ideal para ti.

—Usted quiere emparejarme con ella, es hermosa, sí, lo reconozco; amable, también; inteligente, y mucho, pero no me parece el momento para que usted, madre, quiera metérmela por los ojos, vine con Onella.

—Brian, sé que no es el momento, pero no quiero que te cases con ella. Tu tío Brent quiere casarse con la madre de ella, y no le importa todo el daño que nos ha causado a todos, en especial a Daniel.

—Es una decisión que me sorprende, pero él es dueño de su vida, y puede hacer lo que quiera con ella, está un poco grande para que queramos elegirle esposa. A mí particularmente *lady* Isabelle me parece bastante buena, se nota que ha cambiado, son ustedes quienes no han cambiado su opinión de ella.

—Hijo, entiende que lo que quiero es tu bien.

—Lo sé, madre, y estoy pensando en su opción de que no me case con Onella, porque realmente ella no me ama, está enamorada del pretendiente de Lucy.

—¿De su primo? ¡Qué escandalosa!

—Son cosas que ocurren y no le sorprenda que planten a Lucy también, porque el conde está muy enamorado de Onella.

—Eso si no lo esperaba —dijo Mariane sentándose en el sillón.

—Así es, véale también un pretendiente a Lucy, pronto no tendrá quién la visite. Vamos, madre, no hagamos esperar a las damas para el té.

Las mujeres estaban participando bastante de la conversación, Onella se sentía cómoda, se notaba que estaba a gusto con Violet e Irina, aunque Lucy era más reticente a juntarse con ella.

—¿Y su primo? —indagó Lucy inocente.

—Se encuentra enfermo, ha estado con fiebre desde ayer, su hermano lo está atendiendo.

—¿Y cómo es que yo no me he enterado?

—No quería que nadie se enterara, ni siquiera yo —contestó Onella—, fue mi persistencia la que me llevó a ocuparme de él.

—¿De qué hablan? —interrumpió Mariane al ingresar dentro de la habitación.

—El conde está enfermo, madre —respondió Lucy.

—Es cierto, pero pronto se recuperará —dijo al fin Brian.

—Gracias a ti, que lo atendiste ayer.

—No fue tan fácil convencerlo de que me dejara atenderlo, es bastante orgulloso.

Lucy tenía la idea fija de ir a visitarlo, solo que no sabía cómo decírselo a su madre y a su hermano.

La tarde había pasado de manera agradable en el té, a Brian le gustaba bastante relajarse con las damas, Irina era muy inteligente y también atenta. Definitivamente tenía cualidades que él apreciaba en una mujer, debía ir dando por terminado su plan de cortejar a Onella, ella no quería ser su esposa.

—Gracias por esta tarde, fue muy agradable —agradeció Onella.

—Bastante —dijo él con voz baja—. Onella, creo que tenemos que hablar de nuestro cortejo.

—¿Te has dado cuenta de que no somos el uno para el otro al fin al cabo?

—Probablemente, sí...

—Me alegro por ti, *lady* Irina es tan buena que me encantaría que ustedes hicieran pareja —aseguró Onella con una gran sonrisa.

—Y lo que yo quisiera es que hablaras con el conde sobre tus sentimientos, no los escondas si se aman, ¿para qué sufrir?

—Tu hermana, ¿cómo puedes pedirme que sea egoísta si ella ama a Dylan?

—Tú también lo amas, ¿cuál es el problema?

—Soy ciega, y él necesita una condesa completa, quizás crea que siente amor por mí, pero creo que es más lástima que otra cosa.

—Yo no lo veo así, me ha dejado el camino libre contigo, muy a su pesar y con sufrimiento. Él no será feliz con mi hermana, ni la hará feliz a ella.

—No pudo haber desaparecido todo el afecto que sentía por ella.

—Creo que sí. Onella, quisiera ser tu amigo, claro, si me dejas.

—Solo si no pongo celosa a *lady* Irina.

—No lo harás, solo quiero ir a leerte y a escucharte tocar el violín. No hay nada de malo en eso.

—No es nada pecaminoso. Gracias por liberarme de la carga. Ahora pensaré qué hacer, quizás me vaya con madre a otro lugar.

- Según dijo mi madre, ella se casará con mi tío...
- ¿Qué? Es no puede pasar...
- Es decisión de ella, mi tío se lo propuso.
- Oh, por Dios, esto no será algo bueno.

## Capítulo 27

Isabelle no podía dejar de pensar en la oferta que el conde de Derby le había hecho, si se casaba con él tendría tantas ventajas, su compañía, su nombre, una oportunidad de ser feliz a su lado, sería condesa, pero hundiría completamente el nombre de él, y su familia lo odiaría

Él le había dicho que no importaba la opinión de su familia, solo quería ser feliz el poco tiempo que le quedaba, y ella también solo deseaba eso, estaba entre ser egoísta y luchar por su felicidad o vivir por siempre señalada por sus crímenes del pasado, jamás podría limpiarse de ellos, siempre los tenía presente y si de ella dependiera retrocedería el tiempo.

—*Milady*, la busca su excelencia, la duquesa de Malborough.

—Está bien, iré pronto —respiró, sabiendo lo que se acercaba; esperaba el ataque de toda su familia, solo debía poner la cara.

Bajó las escaleras y vio *lady* Darline, regia y altanera, esperándola.

—Buenas tardes, excelencia, ¿qué puedo hacer por usted?

—No sé qué pretende engatusando a Brent que, creo, es un hombre senil, pero ya está advertida de que no la queremos en la familia por razones de peso que no creo que esté dispuesta a negar —la acusó sin vacilar.

—No lo niego, *milady*, pero ya he pagado por mis crímenes como debía. No espero el perdón suyo ni el de su yerno, solo deseo vivir en paz. Milord me hizo esa oferta que he pensado declinar por todas las razones que usted ha dicho, no quiero que él se ensucie por mi causa, no será la primera vez que un hombre no se casa conmigo por eso. El padre de Onella me engañó y me la robó, con milord no tengo nada que perder, solo él podría perder algo pese a decirme que no le importa, no creo que sea capaz de casarme y hacerle daño.

—Dígame con sinceridad, ¿está dispuesta a alejarse de mi hermano con tal de salvar la reputación de él?



—Lo haré si usted me lo pide, me dolerá, pero es mi deber que él se mantenga limpio.

—Yo ya la había perdonado, *lady* Isabelle, y también Alfred, quien nunca lo hará es Daniel, y por el bien de él y de todos nuestros hijos y nietos, le ruego que se aleje de mi hermano, no discutiré si lo ama o no, solo quiero que nuestra familia siga limpia.

—Yo lo...

—Isabelle, tu no prometerás nada a mi querida hermana, tu y yo somos quienes decidiremos si nos casamos o no —intervino Brent decidido. Se había enterado sobre las intenciones de su hermana de amedrentar a Isabelle.

—Pero si lo hacemos vivirás a la sombra por siempre, jamás quisiera condenarte a vivir escondido y lleno de vergüenza como yo.

—Eso que me dices hace que me empeñe aún más en casarme contigo, si debo vivir en las sombras por ti, lo haré, podemos vivir en Hertfordshire hasta nuestros últimos días, Isabelle.

—Yo quisiera decirte que sí —dijo llorando Isabelle—, pero no te condenaré a la vergüenza.

—No me importa la vergüenza, me importa que seamos felices juntos —expresó acercándose a ella—. Cásate conmigo.

—¡Brent! No pudo creer esto, no piensas en...

—Pienso en mí. He pensado por ti, por Harold, por mis sobrinos y por Violet, ¿y qué he conseguido? Ustedes son felices y mi hija una ingrata a la que no le importa ser una carga para los demás, ¿para qué preocuparme por su futuro si ella no lo quiere? Ella era ya mi última preocupación, ahora quiero ser feliz y dejar de preocuparme.

—Yo no sabía que pensabas así.

—Wendy lo fue todo para mí, pero se fue y desde entonces no he sido feliz hasta que encontré a Isabelle, no me importa su pasado, me importa su presente y su futuro, que conozca la felicidad de mi mano... —la miró mientras hablaba.

—Brent —dijo Isabelle abrazándolo y llorando, estaba realmente emocionada por sus palabras.

—Pensé que estaba haciendo lo correcto al alejarla de ti.

—No lo haces, déjanos en paz. Yo no me he metido en tu vida, Darline.

—Haré lo que me pides, Brent, y cuentas con mi apoyo, pero no con el del resto.

—Contigo es suficiente.

Darline salió de la casa de *lady* Isabelle, con la cabeza gacha, no había conseguido su objetivo, y le dieron un terrible puntapié.

—¿Isabelle, te casarás conmigo?

—Deseo eso como nunca he deseado nada en la vida —le sonrió llorosa.

—¿Entonces aceptas?

—Sé que no debería, pero acepto —selló el compromiso con un beso.

Había pasado una semana y la boda se iba a celebrar esa tarde en la iglesia local, todo Londres estaba escandalizado por semejante acontecimiento.

—Espero que madre no esté cometiendo un error, Beatriz —comentó a la doncella que la prepararía para ir al matrimonio.

—*Milady* merece ser feliz, *lady* Onella.

—Tienes razón. No importa lo que diga todo Londres.

—Espéreme aquí, iré por algunas cosas para preparar su atuendo para el casamiento.

—Ve, mientras yo me quitó el resto de la ropa.

Dylan no quería cruzarse con Onella, pero quería verla aunque sea de lejos, sin que ella lo supiera. Vio que su doncella salió de su habitación y dejó la puerta entreabierta, Dylan no pudo contener su impulso y metió la cabeza.

La observó sacándose el vestido, luego las enaguas mientras tarareaba una canción, era irresistiblemente bella, su cabello rubio y suelto, su piel como porcelana y su espalda completamente marcada por los azotes que había sufrido. Quería acariciarla para hacer desaparecer aquellas marcas.

Entró en la habitación, se colocó tras ella y le tocó la espalda.

Ella sintió un escalofrío.

—¿Beatriz?

Nadie contestó y entonces él deslizó las manos por la espalda y le susurró al oído:

—Lo que daría yo por borrar este dolor.

Onella se estremeció, era Dylan, debía alejarlo, pero no podía.

—Yo...

—Solo déjame acariciarte.

—Está bien —dijo ella disfrutando de su contacto, estaba desnuda frente a

él, eso no estaba bien.

—Quisiera matar a esa mujer que te hizo esto, eres hermosa, Onella.

—Dylan, no deberías estar aquí.

—¿Por qué? —preguntó con la voz ronca por el deseo. La deseaba tan dolorosamente que estaba volviéndose loco.

—Porque tú... —Onella guardó silencio al sentir los labios de él en su cuello, la besaba lentamente, desde la oreja hasta la clavícula—. Dylan, esto no está bien... —decía mientras jadeaba de deseo, ya había sentido eso un vez, pero como esa vuelta tampoco debía consumir nada

—Cásate conmigo, vámonos de Londres, dejémoslo todo —pedía mientras seguía recorriendo su piel.

—No podemos, la señorita Lucy está de por medio.

—No la amo, te amo a ti.

—No hables más... —ordenó girando para silenciarlo.

—Acércame una prenda, Beatriz no tarda en volver, es mejor que no te vea aquí.

—No te la pasaré y no te preocupes por Beatriz, no podrá entrar.

Onella se pegó un susto de muerte, estaba sola y encerrada con su adorado Dylan.

Él se acercó y la tomó de los labios con ternura y pasión, el corazón de ella iba a salir de su pecho.

—Solo dime que no sientes nada por mí y me voy, Onella, me iré lejos y te dejaré tranquila. No me casaré con Lucy pese a tu rechazo, no me condenaría, ni a ella ni a una vida infeliz.

—Es prohibido, no puedo decirlo.

—Dilo... ¿me amas?

Ella, entre lágrimas, lo confesó.

—Como no tienes idea, Dylan, te amo y sufro por no poder estar contigo.

—Esto es suficiente para mí, vas a casarte conmigo, Onella. No me importa nada más que tú.

Ambos solo se dedicaron a entregarse su amor mutuamente, después de tanto tiempo de alejarse, cada quien pensando en los demás, sin dejar aflorar sus sentimientos propios.

## Capítulo 28

—Tuve que tolerar mucho por ti, los celos y el deseo me consumían, Onella —confesaba Dylan recostado a su lado.

—También sufro por ti, dejarte ir no es fácil, y menos negar este amor que siento —contó Onella entre jadeos exhaustos.

—Ahora, Onella, ya no nos separaremos.

Onella no lo sentía así, se sentía culpable. Había hecho algo malo.

—No debemos casarnos.

—¡Dios, Onella!, ¿sigues con eso? Te casarás conmigo y punto —ordenó molesto por sus constantes negativas y rechazos.

—Pero no podemos ser tan egoístas.

—Tú eres la única egoísta aquí, solo piensas en que tú no puedes hacer esto o aquello, ¿y qué hay de mí? Ahora que sé sobre tu amor por mí, nada me interesa, solo tú.

—Dylan, tú no mereces una condesa ciega, mereces algo mejor que yo.

—No me importa si eres ciega, coja, o si te falta un brazo; te amo y, simplemente, en el corazón no se manda. Sigue el ejemplo del conde que desposará a tu madre. Londres odia esa unión, pero si son felices a quién le importa lo que digan los demás.

—Yo quisiera corresponderte por completo, Dylan, pero tengo miedo de que te avergüences de mí.

—Eso no pasará. Te exhibiré con orgullo, lo prometo.

Dylan se colocó el pantalón y la camisa sin prenderla, abrió la puerta y fue hasta donde se encontraba Beatriz.

—Beatriz, ve junto a *milady*, te necesita.

La doncella no podía dejar de mirarlo, estaba casi desnudo y salió de la habitación de su *lady*, ¿qué le diría a *lady* Isabelle?

—Sí, milord. —Fue todo lo que pudo articular, y se dirigió a paso rápido a la habitación.

Entró y Onella tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¡*Milady!* ¡Es escandaloso! Milord me dijo... ¡Oh, por Dios, ahora sí su madre me va a matar! ¡Ya no es virgen!

—Calma, calma, no te altes, Beatriz, el conde y yo nos vamos a casar pronto —le sonrió feliz a la asustada doncella que intentaba cuidar su trabajo lo mejor posible.

La iglesia estaba repleta, pero más de curiosos que de invitados, Violet se veía tranquila, al igual que Brian. El resto tenía cara de entierro, incluyendo al Marqués de Huntly y Daniel, su hijo.

La ceremonia se celebró sin más inconvenientes, al terminar iban a viajar directamente a Hertfordshire, donde Brian, Violet y la flamante prometida del doctor, *lady* Irina, irían, al igual que Dylan y Onella, a celebrar la boda.

—¡Madre, mis felicitaciones, estoy muy contenta! —la abrazó Onella cariñosamente.

—Yo más, querida, adoro a este hombre.

—Le deseo toda la felicidad del mundo, madre, los alcanzaremos en casa del conde.

Brian se acercó, con su prometida del brazo, junto a Onella y Dylan.

—Milord, quería presentarle a mi prometida, *lady* Irina —indicó refiriéndose a la dama que estaba sosteniendo del brazo.

Dylan se quedó con los ojos desorbitados, ¿qué había pasado?

—¿Y Onella?

—Ella y yo no nos amamos, solo nos queremos, espero que ella le haya dicho cuánto lo ama.

—Se lo dije hoy, ahora solo me preocupa su hermana, doctor.

—Por mi hermana no se preocupen, el duque de Lancaster es su prometido, está perdidamente enamorado de ella.

La sonrisa en la cara de Onella se ensanchó aún más, no dañaría a nadie con su amor a Dylan.

Todo parecía solucionado en la vida de Onella, se sentía plena, feliz y confiada de que ya nada se interpondría en su felicidad.

Había llegado a un momento que no soñó jamás, se comprometería con el hombre que amaba y la amaba. Adiós a aquellos pensamientos derrotistas de ser «*lady ciega*».

\*\*\*

—Dígame, ¿cuánto me queda de la herencia que me dejó mi esposo, señor Culligan? —preguntó *lady* Carlotta a su administrador.

—*Lady* Carlotta, le queda muy poco, debe de dejar de gastar de esa forma.

—Deme otra solución.

—*Lady* Onella podría ser su solución. Hay una cláusula dentro del testamento donde dice que ella tiene una renta vitalicia bastante grande, y si ella viviera con usted también se vería beneficiada con ese dinero.

—¿Ese estorbo conmigo? ¡Me costó librarme de ella!

—También dice que si ella muere antes de contraer matrimonio, todo su dinero quedará en manos de usted, menos las propiedades de la dote que pasarán al conde actual.

—Ya me está dando una idea, señor Culligan.

—O puede pedirle una asignación mensual al nuevo conde.

—Jamás me la dará, no puedo entrar a ninguna de las propiedades del condado.

—Entonces, su única opción es encontrar a *lady* Onella y llevarla a vivir con usted.

—Tengo algo mejor que eso en mente, mi querido administrador.

*Lady* Carlotta estaba pensando en matar a Onella, ya terminaría con lo que había empezado años atrás, solo que esta vez nada ni nadie la salvaría de su muerte, ni siquiera su primo.

Solo debía averiguar dónde estaba ella para poner en marcha su plan y quedarse con toda su fortuna. Sería muy fácil, era una ciega inútil, aunque con su muerte sería lo más útil del mundo; después le daría su merecido al nuevo conde, nadie la humillaba como lo hizo ese hombre.

En la mansión del conde de Derby todo era felicidad, solo habían asistido

ellos y las personas que los apoyaban.

—Gracias a todos por su apoyo. —Brindó Brent desde la punta de la gran mesa.

—Tío, cuenta con nosotros para lo que sea. —Sonrió Brian.

—Y con nosotros también, milord. Onella y yo estamos para apoyarlos. Y aprovecharé esta ocasión en la que estamos todos reunidos para hacer un anuncio —habló Dylan, miró a Onella—: *lady* Onella Lloyd ha aceptado convertirse en mi condesa.

*Lady* Isabelle estrecho a su hija entre sus brazos y le deseo toda la felicidad del mundo, al igual que Irina y Brian, estaban entusiasmados; Violet, como siempre, los miraba con los ojos entornados. Odiaba tanta miel a su alrededor.

—Vaya, me sorprende que Onella se case y tú también, Irina, ¿qué haré sola?

—Seguir el ejemplo de dos damas juiciosas y casarte —recomendó Brian—. Eso queda en mis manos.

—Mi negativa al matrimonio es permanente —dijo Violet, caprichosa.

—Le aseguro que no lo será, Onella también se me negó hasta que la conseguí —expuso Dylan con una gran sonrisa.

—Mi nueva hermana no sabe lo que hace. Los hombres son sinvergüenzas, querida Onella.

—Dylan no lo es —defendió divertida.

—Eso es lo que te hace creer con sus engatusadoras pericias, estoy segura.

La felicidad podía palpase en la propiedad del conde de Derby, quien después de tantos años había conseguido a su compañera idónea, para agrandar aún más su familia.

## Capítulo 29

Hertforshire era su lugar perfecto, con Dylan habían decidido quedarse un mes en la mansión, antes de volver a Londres para los preparativos de la boda. Durante el día, Dylan se dedicaba completamente a estar con ella, le leía novelas, salían a caminar, y ese día la llevaría a montar.

—Tengo miedo —alegó pegada a él.

—No tengas miedo, Onella, confía en mí.

—No es que no confíe en ti, en un caballo perdí la vista.

—Querida, eso ya es parte de pasado, toma mi mano, te prometo no soltarte ni un minuto.

—¡Júramelo! —exigió asustada.

—Te juro, amor mío, que no te soltaré.

Onella, tomando confianza, agarró la mano que Dylan le ofreció y se subió al caballo, y le dio un cariñoso beso, en su arribada, al lomo del animal.

—¿Vamos a la casa de tu madre, te parece?

—Perfecto, ya pasaron dos semanas desde que se casó, ya es tiempo de que tengan visitas.

El trote del caballo era regular, sentía el viento en la cara y el cuerpo de su amado, que la tenía bien sostenida.

Llegaron a la casa del conde de Derby y pasaron adentro.

—Onella. —La recibió Violet con un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, hemos supuesto que ya era tiempo para que los recién casados se separaran un poco.

—Con nosotros aquí no sucedió—rio Irina.

—¡Irina! Qué gusto oírte, ¿todavía están aquí?

—Sí, Brian aún no quiere regresar y yo tampoco, tendríamos que separarnos en Londres.



—¿Milord, que le parece si dejamos a las damas? —preguntó Brian.  
—Estoy de acuerdo.  
Salieron a fuera y Dylan sintió un fuerte aroma de rosas.  
—Que delicioso perfume —alabó viendo el rosal blanco.  
—Son una tradición, donde vive un Lowel existen estas rosas.  
—Linda tradición, ¿y qué simbolizan?  
—El amor. Una vez que entregas una rosa a una mujer, le haces saber lo especial que es para ti.  
—¿Y funciona con las mujeres, también?  
—Ellas no dan flores. Solo las reciben.  
—¿No le parece injusto, doctor?  
—Muy injusto —apoyó sonriente Brian.  
—¿Cómo van las cosas con Irina?  
—Ella es muy especial, y nos compenetramos bien. Cuando regresemos a Londres también nos casaremos.  
—Onella y yo también nos casaremos al volver.  
—Casi lo haremos juntos, ¿no quiere salir de cacería un día de estos antes de volver?  
—¿De cacería? Encantado, hace tiempo que no salgo, desde que Duddley se casó.  
—Yo ahora tengo más tiempo ocioso, no me estoy dedicando a mi profesión.  
—Y yo tampoco, soy un aristócrata completo —dijo riendo a carcajadas.

\*\*\*

—¿Me consiguió lo que le pedí? —indagó ansiosa *lady* Carlotta.  
—Claro, *milady*, sé donde están.  
—¿Dónde?  
—Aquí, en Hertfordshire, en su casa, y otra cosa, los criados dijeron que están prometidos.  
—Interesante, pues esa unión no se va a llevar a cabo. Necesito el dinero de ella y lo tendré como sea, y usted me ayudará —dijo *lady* Carlotta a un criado de la mansión pagándole con un saco de monedas.  
—Siempre a su servicio, *milady*. ¿Qué debo hacer?

—Primero vamos a encargarnos del conde. Va a dispararle.

—¿Qué? No...

—Espere, aproveche cuando salga a montar y péguete un tiro, yo me encargaré de Onella.

—Sí, *milady*... —acató el hombre no muy convencido.

—Sabe que será bien recompensado si cumple con su encargo.

*Lady Carlotta* pensaba tenerlo todo, incluso la protección del futuro conde, quien no sabía quién sería, pero que importaba, sería víctima de las circunstancias.

\*\*\*

—Madre, ¿se encuentra bien? La escucho quejarse un poco.

—Estoy bien, solo que algo no me ha sentado muy bien, tengo el estómago destrozado.

—Llamaré a Brian.

—Te lo agradezco mucho, no quiero que Brent lo sepa.

—Está bien, estoy segura de que no es nada de cuidado, quizás una ligera indigestión —le sonrió Onella, dejando a su madre reposar.

—Creo lo mismo, o quizás sea lo que nos agarra a las mujeres cuando superamos la barrera de los 50 —dijo sonriente.

—También puede ser, Brian lo sabrá.

Bajaba por las escaleras, escuchando a la barullenta Violet en el salón.

—¿Dónde está Brian, Violet?

—En el jardín, está oscureciendo, Onella, ten cuidado.

—¿Es una mala broma? —cuestionó sonriendo.

—Lo siento, lo olvide, es que no pareces ciega.

—Lo tomaré bien, entonces. ¿Y has visto a mi prometido?

—Fue a traer el carruaje de la mansión, no quería llevarte en el caballo durante la noche.

—Que dulce, ¿no crees?

—Sí, mucho, tanto que me da náuseas.

Onella salió al jardín y el delicioso aroma de las rosas la envolvió.

—¿Podría decirte que pareces una flor entre tantas flores? —indicó Brian caminando por el camino del rosal.

—Es un buen cumplido.

—¿Qué haces aquí afuera? Se está poniendo fresco.

—Estoy bien, vine a buscarte. Mi madre está indispuesta, ¿podrías verla?

—Por supuesto, ya subiremos en un rato, pero antes te daré algo especial.

—¿Qué es ese algo especial?

—Una rosa blanca, te la daré como símbolo de nuestra amistad.

Brian arrancó la rosa y se la tendió con una caricia de la rosa en su mano, para que la sintiera; cuando ella la iba a agarrar se la sacó nuevamente.

—Porque esta rosa, querida Onella, demuestra tu pureza e inocencia, toda tu gracia y belleza, te la doy como un regalo.

Luego se la pasó lentamente por una mejilla.

Dylan había llegado y presenció casi la última parte. Esperó a ver hasta dónde toleraría aquel coqueteo desmedido del doctor hacia una mujer comprometida, con lo que había escuchando estaba a punto de estallar.

—Es tan suave, huele dulce.

—Es como tú —dijo Brian agarrándola de las manos y depositando allí un beso y la rosa.

Onella sonreía ante tal gesto, era hermoso tener una amistad como la suya, después de que casi estuvieran juntos.

Dylan entró dando aplausos.

—¡Vaya, vaya, vaya, doctor! Me doy la vuelta unos segundos y no ha dudado en seducir a Onella.

—¿Qué dice? —preguntó confundido Brian.

—Lo escuche todo, de tarde me invita a cazar y por la noche seduce a mi prometida —acusó enojado.

—Dylan, no es así —defendió Onella acongojada.

—Tú, Onella, eres tan inocente que no te has dado cuenta de sus segundas intenciones.

—No tengo segundas intenciones, me voy a casar con Irina.

—Entonces, ¿por qué entrega una rosa tan significativa a la mujer de otro?

—Por amistad. Se la di como símbolo de nuestra amistad, se la he dado a mi prima, a mi hermana y a las esposas de mis primos, no creo que esté mal dársela a una persona a la que considero mi amiga.

—No lo creo.

—Estoy enamorado de Irina, no de Onella. La aprecio profundamente y espero que alguna vez entienda el alcance de nuestra amistad.

—Es cierto, Dylan, por favor, no hagas de este pequeño acto de cariño un escándalo, te lo ruego.

Dylan los observó, ambos parecían sinceros, no eran personas capaces de mentir y dañar a los demás. Sacó el aire contenido en sus pulmones.

—Está bien, pero me han dado un susto. Casi lo mato, doctor, pero no está de más advertirte que Onella es mi mujer.

—En eso estamos claros, ella y yo solo somos amigos, vamos adentro, debo revisar a Isabelle.

Los tres entraron a la casa, Dylan subió con ellos hasta la habitación de la condesa.

Brent aún estaba con unos arrendatarios solucionando un puente que había quedado mal desde la última lluvia.

—Veamos, *lady* Isabelle, ¿qué síntomas tienes?

—El estómago lo tengo revuelto y también tengo muchas náuseas, algo me habrá caído muy mal.

—¿Otros síntomas?

—Siento el pecho muy sensible y mareos, eso debe ser por la crisis femenina de la edad.

—Podría, pero mejor la reviso.

Brian le palpó el estómago hasta llegar al vientre, donde estaba endurecido.

—¿Podrían dejarnos a solas un momento? —preguntó Brian mirando a Onella y a Dylan.

—Por supuesto —aceptó Dylan estirando a Onella para salir.

—Pero...

—Vamos, Onella, luego nos lo cuentan.

Después de que vio que ambos salieron, se sentó junto a Isabelle.

—Bien, *lady* Isabelle, ¿cuándo fue tu último sangrado?

—Hace más de un mes.

—Entonces, déjeme decirle que está embarazada.

—Eso no puede ser —dijo pálida—, pero si ya estoy vieja.

—Pues, no está tan vieja después de todo. Debo advertirte una cosa, a esta edad su embarazo es más que riesgoso, su vida y la vida del bebé están en riesgo, debe cuidarse.

—¿Qué probabilidades tengo realmente a mis ya pasados 50 años de sobrevivir al parto?

—Lamentablemente muy pocas, lo siento, *lady* Isabelle.

—¿Y qué opción tenemos para que pueda vivir?

—Tiene dos opciones: cuidarse lo más posible y rezar mucho o discontinuar el embarazo.

Isabelle estaba horrorizada, no sacrificaría la vida de su bebé, ni una muerte más en su vida.

—Entonces rezaré mucho, doctor —pronunció decidida.

—Debo hablar con mi tío.

—No sé cómo reaccionará.

## Capítulo 30

—Yo sé perfectamente cómo reaccionará. Déjeme hablar con él.

—Por favor, que no se altere. A su edad podría tener problemas del corazón.

—Haré lo que pueda.

Brent llegó luego de media hora, Brian no había hablado con nadie, le dio un té calmante a Isabelle para descansar tranquila, pues se había puesto muy nerviosa y no era bueno ni para ella ni para el bebé.

—Tío, ¿puedo hablar con usted?

—Por supuesto. —Caminó a su lado.

—Es algo delicado, muy delicado, preferiría hablarlo sin tantas almas cerca.

—Me estás preocupando, ven a la biblioteca.

Los dos fueron a la biblioteca para poder hablar mejor sobre la delicada situación.

—Soy todo oídos, Brian.

—No sé si debo felicitarlo, nunca estuve en una situación similar —comenzó.

—Me estás poniendo nervioso, ya a esta edad la paciencia es algo que no tengo. Habla...

—*Lady* Isabelle está embarazada.

La cara de Brent era de desconcierto y casi de incredulidad.

—¿Qué estás diciendo?

—Que está embarazada, y su embarazo es de alto riesgo.

—Pero si ambos somos muy viejos, no podemos ser padres.

—El punto es que lo serán, porque así lo ha decidido, pese a que ella puede morir.

—Eso no es cierto, cuando empezábamos a ser felices... —lamentó

frustrado.

—Ella no quiere discontinuar el embarazo, quiere tener a su hijo o hija.

—¿Hay riesgo para los dos?

—Más para ella.

—Entonces quiero que no continúes su embarazo.

—Yo no haría eso, tío, mi misión es salvar vidas y no acabar con ellas.

—Si tú no lo haces lo hará otro, iré a ver a Isabelle.

Todos vieron el rostro serio del conde subiendo por la escalera.

—Algo anda mal con mi padre —murmuró Violet.

—¿Por qué? —preguntó Onella.

—Esa cara no es buena señal, Brian, ¿qué le dijiste a mi padre?

—La verdad —dijo con la cara triste.

—¿Cuál verdad?

—*Lady Isabelle* está embarazada y probablemente no sobreviva.

—¿Qué dices, Brian? —increpó Onella temblando—, no estarás hablando en serio.

—Es la verdad. Lo siento mucho, a su edad las probabilidades de que viva son muy pocas.

—¡Eso no es cierto! ¡No es cierto, no puedo perder a mi madre ahora! —Lloraba desconsolada Onella.

—Cálmate, algo puede hacerse, ¿verdad, doctor? —consultó Dylan como rogando para calmar a Onella.

—Sí, haremos todo lo posible.

Brent se acercó y se arrodilló al costado de la cama de Isabelle, mirándola con enojo.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó hablándole a Isabelle.

—No fue a propósito, no creí llegar a quedar embarazada.

—Vamos a solucionarlo, debemos parar el embarazo.

—¿Matar a nuestro hijo, el fruto de nuestro amor, Brent? ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—No eres ningún monstruo, pero yo te necesito aquí a mi lado, eres la compañera que escogí.

—Pero si yo no estoy, te tendrá a ti, su padre.

—Si te mueres y el bebé vive no quiero verlo nunca, Isabelle, ¿lo entendiste?

—Tú lo amarás como me amas a mí. Me tendrás a mí contigo.

—Calla, mujer egoísta, quieres morir y dejarme solo nuevamente.  
—Haré lo posible por sobrevivir, lo prometo, pero no me pidas que mate a mi bebé.  
—¿Por qué cuando somos tan felices?  
—Dios lo quiso así...  
—No mientas, tú lo quieres así... —Se levantó de su lado para salir de la habitación.  
—¡Brent! —Quedó llorando mientras observaba cómo su esposo se iba.  
El miedo de perderla era terrible, no quería vivir sin ella. En tan poco tiempo se enamoró con locura, se entregó en cuerpo y alma, para sentirse traicionado y nuevamente abandonado.  
Brent salió de nuevo de la casa y se llevó un caballo.  
—Brian, ve tras mi padre, por favor —pidió Violet.  
—No lo dejaré, con permiso.  
Dylan y Onella regresaron a la mansión. Onella estaba desconsolada, solo le quedaban meses con su madre.  
—¿Por qué, Dylan? Perder a mi padre, y ahora saber que también mi madre se me muere, me quedará sola.  
—Me tienes a mí, nunca te dejaré.  
—No lo hagas, si te llego a perder a ti, lo perderé todo.

Los días pasaban y Brent había decidido que se trasladaría a Londres con toda la familia, en dos días, para que Isabelle estuviera a poca distancia del médico.

—Dylan, hoy es un día excelente para la cacería —expresó Brian.  
—Vayamos a mis tierras, son mejores para la caza.  
—Coincido. Invité a mi tío, para distraerlo un poco.  
—Lo que está pasando es difícil, no sabemos qué sucederá después.  
—Espero que todo salga bien, y tengamos a *lady* Isabelle y al bebé.  
Los tres hombres salieron a cabalgar con sus armas de cacería.  
Habían casado bastantes patos, que se repartirían con los criados, nada se echaría a perder.  
Nadie sospechaba que desde los matorrales los acechaban, hasta que escucharon un disparo que impactó en el hombro de Dylan. Seguidamente,



cayó del caballo en movimiento.

—¡Dylan, estás bien! —se acercó Brian para revisarlo.

—Sí, estoy bien, solo me rozó, vayan por él. Atrapen al hombre...

Brian y Brent espolearon sus caballos para que fueran más rápido. El hombre que había disparado estaba huyendo, pero no iba a escapar de uno de los mejores tiradores.

—No lo mataré, solo lo voy a herir —dijo Brent antes de dispararle.

El hombre cayó del caballo, y ambos lo alcanzaron.

—¿Qué estaba tratando de hacer?! Matar a un noble se condena con la horca, ¿acaso quiere eso? —amenazó Brent.

—No, no, milord.

—Entonces confiesa —gruñó Brian mientras agarraban al hombre y lo llevaban donde estaba Dylan.

—Solo fue un raspón, ¿es ese el hombre que me disparó?

—Sí, confiesa —exigió Brent agarrándole del cuello.

—*Lady Carlotta*, milord. Ella quiere sacarlo del medio para poder deshacerse de *lady Onella*; cuando ella la mate toda su fortuna pasará a las manos de la condesa viuda.

—No puede ser, entonces, *Onella* está en peligro. ¡Malditas sean las cláusulas del testamento de mi primo que la han puesto en peligro!

Los tres se dieron cuenta de lo lejos que estaban de la casa, *Onella* estaba corriendo un serio peligro, querían matarla. *Lady Carlotta* no tenía escrúpulos.

En casa del conde de Wessex, *Onella* se encontraba practicando con su violín, pensando en su madre y en su nuevo hermano o hermana, cuando una voz la hizo sentir que se helaba.

—*Onella*...

—*Lady Carlotta*...

—¿Pensaste que ya había desaparecido de tu vida?

—Déjeme, por favor, yo no le he hecho nada para que me odie.

—Es cierto, pero te odio igual. Tú viviste y mi hija no, ¿que no te parece suficiente motivo? Que una inútil ciega viva y mi hija no lo hiciera, es injusto.

—Yo no era ciega.

—Claro que no, pero gracias a mí lo eres. Debiste haber muerto, engendro, y no haberte quedado ciega. Fuiste un mayor estorbo cuando te quedaste

ciega. Maldita la hora en la que tu tío Frances estuvo aquí para salvarte.

—¡Usted es tan cruel, déjeme en paz! ¡¿Qué quiere?!

—Dinero. Tu fortuna, tu herencia. Tu padre ha sido miserable conmigo, pero contigo ha sido demasiado generoso, no lo mereces, ¿qué haría una inútil como tú con tanto dinero?

—¡Váyase o grito!

—¿Y quién vendrá a salvarte? ¿Tu amado conde? Ese ya debe estar muerto, me encargue de él hace rato.

—¡Dylan, no! ¡¿Dylan, dónde está?! —se alteró.

—En el bosque, muerto... —Rio al decirlo.

—Debo ir con él...

—¿Dónde crees que vas? —dijo *lady* Carlotta colocándole un arma en la sien—. Te mueves un paso más sin que te lo diga y adiós, Onella.

Onella lloraba, nadie en la casa podía ayudarla.

—Sube. Sube las escaleras, Onella, sabes dónde están —ordenó haciéndole sentir la fría arma.

Lentamente fue subiendo hasta llegar a la cúspide de la escalera con el arma en la frente.

—Ahora, arrójate...

—¿Qué?

—¡Que te arrojes, no pienso ensuciarme las manos con tu asquerosa sangre!

—¡Está loca si piensa que voy a hacerlo!

—¡Deje a Onella! —mandó Dylan sujetándose el hombro sangrante.

—¿Conque no moriste? Tienes más vidas que un gato o mi empleado es un idiota.

—Suelte a Onella —exigió Brent.

—Milord, qué placer verlo. Felicidades por sus nupcias.

—¡Déjese de juegos y suelte a Onella!

—No hay problema, ténganla...

*Lady* Carlotta golpeó a Onella en la cabeza con la pistola. Ellos solo podían ver mientras ella caía por las escaleras como si fuera un trapo.

—¡Onella! —gritó desesperado Dylan, corriendo en su auxilio al igual que Brian.

Mientras, Brent le apuntó con su arma a *lady* Carlotta.

—Jamás volverá a hacer daño, *milady* —diciendo esto disparó contra la humanidad de Carlotta, dejando que se desangre lentamente hasta morir.

## Epílogo

Solo recordaba los gritos y el terrible golpe en la cabeza. No podía abrir los ojos, por lo menos sabía que Dylan estaba vivo, lo había escuchado, y escuchado el disparo. La voz de su madre, de Violet, de Brian, de Irina y de Brent, todos estaban con ella.

Onella llevaba un día descansando inconsciente. Ella abrió los ojos, percibía luz y colores, pegó un grito del susto y la emoción.

—¡Es Onella! —avisó Brian, y con Dylan corrieron escaleras arriba.

La encontraron sentada como si observara sus manos.

—Onella —se acercó Dylan.

—¿Dylan, eres tú? —Los ojos de Onella se dirigieron directamente a los ojos de Dylan y ahí fue donde comprendió que ella podía verlo—. Eres hermoso...

—¡Onella, puedes verme! ¡Puedes verme! ¡Esto es increíble!

—Déjame revisarte —dijo Brian acercándose.

—¡Brian, también eres tan apuesto!

—Gracias por el cumplido, pero creo que a tu prometido no le gusta.

—¡Aquí no hay celos, puede ver!

—Es un sueño, debe serlo, no quiero despertar.

—No es un sueño, llamaré a Isabelle —dijo Brian dejándolos solos.

Toda la familia se reunió en torno a Onella, y ella pudo observar toda la belleza que la rodeaba. Su madre era hermosa, el conde era un hombre de lo más atractivo, Violet e Irina eran preciosas, y por último se miró al espejo.

—Soy yo...

—Y eres preciosa, mi amor.

—No puedo creerlo aún. La misma persona que me dejó en las sombras fue la que me devolvió la vista.

—El mundo es extraño, sabes Onella, iremos a tantos los bailes y a tantos lugares que tus dos ojos nuevos jamás olvidarán. Te compensaré todos esos años de sombras.

—Gracias, Dylan, te amo. Has sabido ganarte mi corazón. Jamás me alcanzará la vida para pagarte por tanto amor que me tienes, solo espero corresponder siempre como tú lo haces.

—Tú me haces feliz siempre, Onella, te amo.

Pasaron las semanas y la primera boda en celebrarse había sido la de Brian e Irina. Estaban tan felices, se los veía completamente enamorados, eran una pareja perfecta.

Dylan y Onella estallaron de felicidad el día de su matrimonio, no podían ser más felices que en ese momento de sus vidas, partirían luego a un viaje alrededor del mundo. Dylan le prometió mostrarle todo lo que sus ojos no pudieron ver y soñar con la vida que antes solo estaba en su cabeza.

Con mucho pesar se despidió casi definitivamente de su madre, pues Brian no le había dado demasiadas esperanzas. Le escribiría seguido hasta el último día que su madre estuviera viva.

*Meses después...*

—Ha llegado el día, tío. Debes estar preparado, quizás venga tu heredero.

—No me importa lo que sea, quiero a Isabelle de vuelta conmigo.

—Haremos lo que esté en nuestras manos.

—Por favor, todo lo que queda de mi vida está ahí dentro.

—Cálmese, milord, haremos lo mejor que podamos —dijo el doctor Fuller.

Toda la familia se encontraba en la casa, los hermanos de Brent y también el hermano de Isabelle, el conde de Spencer.

Habían pasado doce horas, la espera era terrible. Violet había pedido quedarse adentro con Isabelle, a lo que ella accedió. Después de tanta espera, el llanto comenzó.

—¡Es una niña! —anunció Brian entregándole la criatura a Isabelle en sus brazos.

—Es hermosa, *lady* Isabelle, ¿cómo la llamará?

—April, será un tributo a la vida que he cegado —pronunció débil.

—Es preciosa, traeré a padre para que la conozca.

Violet salió afuera con una sonrisa.

—Es una niña, padre, vayamos a verla.

Brent entro a la habitación, pero no le gustó lo que vio, Isabelle estaba muy pálida.

—Fuller, pierde mucha sangre —informó Brian.

—Sí, lo veo, no podemos parar la hemorragia.

Brent se acercó al lecho de su esposa, donde se encontraba con la niña.

—Cuida de April, Brent, por favor, quírela mucho, te necesitará...

—La cuidaremos juntos...

Isabelle negó con la cabeza.

—Te amo, Brent, pero no podre quedarme mucho tiempo. Cuida a mi pequeña, Dios no ha querido que crie a mis hijas, ámala por mí.

—No te dejaré ir, ¿escuchas? ¡Isabelle, me escuchaste! ¡Quédate a mi lado, te amo! —lloró mientras tocaba su brazo.

—Yo más, mi querido Brent...

Esas fueron las últimas palabras de Isabelle, condesa de Derby. Había dejado en el mundo a *lady* April Lowel, una pequeña niña de ojos grises y cabello negro.

Brian le tocó el pulso y negó con la cabeza.

Brent sentía enloquecer de dolor, sus gritos se escucharon por toda la casa, asustando a todos. Pasó varias horas despidiéndose del cuerpo de su esposa, sin haber siquiera mirado a su hija.

—Te fuiste, Isabelle, me dejaste de nuevo solo —lamentó lloroso.

—Padre —dijo Violet entre lágrimas—, nos ha dejado a April, tome, cárguela.

Brent miró con desprecio a la niña.

—Sácala de aquí, no quiero verla.

—Padre, no lo dirá en serio, ¿verdad?

—Deshazte de ella, no la quiero en esta casa. Ella me va a recordar que la maté, yo la maté —continuó llorando—, no la cuidé para que no le pasara nada.

—¡Brian, por favor, has algo!

—Tío...

—Tú no hiciste todo lo que pudiste, la dejaste morir.

—No es así... Hicimos todo lo que pudimos, pero su edad...

—Vete, váyanse todos.

Brent solo quería permanecer con Isabelle antes de que la prepararan.

Una vez que se calmó, salió fuera y encontró a todos sus familiares con lágrimas en los ojos.

—¿Y ustedes qué? ¿A quién lloran, si ni siquiera la querían? —profirió con ironía—. ¡Lárguense de aquí! ¿Hoy sí son mi familia? ¡Embusteros, me han dado la espalda y ahora vienen a deleitarse en mi dolor!

Violet corría despavorida por la casa con la niña en brazos, disculpándose por las crueles palabras de su padre.

—Déjanos ver a la niña, Violet —pidió Darline.

—Cárguela por favor, tía Darline, mi padre no la quiere. Me dijo que me deshiciera de ella, pero no puedo hacerlo.

—Solo lo dice por el dolor, no le hagas caso.

—No quería ni verla.

—¿Y cómo se llama?

—April. *Lady* Isabelle quiso que se llamara así.

—Como la madre de Daniel. Hasta el último momento nos ha demostrado que se arrepintió de todo.

—Sí... y ella amó a mi padre y él a ella, me duele lo que está sufriendo.

—Tranquila, querida, pronto pasará.

—Disculpe, *lady* Violet —se acercó el conde de Spencer—, creí escuchar que su padre no quiere a mi sobrina, démela, me la llevaré.

—¡No! Mi padre está dolido aún por la muerte de *lady* Isabelle, hay que darle tiempo.

—Si no la quiere, llévela a mi casa, será bienvenida como lo que es, una Spencer.

—Se lo agradezco, pero mientras tanto yo velaré por April.

—Como guste, *milady*, estamos a su servicio.

Violet estaba sola, sus primos y su nueva hermana Onella se habían casado, sería la hermana mayor con una pequeña niña que podía ser su hija, no su hermana.

¿Quería ella una vida de nana? Si su padre continuaba en ese plan de rechazar a April, no le quedaría más que llevársela a los Spencer; su oferta de encargarse de ella era muy tentadora, pero era su hermanita, la amaba, no podía dejarla sola, sin madre y sin el amor de su padre, ella era indefensa.

—April, yo te cuidaré hasta donde pueda, conseguiré que padre te ame, lo

prometo.

Estaba inquieta, dentro de tres meses se iniciaría la temporada, no quería quedarse a cuidar de la pequeña, necesitaba despejarse. Todo el mundo tranquilo que conocía había desaparecido, ni siquiera Brian le insistía para que se casara. Se sentía afligida, cosa que jamás en la vida había sentido, su vida estaba dada vuelta.

Fin...

## Avance del libro *Obligándote a Amar*.

*Tres meses después...*

—Sí, era demasiado pronto para decir que no insistirías para que me casara —habló a su primo.

—Mira, Violet, ¿quieres ser la nana de April de por vida? Yo te diré que no quiero ser tu responsable, suficiente tengo con la niña que quedará bajo mi tutela. No permitiré una sola solterona entre los Lowel —la amenazó Brian decidido a hacerla entrar en razón.

—¡Irina, auxilio!

—Querida, la vida de casados es satisfactoria, debes animarte, además solo tendrás que cuidar a tus hijos.

—Muy tentador, pero primero muerta, esta es mi última temporada y luego libertad total.

—Aprovéchala o te casaré con alguien. Mi tío coincide conmigo.

—Entonces iré a conocer nuevos pretendientes.

Violet caminó por todo el salón, todos los mismos de siempre, ¿por qué no se casaban y despejaban su vista?

Mirando a su alrededor, observó a su primo Bradley, quien estaba charlando cómodamente con otro caballero.

Un hombre alto, de ojos azules y cabello negro con algunas canas. El hombre recorrió el salón con la mirada, coincidiendo con sus ojos grises. Clavó su vista en ella, e iba a su encuentro. Violet se alteró y corrió hacia el jardín hasta esconderse.

—Aquí estaré a salvo —suspiró tranquila.

—¿Dé quién nos escondemos, *milady*? —preguntó una voz escocesa a su lado que la asustó—. Soy Marcus Stratford, duque de Montrose, para servirla. —Sonrió complacido.



Si te ha gustado  
*Entre las sombras*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Al diablo con la muerte*  
de Iris Romero Bermejo



## Capítulo 1

### Mi cita

Edimburgo, 1788

Mi cita se está retrasando. Compruebo que el sol se está poniendo en el horizonte, desapareciendo entre los edificios de piedra gris. Admiro una vez más el castillo, imponente y majestuoso. Frunzo el ceño enfadada. Nadie me hace esperar. Estoy tratando de decidir si seguir aquí sentada o irme cuando siento que alguien me toca levemente la espalda. Es difícil cogerme por sorpresa, pero parece que lo ha conseguido, porque doy un respingo en mi asiento.

—Mi *amol*, perdona la espera —me susurran al oído antes de que me dé tiempo a darme la vuelta y conocer la apariencia de mi cita—. Unos asuntos han requerido mi presencia.

Enderezo la espalda y me giro. Unos ojos negros penetrantes me observan de arriba abajo sin temor, con lascivia incluso. Echo mi melena oscura a un lado y me levanto para saludarlo. A pesar de llevar unos tacones altos, el misterioso cubano que tengo ante mí me saca al menos una cabeza. Va bien peinado, sigue la moda de esta época, y luce un traje elegante. Si no fuera porque todos mis vestidos son hechos a medida por el mejor sastre de Londres, casi me sentiría algo intimidada. Pero no, a pesar de estar junto a él, levanto muy digna la barbilla y le hago frente. Llevamos demasiado tiempo que nos damos esquinazo y evitamos esta obligada reunión para no tener que conocernos. Reconozco que la culpa ha sido solo mía. Cada vez que recibía su invitación, yo la declinaba amablemente. Pero me ha obligado y parece ser que, por asuntos de trabajo, debemos conocernos al fin.

—Encantada —me presento y le doy un recatado beso en la mejilla. Decido ignorar, por mi bien, que sujeta mi estrecha cintura con demasiado interés. Podría jurar que me está acariciando la piel a través del vestido con sus dedos, que por cierto arden. Siento cómo el calor que desprenden atraviesa el delicado tejido.

—No, el placer es solo mío, mi *amol* —contesta galantemente inclinándose a besar mi mano como todo un caballero. Reprimo una risita porque las

costumbres de este siglo y lugar aún me siguen pareciendo demasiado refinadas.

Tomamos asiento y bebemos un buen vino en silencio. Le lanzo miradas discretas cuando creo que él no me mira, pero parece listo y debe serlo, teniendo el puesto que tiene, porque me pilla en todas y cada una de las ocasiones. Me temo que he encontrado la horma de mi zapato y no me gusta. Siempre me ha complacido pensar que soy yo la que controla todas las situaciones y no al contrario, pero esta noche parece que voy a tener que andarme con especial cuidado.

—Me han comentado que últimamente estás más ocupada que de costumbre, ¿no es sierto? —dice lanzándome una mirada oscura, intensa. A pesar de saber quién es, no puedo evitar sorprenderme. Jamás me lo habría imaginado tan... seductor, por no decir otra cosa.

—La peste negra está haciendo estragos en esta ciudad —digo abanicándome con una mano. El calor que emana me envuelve y me atrapa. Y yo estoy acostumbrada a un ambiente algo más frío—. Entre Edimburgo y sus fantasmas y la peste... cada vez veo más imágenes mías, sobre todo por la Royal Mile.

No intentaba hacer un chiste, pero parece que a él le ha hecho gracia. Suelta una carcajada que me desconcierta por su frescura y se acerca hasta tocarme la mano con delicadeza.

—Esas calaveras no te hacen honor —afirma guiñándome un ojo—. Eres la mujercita más linda y bella que he conocido nunca, y ya tú sabe, mi *amol*, que eso es decir mucho.

Sonrío y doy un contenido sorbito a mi bebida. Por un segundo, recuerdo con anhelo estar en Roma y poder disfrutar de su excelente vino tinto.

—No es necesario que me halagues, hemos venido a hablar de trabajo —le recuerdo cruzando con elegancia mis exuberantes piernas. Lástima que la moda no me permita mostrar mejor mis curvas femeninas.

Se retoca el peinado con movimientos felinos y me lanza una mirada que podría derretir un corazón tan frío como el mío.

—Hoy he venido por eso y porque tenía muchas ganas de verte por fin. He esperado demasiado... Siglos, para ser exactos —explica encendiéndose un puro.

Hago una mueca de desagrado porque odio el olor de esos puros tan cargados y asiento. Lo entiendo perfectamente. Siempre he sido la mujer más

atractiva allá donde he ido. Simplemente un pestañeo los hipnotiza, los convierte en mis esclavos. Pero con él no quiero que eso ocurra, no sería bueno...

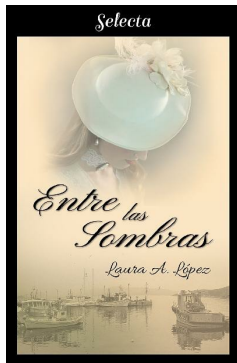
Y sí, he tenido mis encuentros amorosos con hombres a lo largo del tiempo, pero este en concreto consigue hacer que me sienta vulnerable. Será porque hemos vivido más, porque hemos visto nacer y crecer imperios, y también porque nuestros amores pasados son tan frágiles y efímeros que con solo mirarlos se consumen. En un par de nuestros jadeos, envejecen y mueren, así es la naturaleza humana.

Por eso quería postergar esta cita. Ya me habían hablado de él, y mi instinto siempre me ha gritado que tenía que alejarme porque si nos enamoramos, todo cambiaría. Quizás decidiríamos pasar nuestra eterna vida juntos, languidecer en la débil idea del amor y así convertirnos en unos seres patéticos y lastimeros.

Y yo no quiero eso.

Soy la Muerte. No puedo envejecer. No puedo enamorarme. He de ser bella para ser temida. He de ser sigilosa, cauta, sabia... y todo se esfuma cuando se levanta y me pide de rodillas un baile. Le cojo la mano sin pensar porque es la primera vez, en siglos, que noto latir mi corazón.

## Más allá de los ojos está el corazón.



Lady Onella Lloyd, vive un calvario constante desde que la vida le arrebató la luz, su única ilusión es el doctor Brian Lowel, pero por circunstancias de la vida se separan en América.

Al morir su padre ella queda desamparada y a merced de la malvada e interesada lady Carlotta Lloyd, quien la maltrata y luego la entrega a unos hombres que la llevan hasta Londres para venderla como una exótica belleza ciega. Su madre y el

nuevo conde de Wessex la buscan hasta conseguir rescatarla.

Meses después desean insertarla en sociedad, donde coincide con Brian Lowel, que está buscando esposa. Pero el corazón de Onella ya está comprometido con otro...

¿Podrá Brian conquistar su amor de nuevo?

**Laura A. López.** Nací en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente resido en la misma ciudad. Me gradué en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, estoy casada y tengo una hija.

Me inicié en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente de Frank De Felitta* y luego *Juan Salvador Gaviota*. Hace unos años encontré una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leí todos los del género romance de época, por lo que decidí participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuento con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género chick – lit.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Laura A. López

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-55-5

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

me**gustaleer**

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



# Índice

Entre las sombras

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Laura A. López

Créditos